

FERNANDEZ CATE
LOS FRUTOS
Y ACIDOS

1913
MEXICO

MIGUEL MIRANDA

LOPE DE VEGA, 19

28014 - MADRID

TELF. 914 294 576

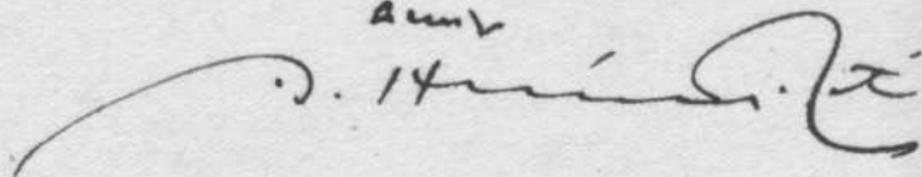
DG
LOM

+ 783027
C. 71716961

✓

A la Señora Bernstein

Recuerdo de un
Amor

D. Hernández. 

LOS FRUTOS ÁCIDOS

111 N. (Coulter Street)

Residence of Mr.

Wm. A.

Wm. A. Coulter

FOR THE ACID

A. HERNÁNDEZ CATÁ
LOS FRUTOS ÁCIDOS

NOVELAS

ATENEA, S. E.
MADRID, MCMXIX

A. HERNANDEZ CATA

LOS BRILLOS AGRADOS

NOVELAS

Es propiedad.

*Reservados los derechos para
todos los países.*

DE P. A. G. S. A.

ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO



R 161876

DEDICATORIA

A

JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ LANUZA

PARA QUE, CON BENEVOLENCIA DE
AMISTAD, PONGA EN LA MESA DE
SU CONSTANTE Y PLATÓNICO BAN-
QUETE, ESTOS FRUTOS ÁCIDOS

H. C.

LECTOR:

SE escriben estas líneas por ese inevitable impulso que lleva al dueño de una casa a decirle al huésped que lo visita por primera vez: «Perdonad si la casa es sombría y si sus comodidades y ornato no corresponden a mi deseo». Tal advertencia casi nunca es eficaz, pues quien no halla bienestar en una mansión o en un libro, censura o, si es muy bondadoso, calla. El dueño de la casa, lo mismo que el autor, saben al pronunciar la fórmula que ha de ser inútil, y sin embargo...

A pesar de la prosapia ilustre que en la literatura castellana tienen las novelas de corta extensión, el género cayó un largo lapso en desuso, y de no haberse fundado varias revistas semanales que, dejando a otras el comentario de la actualidad, dan al lector una novela de pocas páginas,

no se habría restaurado aún. Ejemplo es este que patentiza la trascendencia que la iniciativa editorial puede tener en el curso de una literatura; y aunque, tal vez, las obras maestras de este género se hubieran escrito en la misma forma sin incentivo alguno, muchos autores necesitaron el tanteo de una primera prueba para lograr luego la justeza feliz. Porque una novela corta no es ni un cuento largo ni una novela acelerada; y si el lector no logra en su lectura sentimiento de totalidad, es que abortó la tentativa. Trasponiendo el ejemplo, puede decirse que una novela corta debe ser cual uno de esos pequeños bocetos escultóricos donde, a despecho de las dimensiones, ya existen las magnitudes monumentales.

Si los nuevos cauces en donde la vida moderna se moldea acentúan en vez de atrofiar en los lectores el gusto por la novelesca ficción, ninguna de sus formas se pliega tan bien como ésta de la novela corta a la exigencia de rapidez, que es característica del progreso actual. Los hombres creen hoy no tener tiempo para leer obras voluminosas; las sollicitaciones de la vida son múltiples y aspiramos a pasar raudos de una a otra para prestar veracidad a la ilusión de que vivimos

LOS FRUTOS ÁCIDOS

más. Y acaso haya en ello razón: ¿qué dolor, qué alegría, qué pensamiento no caben en un puñado de cuartillas? Hay en muchas de las novelas de 300 páginas —extensión obligada más por la necesidad de formar un tomo que por la del asunto en total desenvolvimiento— pasajes suplementarios o digresiones inoportunas que merman virtud a la fuerza, a la emoción y a la gracia, que serán siempre la médula del arte. En la novela corta no sucede así; género es este que dicta de modo imperativo al escritor el buen consejo de la sobriedad. En una obra estética no debe existir nada de relleno; la belleza, diosa tutelar, preside tan intensamente los parajes capitales del libro como los rincones; y si hay descuido en un detalle que creímos baladí, toda la euritmia del edificio se compromete.

Las novelas que vas a conocer, lector, fueron escritas en tan pocas páginas, porque su autor pensaba ya cuanto viene de decirte y prefirió dar tres aspectos de la vida a llenar con uno solo el libro, exacerbándolo, distendiéndolo. Gran parte de las novelas cortas producidas para las publicaciones semanales antedichas tienen un tono, ya desenfadado, ya frívolo, sin duda porque sus autores

quisieron imprimirles el carácter efímero que conviene a los trabajos de semanario: muchas son anécdotas narradas en forma ligera; muchas son picarescas y regocijadas; algunas tienen el hilván flojo de la prosa escrita de prisa. Al contrario, estas tres novelas fueron escritas con esmero, son adoloridas, quieren ser armoniosamente ásperas, y no pertenecen, desde luego, a la literatura para divertir, siquiera sea porque, como lector, prefiere quien las compuso, los libros que preocupan a los que distraen. No se trata de matar el tiempo, que a la larga nos mata; y si un libro no es un arca incorruptible donde preserve el alma durante algún tiempo —y aun durante la eternidad si Dios otorga ese don— sus anhelos y sus experiencias, es papel vano.

A pesar de la diversidad material, tiene este libro un nexo profundo: no son tres novelas reunidas al azar; y aunque los personajes humanos cambian de una a otra, los dos protagonistas ideales— el Dolor y la Muerte— te acompañarán desde la primera página hasta la última.

La cosecha de hoy es ácida, tal vez porque los frutos fueron cogidos en agraz. Si te dejan en los labios un sabor astringente, no pienses que el

LOS FRUTOS ÁCIDOS

mismo árbol ha de producirlos siempre iguales. Hoy hay pena, desilusiones, amargura, y parece que el pesimismo fué la savia que abrevaron las raíces en la tierra; otra vez serán risas, halagos, tranquilidad, y los frutos tendrán el claro color de la esperanza; otra vez, los pájaros se habrán posado sobre el ramaje. ¿Serán esos frutos mejores? ¡Ojalá! Sin embargo, un insigne escritor francés muy poco conocido o muy poco citado al menos —M. Elémir Bourges— escribió como lema a sus obras: *Apres et bon fruit.*

Y luego de tan largo preámbulo, lector, te abro la puerta del huerto que cultivé para ti —y para mí también, no creas— amorosamente. Como es mi huerto no puedo decirte si la sombra te será grata, ni si podrás hacer un alto en tus preocupaciones para entristecerte con las de seres fingidos que fueron hechos de pasiones y de facciones de seres reales. Ya está abierta la puerta: mira las tapias blancas, el suelo por donde arrastra la brisa otoñal hojas de oro crujientes; aquel es el árbol de los frutos ácidos, lector; puedes tender la mano y coger los que gustes: te doy lo que tengo. Cuando los frutos sean más acendrados y dulces, también te daré.

EL LABERINTO

EL cerebro de don Santiago Guevara, ex subsecretario de Instrucción Pública, pesaba el día 4 de julio de 1913 ciento noventa y siete gramos y quince centigramos; el día 18 del mismo mes, ciento noventa y siete gramos y noventa y cuatro centigramos, y el día 4 del mes siguiente, fecha en que comienza esta narración, ciento noventa y nueve gramos justos. Don Manuel Ruiz, mal llamado *El Huesos*, al aplicarle el aparato a la vez rudimentario y misterioso con que determinaba estos datos, quedóse un instante perplejo, oprimió en vano un tornillo, trató de comprimir la cabeza de don Santiago para ver si estaba en ella el error y, al fin, dijo convencido de la exactitud de sus cálculos:

—Nada, no hay que darle vueltas: tres gramos

más que el mes pasado. Ha llegado usted al máximo de su desarrollo mental. Le felicito.

—¿Cree usted? ¿No se tratará de una equivocación?

—Eso he pensado yo también. Francamente, a simple vista no me ha parecido usted más inteligente que todos los días; pero no puede haber error. Recuerde que es la misma cantidad de masa encefálica de Ampére.

—En ese caso...

A pesar de la sonrisa irónica que surgió entre sus labios, don Santiago se llevó las manos a la cabeza para palparla recelosamente, lo mismo que se palpa un melón de cuya calidad se duda. Se oyó el ruido de una puerta al abrirse y pasos que se aproximaban.

—Guarde usted ese chisme de prisa; ya sabe que don Emilio no cree en el talentómetro. Además, le ruego que no olvide nuestro convenio: si usted no me secunda, buscaré otra persona. Ya ve que no sólo cumplo lo ofrecido, sino que hasta me presto a servirle para que pruebe en mi cabeza esas chifladuras.

—Hombre, me parece que yo... Francamente...

—Nada, se va usted de la lengua y si don

L O S F R U T O S Á C I D O S

Emilio llega a sospechar de su sinceridad de medium...

Don Manuel, mal llamado *El Huesos*, a causa de su figura terriblemente descarnada, guardó con precipitación el aparato en un bolsillo, y con gran humildad susurró:

—¿Puede usted darme ahora las cinco pesetas? Luego es difícil.

Don Santiago iba a dárselas cuando don Emilio entró; era casi tan delgado como *El Huesos*, pero su indumentaria era más descuidada, a pesar de no ser la de aquél digna de un Brummell. Don Emilio saludó ceremoniosamente: una reverencia para don Manuel y dos para don Santiago. Mediaba la tarde; sombras pesadas comenzaban a derrotar poco a poco la escasa luz que entraba por una lucerna abierta en el techo. El techo, paralelo a la vertiente del tejado, formaba un ángulo que sugería la idea de un ataúd; una mancha negra de contornos irregulares indicaba el lugar habitual del quinqué. Sin marco, sujeta a la pared por cuatro alfileres, una oleografía de sir William Crookes se destacaba violentamente del blanco de la cal. En un estante destacábanse, entre varios números polvorientos de una revista de Boston, varios fo-

lletos de Russel Wallace, de Oxon, de León Denis y de Schuré y una obra en varios tomos sobre el espiritismo y el fakirismo occidental. La estancia, aunque pequeña, estaba dividida en dos: el lugar donde estaban los visitantes y otro espacio más chico, velado por negros cortinones que bajaban desde el plafón hasta tocar los ladrillos desunidos del suelo. Don Emilio se dirigió a sus amigos en voz baja, velada y misteriosa:

—Hola, señores... ¿Ha encontrado usted la lente, don Santiago?

—Ha habido que encargarla; la tendremos aquí el lunes próximo.

—Y usted, don Manuel, haga el Todopoderoso que se halle en forma para ese día. Es preciso tener pruebas irrefutables de la materialización. El movimiento de las mesas, las sensaciones táctiles y auditivas, pueden dimanar de sugerencias y hasta fingirse; pero si un espíritu logra impresionar una placa fotográfica...

Junto a don Manuel y a don Emilio, la obesa complexión de don Santiago con su cuello, muy corto, hundido en las pieles del gabán, producía un extraño contraste. En un momento que se acercó a descorrer los cortinajes, el brillante de uno de

sus anillos fulgió sobre la negrura de la tela semejante a una estrella sola en el cielo oscuro. *El Hueso* lo contemplaba de soslayo, con admiración, e involuntariamente un ruidito constante y lejano salía de su garganta de viejo ventrílocuo. Detrás de las cortinas, suelo, muros y techo estaban tapizados de negro; y allí, atraídos por el fluido misterioso del hombre descarnado, habían de recobrar los espíritus algo de las apariencias materiales que tuvieron un día sobre la tierra.

Cogiendo de sobre el velador de tres pies un libro, don Emilio se lo ofreció a don Santiago:

—Lea usted. Son las predicciones del Evangelio desentrañadas por nuestro Denizart Revail. Ahora voy todas las mañanas a la Biblioteca, y pronto podré probar que Revail no inventó, sino continuó lo que ya Aristóteles, Pitágoras, Platón, Lucano, Floro y Orígenes entre otros muchos...

—Sí, sí, claro.

Don Santiago se había quedado serio, solicitado sin duda por un pensamiento pertinaz; y, de súbito, preguntó a don Emilio:

—¿Es verdad que la chica está decidida a cometer esa locura? Hay que evitarlo. Debe usted poner en juego toda su autoridad de padre.

El golpe que descargó sobre el velador, más que sus palabras, atrajo la distante atención de don Emilio.

—¿Decía usted?... No tiene importancia.

—¿Cómo que no tiene importancia?

—¡Bah!

Poniéndole las dos manos sobre los hombros, encogidos en un ademán de indiferencia, don Santiago insistió con vivacidad:

—No debe usted dejarla, no debe usted.

Don Emilio puso entonces en él aquella mirada mate que sólo parecía considerar las cosas ausentes o interiores; su barba recogida un momento por una caricia de la diestra volvió a dispersarse sobre el pecho, y:

—Quién sabe lo que Luisa haya sido en otras encarnaciones —le dijo—; hoy es mi hija, tengo autoridad sobre ella; pero usted, que sabe lo que sabe, ¿puede aconsejarme ir contra las normas del destino? Nada en esta vida es casual... y esto no es lo mismo que el fatalismo, conste. Luisa hará lo que quiera..., es decir, lo que la dejen «ellos». Sus espíritus protectores la guían; de su periespíritu se escapan fuerzas que yo no puedo contrarrestar, y si ha de dedicarse al teatro, es porque su esencia,

purificada ya por muchas transmigraciones, lo exige así.

Don Santiago iba a insistir aún, pero *El Huesos* le tiró del abrigo para aconsejarle prudencia. Aun hablaron unos minutos más; la conversación no lograba seguir el cauce fácil del interés y se cortaba, se bifurcaba entorpecida por preocupaciones inoportunas. Se despidieron al fin. Antes de salir, don Santiago, so pretexto de los gastos de la instalación de las cortinas negras, sacó de su cartera un billete de Banco y quiso entregárselo a don Emilio; y como éste se negara a aceptarlo, lo dejó sobre el velador. Ya era de noche. Desde la puerta de la buhardilla don Emilio alumbró con el quinqué los primeros tramos de la escalera.

—Hasta el lunes, pues.

—Hasta el lunes.

Bajaron a grandes trancos; en el rellano del piso principal se detuvieron, y don Santiago tendió a su acólito una moneda de cinco pesetas. Cuando ya la moneda había tocado el fondo del bolsillo, *El Huesos* se atrevió a decir:

—Francamente, el talentómetro debe de haberse equivocado: si no le llego a tirar del abrigo

mete usted la pata... Creí que el viejo lo iba a notar todo.

Para no soportar la justa reconvención, don Santiago, ejercitando sus artimañas de político ducho, cambió de tema e inició un ataque:

—En la puerta nos separamos: ya sabe usted que no quiero que nos vean juntos. Si por casualidad me encuentra en la calle, hace como si no me conociera; ya le mandaré instrucciones por correo.

—Bien.

Siguieron bajando. La portera, que subía a encender las luces, se empotró contra la pared para dejarles paso y se santiguó dos veces al verlos salir.

II

LUISA tenía veintidós años. A veces, cuando la tarea del bordado no corría mucha prisa y le consentía poner un intervalo de una a otra puntada y llenar esos intervalos de recuerdos, recordaba confusamente una casa familiar, no sabía en qué sitio; recordaba el aparador, las bandejas de plata de donde el sol arrancaba manchas luminosas que iban a caer temblando sobre las paredes; recordaba una vitrina con miniaturas, armarios llenos de ropa blanca que, al abrirse, exhalaban fragancias de membrillo; y recordaba, sobre todo, una figura de facciones borrosas, pero de ademanes infundibles: los ademanes maternos que hacía mucho tiempo, en un lugar desconocido, habían dirigido y mimado sus primeros pasos por el mundo.

De tiempo en tiempo su padre se mezclaba también con las figuras de la evocación, mas era don Emilio mucho más joven, con la mirada menos vaga, con la barba muy crespa, recortada en punta, y con las facciones, ahora angulosas, envueltas en las carnes del bienestar. Eran siempre remembranzas dispersas, ya amortiguadas, ya precisas en su integridad de hechos o de sensaciones parciales; y Luisa sentía la impresión de que el nexo que les faltaba iba a surgir de súbito del fondo de su cerebro para unirlos y revelarles ordenadamente todo su pasado. Entonces le parecía que una gran dicha estaba próxima; hacía un esfuerzo para recordar, un esfuerzo tan violento, que la obligaba a inclinarse hacia delante; pero las ideas tocaban no más que el dintel de la conciencia, parecía que iban a transponerlo... y de pronto, acaso temerosas, volvían a desvanecerse en lo oscuro del olvido. Así había ocurrido muchas veces; a cada decepción, Luisa suspiraba, dejando desmayar sobre la cintura el busto que había erguido el anhelo; y con un doloroso ademán de fracaso reanudaba las puntadas sobre el bastidor; aquellas puntadas monótonas e interminables, como su vida...

LOS FRUTOS ÁCIDOS

Y era inútil acometer cien veces la prueba; las cien veces el mismo vacío extendíase tras de los quince o diez y seis años recordados. Al igual que en su imaginación, en la estancia donde los reflejos del sol ponían pinceladas luminosas, la puerta entreabríase cual si la figura borrada y querida de la madre fuera a entrar... y, después de una espera henchida de angustia, volvía a quedar desierta. No, no le era posible reconstituir su infancia.

En los días mejores, cuando los horizontes de su memoria eran menos brumosos, se veía siendo casi una niña junto a su padre, también arrebatado como ella a una vida ignorada pero mejor; y luego, al remontar hacia el presente el curso de su existencia, era un desfile de sotabancos, de buhardillas, de sórdidos zaquizamíes en ciudades distintas, trocando siempre por unas pocas monedas la labor de sus manos... Y miraba entonces con melancolía el bastidor que aguardaba sobre su falda con esa mansedumbre irónica de los objetos imprescindibles. Era un bastidor chico en el cual, muy tersa, había siempre una tela fina; parecía como un juguete y era un yugo. Dijérase que su vida había comenzado sobre aquel bastidor de bordadora, acicalando iniciales, festones y grecas

que excitaban insuficientemente los recuerdos jamás concretados. Bordar, bordar, bordar: he aquí su vida. ¿Cuántos estantes, cuántas tiendas, cuántos almacenes podrían llenarse con lo que he bordado? —se preguntaba con cándida hipérbole—; y para mortificarse más imaginaba inmensos rimeros de ropa, y se veía a ella misma, minúscula, microscópica, como una mosca junto a una montaña de nieve, perdida bajo tanta albura.

Don Emilio apenas si parecía darse cuenta del milagro, cada día renovado, de sortear las miserias sin perecer. Despreocupado de todo cuanto no fuera su ideal, vivía con sobriedad máxima, cual si en fuerza de frecuentar espíritus y seres de otros mundos la materia hubiera renunciado en él a casi todas sus exigencias. Una vez, Luisa quiso saber por él la verdad, y la respuesta vaga y dolorosa que obtuvo le hizo comprender que no debía volver a pronunciar aquella interrogación, siempre abierta en su mente. ¿De dónde eran? ¿Cómo se llamaba su madre? ¿En qué tempestad había naufragado aquella holgura tranquila y burguesa que ella tan neblinosamente recordaba? Estaba segura de que ninguno de los amigos de don Emilio lo conocía a fondo; en cada población era

la misma gente de ademanes vagarosos; los mismos convencidos de la posibilidad de prolongar las relaciones humanas después de la muerte; pobres, por lo común, que prestaban a todo cuanto no fuera el espiritismo una atención perezosa, y que aparecían y desaparecían sin dejar rastro ni casi recuerdo material, como otros fantasmas... Y cuando la maravillosa flor de la esperanza abría-se en su espíritu, en esas mañanas en que, sin saber por qué, se levantaba saturada de júbilo, pensaba Luisa que algún día, como si le restituyeran un tesoro largo tiempo usurpado, alguien vendría a restituírle todos los recuerdos de su niñez.

Sabía que no contaba con familiares directos a quien dirigirse, y aquel continuo peregrinar dificultaba más cualquier pesquisa. Por otra parte, sentía miedo de atraer hacia su padre la atención; sin confesárselo nunca, presintió desde niña que don Emilio no era un hombre normal; acaso, si mi deseo de saber no hubiera sido siempre discreto, mudo —pensaba—, hubiese atraído curiosidades hostiles hacia la monomanía del anciano, y tenía miedo de que se lo arrancaran para llevarlo a un sanatorio, a un manicomio o sabe Dios adónde. Él no hacía mal a nadie: era paciente, dócil, ape-

nas si se le sentía vivir; pero... ¡qué sabía ella! El temor de verse abandonada a los peligros esbozados tantas veces en forma de miradas, de insinuaciones, de crudas palabras dichas al oído en sus salidas a buscar o a entregar labor, era más fuerte que su ansia de conocer su historia. Prefería la ternura vaga del viejo, el constante terror de oírle decir que su madre muerta vivía con ellos y compartía su mesa y tomaba puesto junto al brasero en las veladas invernales; prefería, a verse sola en el mundo, las noches pavorosas de insomnio en que escuchaba a su padre hablar con acentos suaves o airados, respondiendo a voces que no se oían, preguntando a la muerta cosas que quedaban sin responder, en la sombra, y que él contestaba en su corazón... *La Muerta*: este era el triste nombre con que Luisa conoció desde niña a su madre. Ni un retrato, ni un nombre dicho en un instante de lucidez... La muerta; siempre aquella compañera invisible evocada por el viejo con tal intensidad, que los nervios de la muchacha, distendidos, experimentaban una sensación de «presencia», a la cual quitaba el miedo toda dulzura maternal. En ocasiones, sin que nada material las motivase, veía en los ojos del anciano cuajarse

dos lágrimas; le interrogaba, y él, pasando su diestra por la cara contraída de ansiedad, guardaba silencio; nuevas lágrimas sucedían, y Luisa lloraba también aquella pena ignota; lloraba, lloraba esas lágrimas que dejan huellas en la piel y en el alma, igual que si sufriese el dolor de una herida cicatrizada en apariencia, sin recordar el arma y la mano que la habían abierto.

Un temor de todo la había hecho insociable. En las tiendas para donde bordaba, hablaba poco; al principio otras muchachas dicharacheras o ligeras eran preferidas, y entonces era preciso recurrir a los viajes a las casas de préstamos, a las privaciones...; pero lentamente aquellas preferencias se iban trocando, y los bordados más finos, los más productivos, los más fatigosos también, habían de esperar a que Luisa terminase otros ya encargados. Era trabajo seguro para un mes, para dos. ¡Sesenta días más ganados a la enemiga miserial! Y volvía a su casa gozosa, impelida por una ráfaga de optimismos; eran aquellos los días de horizontes diáfanos y perspectivas rosadas; y al llegar a su buhardilla y contemplar el bastidor donde se agostaba su juventud, Luisa no sabía si mirarlo con gratitud o con rencor.

Los muchos libros leídos daban a sus anhelos de un cambio venturoso, ese ritmo de verosimilitud que tienen los sofismas; y su vida interior, tan falta de hechos como rica de suposiciones, explanaba contingencias, posibilidades, esperanzas. No esperaba la llegada del caballero que había de redimirla de la adversidad, pero sí oía gustosa una voz secreta prometerle: «No desmayes, Luisa; tus veintidós años no deben poner, como hace tu padre, única atención en lo que ya fué; cree en la vida, mira hacia adelante, no te sientes en los linderos del camino, espera días floridos y pródigos, que ellos vendrán... Esperar firmemente es forzar un poco el futuro». Al oír la voz de su fantasía, Luisa olvidaba el desamparo, las zozobras, los efímeros amigos de su padre —ya claudicantes, ya burlones, ya inquietadores como aquel don Santiago que la miraba turbiamente, a hurtadillas—; se olvidaba de sus sinsabores, y el alentar precipitado de su seno, el brillo de sus ojos, toda aquella fuerza de ilusión animando su juventud, la habría hecho parecer casi bonita a quien la hubiera visto... Sólo que nadie la podía ver, porque cualquier persona extraña era obstáculo entre ella y sus ensueños. Para todos, acaso también para su

LOS FRUTOS ÁCIDOS

mismo padre, Luisa era esa muchacha pálida, delgada, ojerosa, a quien torturan por igual el gusano de la reflexión y la horma dura del trabajo.

Y aquella anhelada posibilidad de redención de la miseria vino al fin, y llegó, según complacencia frecuente del destino, por senderos inesperados, casi milagrosos. En todas las casas adquirían, al poco tiempo de habitarlas, fama de brujos, que los incomunicaba de los vecinos; jamás existieron entre ellos y los demás relaciones amistosas; pero en aquella casa, adonde habían ido a vivir hacía muy poco, antes de que la fama hubiera salido del alambique de chismes de la portería, se casó una muchacha hija de los vecinos del piso principal, y Luisa bordó melancólicamente las ropas íntimas de la novia. Eran artesanos enriquecidos, de esos que en días solemnes olvidan las categorías y gustan exhibir su alegría y su lujo, e invitaron a la bordadora. Un poco turbada por los licores y la luz, Luisa asistió a la boda. Acaso la dueña de la casa, una mujer obesa con cara de pájaro, se mostraba intranquila al ver la rapidez con que desaparecían de sobre las mesas las viandas y los licores; acaso el novio estuviera un poco impaciente; mas, sin embargo, la fiesta se prolongó hasta muy

tarde. En un rosario monótono las amigas de la desposada lucieron dudosas habilidades. Incansable, un muchacho de pelo rizado iba llevando junto al piano o al centro de la sala a señoritas que primero se resistían y después querían repetir. Como descubriera a Luisa en un rincón, le instó:

—Usted no se puede escapar. ¿No sabe usted tocar el piano? Entonces recite. Usted tiene cara de saber algún verso de memoria.

Y lo sabía. ¿Cómo no? El dolor siempre ha buscado la noble consolación del arte, que lo aumenta deliciosamente o lo adormece. Luisa sabía no uno, como dijo el hortera, sino muchos de esos versos en que hermanos gemelos desconocidos han llorado nuestro dolor con los sollozos y las frases que hubiéramos querido nosotros encontrar. De pie, en el centro de la sala, vestida de negro, con los ojos cerrados para no tener miedo, comenzó a recitar; y poco a poco los murmullos fueron cesando. Evocábase en la poesía un cuadro de dolor y de pobreza. La voz de Luisa era grave, temblorosa; sin el movimiento de los labios, su rostro hubiera parecido el de una estatua. La emoción, desbordándose en su alma, se comunicó len-

tamente a aquellas almas híbridas y oscuras, y algo del ambiente frío de su buhardilla, algo de su miseria y de sus dolores pasó un momento por la sala llena de luz y de alegrías nupciales. Recitaba con ese tono férvido que, saliendo del corazón, va derecho a los corazones, y lágrimas furtivas asomaban a muchos ojos al finalizar la poesía. Después de un silencio, al que sucedieron muchos aplausos, un viejecito se acercó a ella para felicitarla.

—Es un pecado que usted no se dedique a la escena, señorita. Ganaría usted millones.

Luisa sonrió sorprendida, y al estrechar la mano del viejecito la retuvo entre la suya largo tiempo. Sí, tenía razón aquel viejecito tan simpático: sería actriz, dejaría el bastidor maldito... Aun oprimía la mano, ya casi infantil del anciano, y ya estaba decidida a seguir el consejo... Sin duda el pobre señor no sabrá nunca que aquel apretón de manos un poco convulso quería decirle: «Muchas gracias, señor, muchas gracias. ¿Ve usted? Usted creía venir a presenciar solamente el hecho consumado de una boda, y ha venido a determinar un destino: con esa sola frase que acaba de decirme ha abierto la puerta de mi porvenir, que estuvo hasta hoy

cerrada, a pesar de mis llamamientos. Quiero ganar en la escena esos millones que usted dice, y no por mí, créame, sino por mi padre... Muchas gracias, señor, muchas gracias. Estoy contenta, contenta, contenta. ¡Siento campanillas en el corazón!»

III

CUANDO el criado le entregó, encima de una bandeja de plata, la esquila sin sobre, don Santiago tuvo un presentimiento, y para disimular su turbación quiso, antes de desplegarla, añadir al trabajo empezado unos renglones, que resultaron temblorosos; después leyó: «Tengo que hablarle con urgencia», y ordenó brevemente:

—Pase usted a ese caballero.

Poco después, por la puerta, que había quedado entornada, entró, sin necesidad de abrirla del todo para pasar, un hombre: era *El Huesos*. Don Santiago lo recibió de pie.

—¿Por qué ha venido usted aquí? ¿Quién le ha enterado de mis señas? ¿Es que quiere obligarme a prescindir de sus servicios?

—Francamente, si yo...

—Si se obstina en comprometerme y abusa de la situación, le advierto que tengo medios de concluir de una vez. ¡Yo no tolero imposiciones!

La cara de don Santiago se había congestionado de pronto, y las palabras, dichas en tono bajo y seco, brotaban entrecortadas de su boca, como si los dientes las mordieran antes de salir. Un gesto consternado de *El Huesos* demostró que, al menos por el momento, no pensaba imponerse. «Él era el primero en lamentar que su aflictiva situación le impidiese tener tarjetas, obligándole a escribir su nombre en un papel; pero... La vida era difícil y rara vez tropieza un inventor con un Mecenas; además, francamente... Traía noticias trascendentales, de esas que no admiten demora y por eso había osado; de otro modo...» En cuanto a explicar cómo había descubierto la verdadera identidad de don Santiago —quien hasta entonces habíale ocultado su apellido y su condición—, *El Huesos* prefirió, para no embrollarse, omitirlo y emplear todo su alud de lugares comunes y gramática parda en hacer resaltar la importancia de la noticia. La noticia era nada menos que ésta: «Felipe Blanco, el actor de «El Dorado», había puesto cerco a Luisa y le servía de celestina un cómico viejo apellidado Moral. Claro

L O S F R U T O S Á C I D O S

que la muchacha no era de esas a quienes se pueden declarar fácilmente ciertas pretensiones. ¡Cuando él, don Santiago, no le había dicho aún!... La noticia la había recibido del mismo jefe de la *claque* que era amigo suyo; y él se permitía aconsejar a don Santiago, sabiendo su interés, para que no fueran a jugarle una mala pasada. El caso merecía la pena; Felipe Blanco era primer actor, tenía aureola de tenorio, le llamaban Felipe el Hermoso y había sido amante de la Romerales cuando la Romerales estaba con el duque de Sacra Encina; y por si eso era poco, podía interesarse cerca de la empresa en favor de la chica, hacer que fuese mejorada, ayudarla a subir, y entonces...» La opinión de *El Huesos* era que se debía hacer salir a la muchacha del teatro cuanto antes, y al efecto traía dos soluciones, a saber: utilizar la misma influencia que se empleó para conseguirle un duro de sueldo, en que la despidieran, o bien —y esto quizá fuese mejor— jugarse el todo por el todo y hacer que en la próxima sesión de espiritismo el alma de la madre de Luisa manifestase el deseo expreso de verla abandonar la escena.

Don Santiago seguía ceñudo. Mientras *El Huesos* hilvanaba pretextos e hinchaba noticias, pensa-

ba él, sin dejar de oirlo, en los riesgos de tolerar aquel cómplice que, de pronto, abandonaba el papel pasivo de criado y limosnero para acortar audazmente distancias y sugerir la conveniencia de mantener su discreción. Lo había conocido merced a un condiscípulo de esos que, habiéndose quedado a la zaga en la carrera de la vida, se asen a los faldones de quienes medran, y son sus lacayos, sus testaferros y sus bufones. Ese condiscípulo, aun cuando apenas le había hablado en la Universidad, lo tuteaba ahora, y al oirlo parecía que don Santiago se había criado a sus pechos. En cuanto supo la pasión de su «querido Santiago» encontró el medio de allanarlo todo. «Yo tengo el hombre para eso, chico —le dijo—. Tú no puedes hacerle la corte a esa muchacha en la calle, como un estudiante; sería comprometerte. Don Manuel, a quien llaman *El Huesos*, te lo prevengo, es nuestro hombre. En quince días se finge medium, se hace amigo del viejo espiritista y luego te presenta a ti; y una vez tú dentro de la casa, pan comido... Por supuesto, que ni el mismo don Manuel tiene necesidad de saber quién eres. Así como así él es también un poco loco. Yo lo conocí hace muchos años en una ocasión...»

LOS FRUTOS ÁCIDOS

Don Santiago no sintió la necesidad de enterarse de cómo había trabado relaciones su condiscípulo con tipo tan extraño y útil, y cegado por sus deseos aceptó la complicidad. En los primeros días *El Huesos* supo mostrarse el hombre ideal; sus conocimientos vastos y superficiales, sus varias aptitudes de ventrílocuo, de inventor y de prestidigitador, su figura espiritada, su mucha miseria y sus pocos escrúpulos, le daban la medida del cargo. Durante algún tiempo todo había ido muy bien, relativamente bien de tenerse en cuenta la cara siempre fosca de Luisa; y ahora, en un golpe de desvergüenza, el pillo desenmascaraba sus propósitos. Sin duda se trataba de un *chantage*; tal vez proyectase llevarse la ponzoña de la delación hasta el «sagrado seno de la familia...» Era, pues, necesario, no sólo parar el golpe, sino dejarlo desarmado para el futuro; y al pensar en esto, los ojos de don Santiago lucían coléricos como dos llamas.

Con la rapidez de comprensión de los truhanes, *El Huesos* advirtió que había errado el golpe. Sentado levemente sobre el borde del hondo sillón forrado de gutapercha, iba evaluando las riquezas del suntuoso despacho y, sólo de soslayo, miraba el rostro sombrío y las piernas agitadas por ner-

vioso temblor de don Santiago, esforzándose por precisar si en el disgusto del prócer ponían más acibar sus noticias o su presencia. La fábula de la lechera había tenido una nueva repetición. ¡Adiós mil pesetas sacadas con argucia, multiplicadas con talento y con suerte! Podía ahorrarse la historia del mecánico dispuesto a construir diez talentómetros con sus tornillos micrométricos y sus escalas de reducción, por la módica suma de tres mil reales. ¡Tantas veces había ido el cántaro a la fuente!... Un silencio hostil los separaba. Era preciso echar mano de la vieja dignidad, oxidada por falta de uso, de sus días de hombre íntegro, para salir sin mengua decisiva de aquel descalabro; si el gesto de don Manuel no hacía olvidar la triquiñuela abortada de *El Huesos*, todo se habría perdido, incluso el honor. Rápidamente urdió una disculpa en la que su hidalguía, su fidelidad y su agradecimiento resaltaban como tres cimas espirituales, y fué a empezarla por su palabra favorita:

—Francamente...

Pero don Santiago sofrenó su elocuencia:

—No me diga nada más. Está bien. Aprecio su buena intención. Créame, yo tengo en este asunto mucho menos interés del que usted supone. Ésa

muchacha puede hacer lo que le venga en gana; peor para ella... En fin, para concretar: el jueves, día de sesión, me esperará usted como de costumbre en el «Café Mercantil», y entretanto, pase lo que pase, aunque se hunda el teatro, se hunda la casa y los condenados espíritus confundan a don Emilio y a su hija, no vuelve usted a poner los pies aquí. ¿Está entendido?

Estaba entendido; si alguna buena cualidad tenía *El Huesos* era la de entender bien y de prisa. La diestra de don Santiago se tendió sobre la mesa, cubierta de papeles, y un timbre tremoló a lo lejos. Acudió el criado, y *El Huesos*, sin desprenderse de la ineficaz dignidad de don Manuel, hizo varias reverencias grotescas antes de salir; en la antesala se cruzó con una señora bigotuda de muy mal talante y con dos señoritas que entraban. Don Manuel aconsejó aún a *El Huesos*, siempre obediente, varias inclinaciones más. Debe ser la familia de don Santiago, pensó. E inmediatamente su gesto entristecido trocóse en una sonrisa que fué a embotarse en el lacio bigote. Ahora comprendía el pavor de don Santiago, sus furtivas miradas hacia la puerta... ¡Las mil pesetas no estaban perdidas del todo! La caja de caudales que había observado for-

midable y hermética en uno de los rincones del despacho, aclararía para él el jeroglífico de sus cuatro resortes de cobre y abriendo su pesada puerta le dejaría sustraer siquiera una partícula de su tesoro... ¡Bien hayan las mujeres enérgicas que saben inculcar en sus maridos un terror saludable!... Todo esto y cien cosas más doradas y verdes, como la esperanza y el oro, decía la sonrisa de *El Huesos* al ir a embotarse en su bigote lacio. Mil pesetas, mil pesetas, ¿y por qué conformarse con mil pesetas? El sitiador había visto en la muralla del castillo punto propicio hacia donde dirigir su catapulta para abrir brecha.

Don Santiago se quedó sólo. Los escribientes se transmitieron en seguida la noticia de que vientos huracanados soplaban, y ninguno traspuso la puerta del despacho. Fué estéril su intento de sonreír a sus hijas y a su mujer; ésta conoció su disgusto y lo achacó a la «maldita política», vivero de contradicciones, de quebraderos de cabeza y... de influencias. Empotrado en un sillón, con los brazos cruzados sobre la mesa y el pestorejo, a pesar de estar la cabeza inclinada hacia adelante, caído como un seno sobre el cuello de la camisa, don Santiago estaba imponente. Si *El Huesos*, en lugar de lanzarse

LOS FRUTOS ÁCIDOS

a la calle a reconstituir otra vez la fábula de la lechera, se hubiese quedado espiándolo por el hueco de la cerradura, habría podido por sus gestos saber en qué pensaba. Primero fué una arruga vertical en la frente y las manos se cerraron hasta crisparse; pensaba en la visita, en la audacia de su cómplice, en el peligro; después fueron varios vaivenes de cabeza, dos chasqueos de lengua, ensombrecimiento de la fisonomía: pensaba en Felipe Blanco; a seguida un pavor pueril retratóse en su rostro mientras uno de los brazos se alzó para esquivar un golpe imaginario: pensaba en la señora bigotuda de mal talante; luego sonrió con benevolencia, con algo de conmiseración, con algo de desprecio: pensaba en don Emilio; y al fin, sus labios se contrajeron como si engordasen; las manos abiertas y convulsas removieron torpemente los papeles, y algo ardiente y húmedo pasó por sus ojos... En este pensamiento se sintetizaban y anulaban todos los demás: apenas la imagen de Luisa aparecía, peligro, ira, miedo, piedad, eran absorbidos por la tromba del deseo. Era algo fatal, inexorable; en vano había pretendido acallararlo, hacer derivar hacia otras mujeres aquella imperativa y tardía pasión de la carne que llegaba a torcer su vida. En amor no hay valores in-

trínsecos: a don Santiago se le antojaban imperfectas cuantas mujeres no tenían el aspecto enfermizo de Luisa; su mirada humilde y siempre fugitiva, su porte recatado, lo incitaban con más vehemencia que cuantos ardidés hubiera podido emplear para cautivarlo una mujer a la vez bella, experta y enamorada. Desde que la conoció en la tienda de bordados, por azar, sus sufrimientos y sus malos pasos se iban encadenando inevitablemente.

Al principio creyó no tener celos. En cuanto se convenció de la imposibilidad de lograr que don Emilio disuadiese a Luisa, las ventajas de tenerla en el teatro se le hicieron visibles: «Acaso una vida menos enclaustrada, otros ejemplos, otras ambiciones...» Sentía rubor de sus procedimientos, y para poder ser menos riguroso al juzgarse, se decía: «Puesto que iba a dedicarse de todas maneras, y en el teatro ya se sabe en donde para una mujer pobre, yo no cometo un crimen sacándola de la noria vulgar del bordado en las mejores condiciones posibles; a lo sumo, lo que hago es sustituir mi persona a otra que, seguramente, había de llegar. Es ella la que ha decidido su suerte.» Pero en el subsuelo de su pensamiento se larvaban estas ideas de previsión cobarde: «Así nadie me

podrá imputar haber mancillado una vida honesta; si esta situación había de prolongarse, si no había yo de conseguir nada, más vale que se dedique a la escena, que sea antes de otro, y después...»

Mas ahora los celos venían a burlarse de sus previsiones; sufría con toda el alma, con todos los nervios, exacerbados por la idea de su vejez; y ese dolor casi castigaba sus culpas. Era el tormento de Otelo, agravado por la tragedia del apetito sobreviviendo al vigor; pasión senil, consciente de su impotencia para convertir en llama esplendorosa y mutua lo que sólo es ígnea carcoma que va destruyendo paso a paso el ser. ¡Oh, si siquiera tuviese unos años menos, aunque no fueran más que quince! Atraída por esta idea, surgía en su pensamiento la figura de Felipe Blanco, del rival, y sus músculos adquirían, estimulados por la cólera, inesperada tensión; blasfemias extraordinarias entrecocaban en su boca: maldecía a Felipe Blanco, se maldecía a sí mismo por haberlo aplaudido alguna vez, maldecía también a su cómplice, a aquel esqueleto forrado de piel, de quien jamás logró explicarse si era injerto de pícaro y loco, ni si la malhadada invención del talentómetro era aún otra picardía más.

Sonaron golpecitos tímidos en la puerta; era un amanuense. Aunque se crea exageración, parece ser cierto que hay asuntos en política que no admiten retraso, y teniendo que poner a la firma uno de ellos, los escribientes se habían sorteado para ver a cuál correspondía arrostrar el vendaval. La víctima entró oblicuamente; era un muchachito rubio, con un lunar de pelo en la nariz. Sin pronunciar palabra, sin levantar la mirada, extendió sobre la mesa el documento y se echó hacia atrás para ser lo menos visto posible, mientras el «señor» leía y firmaba... Don Santiago se puso a ojear los pliegos; una figurita grácil, vestida de oscuro, danzaba por entre los renglones. Como de costumbre, iba siguiendo las líneas con la pluma, pero de modo maquinal, sin leer. La figurita se duplicó, se multiplicó fabulosamente en innumerables actitudes. ¿Vea bien? Una de las figuritas le tendía los brazos, le ofrecía la boca... No, no había visto bien.. De pronto, una *ele* larga y sin perfiles le recordó a *El Huesos*, y, dejando de leer, puso su firma con tal violencia, que el papel se rasgó, y una gota de tinta fué a caer sobre el enredijo de la rúbrica.

IV

TODAS las tardes, a las dos y media, Luisa cruzaba muy de prisa el largo pasillo y entraba en el escenario de *El Dorado*. Hacía sólo un mes que estaba contratada, y la exactitud inútil con que asistía a ensayos en que no tomaba parte alguna, decía claramente que aún las costumbres del teatro no habían influído en ella. Actrices y actores llegaban un cuarto de hora más tarde de lo anunciado en la tablilla; el director de la compañía amenazaba con multas y hasta con expulsiones, jurando por una multitud de antepasados que aquella era la última vez que lo hacían esperar; pero debía querer decir la penúltima, pues, con gran estupor de Luisa, al día siguiente la misma escena volvía a repetirse. Lentamente, a causa de su timidez, Luisa iba arriesgándose a convertir en

juicios sus observaciones; además, tenía dudas: la vida del teatro ¿afinaba o embotaba la sensibilidad? ¿Naufragaba o no lo mejor del alma de cada actor bajo la yuxtaposición de las almas impuestas por los autores? El contacto con esa masa adulatora o cruel llamada *público*, ¿no tendía a convertir en vanidad el estímulo, a fomentar el ansia de complacer a los más ruidosos, desdeñando a los discretos, que juzgan y callan? ¿Por qué dejaba sedimentos impuros en las almas la ficción cotidiana, en vez de mejorarlas, de ennoblecerlas...? Alternativas de optimismo y pesimismo accidentaron aquellos primeros días en que poco a poco, a costa de múltiples tanteos y titubeos, Luisa fué conociendo el revés del teatro. A veces temía ser injusta, esperanzarse o desilusionarse sin causa, y no daba por fija una opinión hasta después de someterla a varias experiencias concordantes. Para las opiniones de orden material era algo más intrépida.

El escenario frío, penumbroso durante los ensayos, con su corro de murmuración y su grupo de actores ensayando en el proscenio, le daba siempre una impresión de lobreguez, de falsedad. Ensayaban ya en torno de la mesa, ante la cual el apuntador leía con voz cortante e indiferente los

papeles, que iban repitiendo los cómicos, ya — en los ensayos «en forma»— colocándose como en la función y accionando de una manera que, sin las decoraciones, sin los trajes y sin la luz artificial, parecía inadecuada. Cuando estaba interesándose en una escena, el autor o el director daban órdenes de volver a empezar, y entonces Luisa perdía el hilo, sintiendo el tedio y el automatismo de las palabras repetidas en el mismo tono y de los ademanes o los gestos apoyando las mismas frases. De los confines del escenario llegaba un bisbiseo constante; con frecuencia entraban a pasos sigilosos camareros llevando servicios de un café vecino; alguien, arrastrado por el ímpetu de una discusión de política o de toros, alzaba la voz, y como si aquello fuera cosa nueva, el director clamaba a grandes gritos que era imposible ensayar allí... Hasta el teatro le parecía otro visto desde el escenario; por las tardes, cuando la poca luz filtrada al través de la cúpula ponía un claror sepulcral en el paraíso y en los palcos segundos, y la sala, con sus butacas enfundadas, extendíase silenciosa tras el espacio vacío de la orquesta. En el escenario, alumbrado por dos reflectores portátiles puestos a ambos lados de la concha, resonaban las toses,

las voces cansadas del piano y, sobre todo, los gritos estentóreos del director. Por mucho que el sol luciese fuera, tenía siempre allí la impresión de un día triste, nublado... Pero luego venía la transformación: la luz artificial, el bullicio; aquel pasillo tenebroso por donde Luisa no dejaba de pasar sin sobresalto, iluminábase de noche y aparecía a la vez decorado y entorpecido por hombres elegantes que iban a los cuartos de Felipe Blanco, de la Luque y de la Romerales. En esos cuartos de los dioses mayores había lujo, un lujo algo provisional, pero lujo al fin; los cuartos de los pisos superiores iban siendo menos confortables a medida que se alejaban del primer piso. El cuarto de Luisa estaba en el último, y era común de otras dos partiquinas. Sólo había en él un espejo, tres estantes hechos con tablas y cordeles, un diván y un palanganero de hierro. De las paredes, agrietadas por la humedad, pendían, colgadas en clavos, las ropas de todas... Una bombilla empolvada y fatigada alumbraba el cuarto. El techo y los muros estaban cubiertos por el mismo papel de rayas y flores alternadas interminablemente; Luisa recordaba haber tenido en su oscuro pasado un baúl forrado de ese papel y, a veces,

al hallarse en el cuarto, le obsesionaba la idea de que aquel baúl había crecido y de que ella se encontraba prisionera dentro... Todo en el teatro le producía una tristeza oculta, inconfesada, que cada sábado, al llegar la nómina, venía a destruir una sorpresa no exenta de temor: le parecía siempre que en vez de pagarle, el representante de la empresa le iba a decir: «Señorita, esto fué una broma... ¿Cómo creía usted que le íbamos a seguir pagando por no hacer nada? Recuerde lo áspero que es ganar una peseta con la aguja...» Mas el representante, sin decirle nada de eso, le entregaba los siete duros, y entonces todas sus observaciones deprimentes se adormecían y eran achacadas a la calidad del teatro. Con ingenua dialéctica, Luisa buscaba razones contra sí misma: ¡Ya vería ella como en cuanto le dieran ocasión y rompiese el fuego y lograra pasar a un teatro de verso, todo iba a cambiar! Los actores no irían a jugar al mus en las tabernas, no ensayarían con las manos en los bolsillos, no confinarían sus vidas en un círculo vicioso, ordinario, estrecho, y procurarían adquirir en el cultivo de los libros y de los hombres nociones múltiples de la vida, para poder encarnarla mejor; serían hombres estudiosos, cultos,

enemigos de desplantes y *timos* chulescos; las actrices serían también más finas, menos cizañosas, menos inconformes... Luisa no tardó en descubrir enconos, conspiraciones y odios. Nadie estaba contento con nada. El tenor protestaba de que le hacían cantar los domingos por las tardes para no dejarle ir a los toros; la Luque afirmaba que los ramos recibidos por la Romerales eran siempre los mismos, mientras que la Romerales, no satisfecha con recibir las inmarcesibles flores, aseguraba que la Luque tenía comprado al jefe de la *claque* y que por eso la aplaudían tanto. ¡Ay, si ella hubiera logrado entrar en uno de esos teatros serios, tradicionalistas, donde los actores se codean con la nobleza, y en los cuales, sin duda, sería todo digno, artístico, depurado!... Aquello era dejarse ir por el plano inclinado de las protestas encubiertas y Luisa, al advertirlo, desechaba toda lamentación; no quería ser inconforme también. Acaso las otras lo eran porque habían tenido dinero siempre, porque no habrían vivido como ella bordando de sol a sol o de sol a luna... Y recordaba la fatiga de sus ojos y la dificultad de su espina dorsal para erguirse después de concluidas las tareas sobre el bastidor, sepultado ahora en un rincón, con otros

trastos inútiles. Y estos recuerdos la defendían durante algunos días contra desmayos y decepciones.

Todas las noches, antes de comenzar la función, Luisa iba al escenario, y exponiéndose a ser atropellada por los maquinistas, que arrastraban brutalmente bastidores o descolgaban el decorado, acercábase a mirar la sala por el ventanillo del telón. De las localidades altas bajaba un rumor de marea; el público de butacas colocaba en los respaldos sus abrigos; los palcos se iban llenando, y en el fondo de uno de los proscenios veía siempre Luisa la cara apoplética y odiada de don Santiago; al verlo un rubor súbito subía a sus mejillas; el instinto de mujer habíale hecho adivinar cuánto desdoro para ella y su padre significaba la protección de aquel hombre. Sin saber quién era, Luisa percibía las diferencias de posición que los separaba, y lo oblicuo, lo artero de su trato y de sus intenciones se le hacía transparente. Desde el primer día hubiera querido exponer a don Emilio la verdad y decirle: «Ese hombre, papá, me ha seguido; la dueña de la tienda me dice que le pregunta con insistencia por mí; ese hombre no es espiritista y te engaña, abusa de tu inocencia; nos ve muy pobres, y quiere, tal vez, deshonorarnos,

papá.» Mas, ¿tenía derecho ella, precisamente ella, a desflorar con palabras de realidad brutal aquella virginidad de idea, aquel puro y quimérico vagar por la vida sin desgarrarse contra sus obstáculos logrados por su padre merced a su mansa locura? En aquel constante dialogar consigo misma, esbozando intenciones, temores, frases que nunca se atrevería a pronunciar, cobraba Luisa fuerzas para resistir las desilusiones primeras del teatro. Era necesario vencerlas, llegar a ser una actriz célebre, no caer en la miseria nunca más, poner la vejez de su padre a salvo de las asechanzas de los malvados. La energía de su decisión le hacía inclinar hacia adelante la cabeza, y el telón, cediendo al choque de su frente, restituíala a la realidad... De pronto, la calva del director de orquesta albeaba sobre el sitial, los violines empezaban a ponerse a tono, resoplaban discordes clarinetes, óboes y bombardinos, la flauta hacía cabriolas, el arpa, como si fuera la misma señorita remilgada que la tocaba, parecía ir andando a saltitos por sobre aquel estrépito; y antes de que sonara la tercera campanada, Luisa iba a encerrarse en su cuarto, adonde a última hora la iba su padre a recoger.

El director le había aconsejado que antes de repartírsele un papel, saliese en los acompañamientos para «ir haciendo tablas». La primera vez Luisa estaba nerviosa; iba a representarse una obra nueva. Sus dos compañeras de cuarto habían bajado ya, y ella no había concluído aún de prenderse el traje de aldeana. Al pasar por el corredor, atestado de gomosos, notó que la miraban. El coro estaba ya a punto de salir; el traspunte, que pareciendo que iba a llegar siempre tarde llegaba siempre a tiempo, acudió manoteando con un manuscrito en la mano y ordenó: «¡Coro, fueral...» Luisa cerró los ojos, echó a andar mezclada con el tropel, y cuando volvió a abrirlos estaba ya en escena, deslumbrada por la luz. Parecíale que las localidades altas se iban a venir de pronto abajo y a caer sobre ellos. Al acabar el acto, delante de todos, el director la interpeló rudamente:

—Pero ¿está usted loca, señorita? Me han dicho que si tengo un espectro en el coro. ¿A quién se le ocurre salir sin pintarse? Que no ocurra otra vez... Colorete, colorete. ¡Que yo la vea en ese acto segundo!

Los caballeros ante quienes había recibido el regaño sonreían con benevolencia; las compañeras

pasaban y sonreían también, pero de otro modo. Si Luisa hubiera tenido que salir en aquel instante, con el candente rubor que aflucía a su rostro, de seguro habría creído el público que estaba pintada. Ya arriba, buscó en vano las pastillas de colorete que siempre estaban sobre el tocador: no había ninguna. La luz del cuarto le pareció más triste; la fealdad de las cosas y la maldad de las gentes pesaban sobre su pobre alma. Iba ya a llorar, cuando el actor Moral, su amigo, entró a verla. Era un pobre viejo, cargado de hijos; llevaba quince años en el teatro y ganaba sólo siete pesetas; ayudábase sirviendo casi de criado a los primeros actores, y el encargado del guardarropa le daba además dos reales diarios por distribuir y recoger los trajes. Su mujer, una actriz obesa, jubilada ya, hablaba poniendo los ojos en blanco, de Calvo y de Vico; vendía prendas, visitaba incansablemente saloncillos y cuartos, daba consejos a las principiantas y organizaba rifas. Con todo esto se morían de hambre.

Ajeno ya a toda vanidad, el viejo histrión tenía algo de paternal y un gusto —simpático viajero ya de vuelta— por la gente honrada. Desde los primeros días se hizo amigo de Luisa y la exhortaba

para que abandonase el teatro. Al verlo entrar, Luisa le contó sus cuitas entre sollozos.

—Ya, ya. ¿Crees que no lo sé? Por eso vengo. Las pécoras del coro y las meritorias no hablan de otra cosa. Tú no eres para esto, muchacha... En los buenos tiempos del teatro no había tanta pijotera maldad... ¿Han escondido el colorete? Espera un momento y verás cómo yo te traigo, y del mejor.

Mientras aguardaba a Moral, Luisa oyó comentarios en la escalera:

—¡Pues ya podía el que la impuso aquí darla para coloretos!

—¡Vaya con la señorita de pan pringado, que no quiere estropearse el cutis!

—¡Y a «eso» le dan sueldo!

Moral llegó jadeante, cuando ya había sonado el segundo aviso. Y él mismo se puso a untar carmín a Luisa; mientras le explicaba:

—Tuve que ir abajo; no te traje el mío, porque es de a real el tubo, y... vamos, que no es para ti. Fuf al cuarto de Blanco y en seguida me ha dado el suyo. Es un buen chico; me ha dicho que te lo quedés; sí, sí, te lo puedes quedar... ¡Alza, que empieza el acto!

Así tuvo Luisa la primera relación de gratitud con Felipe Blanco. A los dos días de esta escena, la encomendaron un papelito y le aumentaron dos pesetas el sueldo. Todas las noches Moral o su señora subían a preguntarle de parte del actor si le hacía falta algo, y cuando ella le iba a dar las gracias, él no dejaba de responderle: «No vale la pena; ¡es tan fácil ser complaciente con usted!...» Felipe Blanco era aún joven, de rostro algo marchito; tenía renombre de conquistador, y desde cierta aventura aristocrática había renunciado a las partidas de mus o de tute y a los bistés pantagruélicos del Café Colonial. Adoptaba modales finos y despreciaba un poco a todos sus compañeros, que envidiándolo secretamente no lograban ocultar su envidia, a pesar de su hábito de fingir y ocultar las pasiones. Sin saber cómo, sin saber cuándo, Luisa comenzó a interesarse por él.

Y todo concurría con tácita complicidad a fomentar este interés, a transmutarlo; Felipe Blanco era el depósito de cuantas frases elocuentes, de cuantas acciones generosas se decían y realizaban en las obras; era el *galán*, ese hombre misterioso que viene de lejos, como un príncipe de leyenda, hidalgo, exento de intereses villanos, incapaz de

rehuir compromisos de amor ni juramentos alumbrados con luz de luna y acompañados con música de guitarra. Cada uno de los autores decía al través de él sus más nobles ideas; era en todas las obras la Poesía y el Amor; y algo de la justicia inmanente, embellecida aún por la retórica, hablaba siempre por sus labios... Luisa se enamoró de él, y acaso juzgándola la señora de Moral, la Rome- rales y la Luque, pensaron con razón que había cometido un desatino, una idiotez, una locura... Esta última frase, que es de la señora Moral, es la más exacta, por ser la más benévola. Luisa no era ni insensata ni idiota: Luisa cometió esa locura, porque era necesario que la cometiese, porque en todo tiempo, las mujeres como ella han sido fasci- nadas por esas dos entelequias milagrosas que se llaman la Poesía y el Amor.

V

DON Emilio había adquirido la costumbre de esperar a Luisa en el saloncillo en vez de subir a su cuarto. El saloncillo era una pieza cuadrangular, cuyos muros bordeaban muelles divanes tapizados de gris; de las paredes colgaban algunos retratos de escritores ilustres, y el de un filósofo que nadie se explicaba por qué estaba allí; el calorífero, de continuo candente, producía una temperatura que contrastaba con el aire helado que circulaba por los pasillos. Solo en un rincón, pensando en sus quimeras, el viejo espiritista se aislaba por completo. Para él era lo mismo estar allí que ir, cuando Luisa conseguía *vales*, a esperarla viendo la función desde el anfiteatro, porque igualmente vanos le parecían los juegos de palabras en la escena, que las discusiones e intrigas reales

LOS FRUTOS ÁCIDOS

de los cómicos. Los autores de la casa lo juzgaban imbécil, porque ni siquiera sonreía al oír sus chistes. El director de orquesta, a espaldas de él, se llevaba el índice a la calva, queriendo indicar su falta de seso; lo consideraban como un mueble del teatro, y el empresario ni siquiera se recataba en su presencia para hablar de negocios. Por lo general estaba solo toda la noche, porque las tertulias se formaban en los cuartos de las actrices; de tiempo en tiempo entraba alguien a frotarse las manos ante el calorífero y volvía a salir sin saludar siquiera. Si don Emilio hubiera tenido dotes de observador, habría podido decir que el actor Moral reunía con el azúcar sobrante de los cafés tomados en el saloncillo más de doscientos terrones semanales, y que Antonio Castell, el autor mimado, respondía invariablemente con su bárbaro acento catalán a todos cuantos le preguntaban por su salud o por sus asuntos: «Todo va bastante mal, gracias a Dios...» Pero la atención de don Emilio, íntegra en su obsesión, resbalaba sobre las cosas terrenales sin penetrarlas. Casi no oía el ir y venir de la gente al terminar los actos; la distancia y las cortinas tamizaban los ruidos del teatro y, sólo de tarde en tarde, al abrirse alguna

puerta, percibíanse el murmullo apagado de los aplausos, el incierto vaivén de la música y otros ruidos marchitos que no tergiversaban el rumbo de sus divagaciones. A veces se llevaba para entretenerse el «Libro de los mediums», y repasaba las páginas, que ya se sabía casi de memoria... ¿Sería *El Huesos* medium tan excelente como aquella Florencia Cook, como aquel místico Home que tales revelaciones comunicaron al gran físico inglés? ¿Lograría que el espíritu de su mujer, tan continuamente llorada, viniese por conducto de *El Huesos* con la insistencia amable de Katie King? Y de este modo, serio, ensimismado, permanecía en su rincón hasta que la voz de Luisa venía a transportarle al mundo tangible.

—Vamos, papá.

—Vamos.

Y salían. Iban siempre por el mismo camino, muy abrigados. Cada noche obligábales a recordar la noche anterior; tan semejantes eran: al pasar por el cruce de dos calles muy anchas se llevaban las manos a los sombreros para asegurarlos; después, como si don Emilio se fatigase siempre en el mismo punto, la tomaba el brazo y así llegaban hasta la casa. Todas las noches era así; mas como

aquella faltó muy poco para que el viento le arrebatara el sombrero, y como Luisa al llegar a una esquina esperó en vano la mano que iba habitualmente a buscar el apoyo de su brazo, le preguntó.

—¿Qué te pasa, papá?

—Nada, nena.

—Tú tienes algo.

—No.

—Sí, sí; tú tienes algo.

—Te digo que no... Es decir... Tengo... Es que quiero pedirte una cosa.

¿Qué le podría pedir? Una petición por parte de don Emilio era algo inesperado, insólito. Siguieron andando algunos pasos sin hablar. Al cabo él la tomó del brazo, la hizo detener y empezó a rogarle muy bajo, con voz oscurecida y trémula:

—Es una cosa que no puedes negarme, neni-ta. No soy yo sólo quien te la pide: es ella también... *Ella*, ¿sabes?, mamá, la otra Luisa... Tú nunca has querido asistir y nunca te he insistido, bien lo sabes; nunca traté de disuadirte de tu error, porque pensé que era miedo de niña... Si te di aquel libro de Gautier y aquel otro de Flamma-

rión, fué sólo por probar, para que tu pobre almita se fuera aclimatando. Ahora ya eres una mujer y no tendrás miedo... Mañana tenemos sesión; mañana puedes sentirla junto a ti y podrá besarte, acariciarte... Ven mañana; te lo pido con toda mi alma... ¿Verdad que vendrás?

—Papá, tú sabes que...

—Que te excita los nervios, sí... No importa; es una sola vez... ¡A mí también me excitaba al principio!

—Y no sólo eso: es que no creo, papá; perdóname. Yo respeto tus creencias; respeta tú las mías. No creo y no quiero tampoco creer; me da horror pensar que todos los que han muerto vuelven a este mundo y que junto a ellos nosotros no somos casi nada. Me enfermaría, me moriría, papá... Para vivir me es necesario tener esperanza, mirar únicamente hacia adelante...

—¡Una sola vez, ven!

Había tanta angustia en su demanda, que Luisa no tuvo valor de negar. Don Emilio interpretó en seguida su silencio:

—Gracias por mí y por ella... La de mañana ha de ser una sesión decisiva; ya verás... Luisa, necesito que tú creas igual que yo, y que esa creen-

cia, en lugar de darte terror, te sea dulce. ¡Qué hubiera sido de mí sin ella! Piensa que yo no he de durar mucho, y que si me voy antes de que tú creas en los espíritus, me parecerá que todo mi recuerdo, que todo mi cariño se apagarían en tu memoria apenas entierren mi cuerpo... ¿Vendrás?... ¿Vendrás?

Luisa sintió la mano de su padre estrecharle el brazo, y le pareció que aquella mano, igual que sus propios pensamientos otras veces, tenía afán de asirse a la vida. Una opresión le subía a la garganta y una onda de ternura bañaba su alma toda. Parecíale que otorgar a su padre la concesión, la libertaba en cierto modo de algo de la culpa de su otro amor, del amor secreto. Estaban aún detenidos en la acera. Varios transeuntes los habían ya mirado con esa curiosidad burlona con que se mira a las parejas de edades muy desproporcionadas. Don Emilio aguardaba la respuesta; el viento dispersaba su barba; y, como un signo reflejo de su inmensa ansiedad, seguía apretando el brazo de Luisa hasta hacerle daño; ella musitó al fin:

—Bueno, papá, iré.

Luego siguieron el camino; llegaron a la casa y

se acostaron sin hablarse. Contra su hábito, don Emilio durmióse en seguida; había tal sosiego en su rostro, respiraba tan tenuemente, que Luisa se asustó y por dos veces fué a ponerle un espejo ante la boca para cerciorarse de que alentaba. No pudo dormir y, sin embargo, la noche le pareció muy corta: temía la llegada del día siguiente.

El día siguiente era jueves. A las cinco de la tarde un coche se detuvo en una de esas calles angostas afluentes a la plaza de Santo Domingo, y el lacayo saltó del pescante y abrió la portezuela para dejar descender a un caballero grueso muy recatado en su gabán de pieles; luego extrajo del vehículo un paquete voluminoso y cuadrado que el señor recogió. Obediente a una orden, el lacayo tornó a ocupar su puesto y los caballos partieron de nuevo. En cuanto se alejaron un poco, el señor encaminóse en dirección opuesta, torció con rápido paso por varias callejuelas, y deteniéndose varias veces para cerciorarse de que no oía el ruido de su coche seguirle, fué a parar al Café Mercantil. Desde la puerta miró al interior, como si recelara algo, y después dirigióse a uno de los rincones del establecimiento. En el rincón, tras un vaso de leche con media tostada, lo aguardaba un

hombre de delgadez inconfundible. Fingiéndose no ver la escuálida mano tendida hacia él en confiado ademán de amistad, el recién llegado ordenó:

—Vamos de prisa... Aquí está el aparato; supongo que usted tendrá bien ensayado todo... Tome, pague eso. Yo lo espero a usted en la puerta.

Una moneda de dos pesetas tintineó sobre el mármol. Y pocos minutos después don Santiago y *El Huesos*, dejando tras ellos las persignaciones de la portera, hacían sonar la campanilla del sota-banco. Una voz les gritó desde dentro:

—¡Empujen!

La puerta estaba sólo arrimada y entraron. Don Emilio, subido en un cajón, ocupábase de interceptar con un paño negro la poca luz que entraba por la claraboya. Sin bajar de su pedestal interrogó.

—¿Trae usted la cámara?

—Aquí está.

—Bien... Y usted, don Manuel, ¿se halla en forma?

—Francamente, sí... Me siento hoy vibrante, extraño; yo mismo me doy la sensación de no ser yo, de...

A espaldas de don Emilio, don Santiago debió hacerle una seña misteriosa, porque sin concluir de detallar sus complejas sensaciones de medium, *El Huesos* preguntó sin transición alguna:

—¿Y asistirá su hija, por fin?

—Sí; me lo ha prometido solemnemente. Debe estar al llegar de su ensayo.

Después de instalada la cámara fotográfica en un extremo y de examinar la silla negra donde había de tener realización la experiencia, don Emilio propuso algunas evocaciones elementales por medio del velador; eso prepararía el ambiente. Se sentaron, y tendidas las manos, muy rígidas, en contacto nervioso sobre la leve mesita formaron la cadena magnética y estuvieron un rato callados, hasta que movimientos, primero imperceptibles, manifiestos después, hicieron oscilar el mueble sobre sus tres patas. Don Emilio, con gesto sacerdotal, interpelaba a los espíritus:

—¿Estás ahí?... Manifiéstate: un golpe, sí; dos, no...

Luego, indicandō por golpes las letras del abecedario, varios espíritus intentaron decir generalidades, en verdad, de poco interés. Primero acu-

dió un espíritu vulgar; luego el espíritu de un gran político recién fallecido, que resultó tan vulgar como el anterior; al cabo, dócil a eficaces conjuros, un espíritu de mujer, obstinado en callar su nombre, esbozó estas palabras: *teatro, inconveniente, súplica...* Iban a pedirle aclaraciones, cuando los pasos de Luisa resonaron en la escalera ahuyentando a la cautelosa aparecida. Se levantaron con las manos fatigadas por la tensión, y don Emilio quiso pasar sin demora a la experiencia suprema. Como es de rigor, se colocó sobre la mesita el vaso de agua simbólico. Cerraron la puerta, y regresaron a sus puestos. Todos estaban serios, hieráticos; Luisa temblaba.

Antes de apagar el quinqué, cuando ya *El Huesos* iba a sentarse cara al recinto enlutado en la silla colocada entre los entreabiertos cortinajes, don Emilio tuvo una exigencia:

—Oiga antes, don Manuel: ¿Jura usted que nada en la sesión de hoy será obra de su voluntad? ¿Jura que su fluido, si le es posible, concretará aquí a nuestra vista el cuerpo astral de algunos de los seres que nos fueron queridos?

Para dar ánimo al medium, don Santiago también interrogó:

—¿Lo jura usted?

Una mano inmensa y huesuda se tendió sobre el velador al mismo tiempo que la voz, algo trémula, prometía:

—Lo juro, señores.

—Pues empecemos, y que la voluntad del Padre nos asista.

—Luisa y don Santiago se sentaron; don Emilio quedóse de pie junto a la cámara fotográfica para hacerla funcionar oportunamente y obtener de la aparición irrefutable testimonio. *El Huesos*, de espaldas a ellos, sentóse en la silla. Hubo todavía otro preámbulo.

—¿Estamos?

—Sí.

—¿Apago el quinqué?

—Cuando quiera.

Don Emilio sopló; una gran llama desbordóse del tubo y la oscuridad sobrevino. Durante unos segundos, la torcida, roja aún, chispeó hasta apagarse. El silencio llenaba la estancia. Nadie hubiera dicho que cuatro personas alentaban allí, en las tinieblas. Una silla crujió; transcurrieron varios minutos de ansiedad. Al cabo don Emilio dijo con voz muy queda:

—Está ya en trance... —y luego llamó dos veces dulcemente:

—Don Manuel, don Manuel.

Ninguna voz respondió a la suya. El silencio volvió a imperar, y largos minutos henchidos de misterio y de incertidumbre sucedieron. De pronto, tenues formas fosforescentes comenzaron a insinuarse en la sombra. Temerosa Luisa cerró los ojos para ver si esas formas estaban fuera o dentro de sus ojos. Al abrirlos, contornos sinuosos, verdosos y estelares aparecían todavía con intermitencias en el fondo de la buhardilla... ¿Se acentuaban o se desvanecían? Sí, se acentuaban, parecían querer dibujar algo... Ya era como una cara informe, de mejillas vagamente lumínicas y de ojos oscuros. Se oyó el ruido del objetivo fotográfico al ser descubierto por don Emilio, quien al mismo tiempo saludó al aparecido con la fórmula ritual: «La paz sea contigo, hermano... Dinos, si te lo permiten, quién eres.» Y en la garganta del *medium* largos estertores, seguidos de gemidos, antecedieron a una voz extraña que no se asemejaba a su voz cotidiana:

—Soy... soy... quiero que me obedezcas... soy...

Nuevos estertores siguieron. En el hondo silen-

cio adivinaba don Santiago la emoción de don Emilio, y junto a sí sentía una respiración anhelosa y fragante que lo turbaba, apartándole de toda predisposición espiritual. La voz del espíritu moduló de nuevo palabras inconexas... Don Santiago no oía la voz, no veía las líneas fosfóricas y trémulas; todos sus sentidos abolíanse para dar más eficacia a su olfato y dejarlo aspirar anhelosamente el olor de Luisa, esa atmósfera venusiaca que envuelve a los seres deseados... Sus manos temblaron casi inconscientes en la oscuridad... El *medium* hablaba, hablaba... Así pasaron varios minutos. De pronto, un grito rasgó las sombras y el silencio, como un relámpago; era ese grito inconfundible que enfría la sangre, el grito loco del terror. Y era Luisa quien lo había lanzado.

—¡Luz, luz!

—¡Encienda usted!

—¿Qué ha sido?

—¡Luz, mi hija... luz!

El tubo se había roto, y la llama hizo oscilar sobre los muros las tres siluetas agrupadas en torno de Luisa, que apenas podía hablar. Fué necesario rociarle la frente para reanimarla. Cuando logró calmarse explicó:

L O S F R U T O S Á C I D O S

—He sentido una mano, papá; una mano que me subía así, por el pecho...

Hubo que acostarla y darle agua de azahar. Don Emilio quedó junto a ella y los otros se marcharon casi sin despedirse. Apenas estuvieron en la escalera, *El Huesos* increpó a don Santiago:

—Ha sido usted... ha sido usted. ¡Cochino!

—Cállese... Ya hablaremos... Cállese, que pueden oír.

El Huesos se calló pero mientras bajaron, don Santiago sintió fijos en él dos ojos que lo miraban severamente.

VI

A mediados de temporada Felipe Blanco obtuvo un éxito ruidoso; todos los semanarios ilustrados publicaron su retrato en aquella actitud gallarda de desenmascarar al traidor, que hacía prorrumpir en aplausos frenéticos al público de la galería. Luisa guardaba uno de esos retratos con dedicación amorosa, y por las noches, antes de acostarse, pasaba un rato contemplándolo.

En el teatro no se conocían sus relaciones. La señora Moral había logrado acallar el deseo de comunicárselas confidencialmente a cada una de las actrices, y su marido sabía hartó bien las ventajas de poseer secretos de un hombre dadivoso. Dos o tres veces Luisa y Felipe Blanco habían ido a pasear por las avenidas lejanas; paseos castos, a ratos callados, a ratos exuberantes de promesas, de

dudas, de súplicas, de éxtasis; paseos con sus inevitables paradas en algún café de esos donde van recatadas parejas que cuchichean con las manos juntas, abstraídas del resto del mundo. Y todas las noches, al recapitular sus acciones diarias, Luisa se acostaba contenta de no tener falta grave de qué arrepentirse.

Desde hacía varios días tenía algo más de libertad. No es que su padre la hubiera coartado nunca; era ella quien, obediente a dictados de cariño y de prudencia, salía siempre con él. Pero ahora don Emilio estaba bajo el hechizo de una nueva amistad, contraída en el saloncillo de «El Dorado», y por eso tenía que salir sola. Cierta noche, al bajar Luisa a recogerlo, lo halló en plática con un tipo extraño de quien había oído decir que pretendía estrenar una obrita.

Era un joven a la vez feo, astroso y elegante. Todos le llamaban «el poeta», pero su nombre era Rafael Semprún. Algo de catarata y estrabismo daban a sus ojos el aspecto turbio de dos gotas de ajeno; la barba, muy tupida, le nacía desde cerca de la nariz e iba a perderse bajo el cuello de la camisa, de continua y grasienta amarillez; sólo la frente, ancha y bombeada, redimía su ca-

beza de la fealdad. Llevaba la capa con majeza, y del fondo oscuro de su persona destacábase, sobre el plastrón de la corbata, una calavera de níquel. Al hablar, un *tic* le obligaba a inclinar la cabeza, y esto resultaba garboso. Sin duda el marco del saloncillo era impropio a tal hombre, ya que todo delataba en él interna aristocracia; y si los comichuchos y gente maleante de entre bastidores se sorprendían de ver a Rafael Semprún proponiendo una obra de género chico, en el fondo, con esa parte mejor del ser que se disocia a veces de las acciones externas y las comenta y las critica, no se sorprendía menos él. Cuando alguien se lo hacía notar, respondía señalando el retrato del filósofo que ocupaba el testero del saloncillo:

—Estoy aquí con el mismo derecho que éste.

Poeta, ya evocador de las gracias frágiles y sensuales del siglo XVIII, ya de las miserias de los precitos, Semprún estuvo siempre en desacuerdo con las formas ventajosas del vivir material; un mucho de Baudelaire, adulterado por un poco de Murguer, ponía algo de pequeñez en su obra. Incapaz de acomodarse a labores periódicas, fracasaba en todo. El llamaba a eso su «ananké», y aunque su tío, un pudiente empleado del Tribunal

de Cuentas, le daba otro nombre, lo cierto es que «eso», lo que fuera, era algo fatal que forzaba al poeta a vivir en la miseria y a no lograr lo que con menos méritos lograban otros: un poco de bienestar y holgura... Semprún y don Emilio estaban hechos para entenderse. Lo que el jamás desbordado Goethe llamó con frase un poco abstrusa «afinidades electivas», existió desde el primer momento entre ellos. Todas las noches hablaban de espiritismo; don Emilio advertía en su interlocutor no sólo tendencia a lo maravilloso, sino raro sentido de los fenómenos ultraterrenales; mas como si el ser de Semprún se desdoblase y una parte crítica, casuística y sutil hallara complacencia en luchar contra sus inclinaciones, no había noche que no contradijese a don Emilio.

—Yo no puedo negar que fuerzas desconocidas accionan en torno de nosotros; hay casos de telepatía, de transmisión del pensamiento, de doble vista, que son ya innegables; pero de eso a afirmar la transmigración budística, la creencia migratoria hindu o el espiritismo..., ¡vamos que no! Todo eso es la eterna ilusión del hombre no resignado a desaparecer por completo y engañándose con la quimera de supervivir... No hay más.

—Amigo Semprún, cuando las primeras manifestaciones espiritistas se produjeron en la familia Fox, en los Estados Unidos, a fines de 1847...

Pero Semprún, nervioso, interrumpía:

—Además de que en el fondo, perdóneme, el espiritismo tiene mucho de la antigua nigromancia condenada por la santa madre Iglesia... Ya sabe usted que soy católico ferviente.

Y ahora era don Emilio quien no le dejaba concluir:

—Bah... me extraña que diga usted esto siendo tan culto. Lea la leyenda de San Cesáreo, el relato de San Agustín, obligado a enviar a la diócesis de Hipona un sacerdote exorcizador y me dará la razón. Y aun en los textos canónicos recuerde usted las claras palabras de Juan cuando dice: «Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco; oirán mi voz y será hecho un solo aprisco y un solo pastor». Hay mil pruebas.

Sin duda Semprún iba a argüir algún razonamiento que acentuase más sus confusiones entre el espiritismo y el demonismo, cuando alguien entraba y callábanse por acuerdo tácito. Comúnmente quienes entraban era el actor Moral, que venía a recoger terrones de azúcar, o Castell

quien, como de costumbre, preguntaba con su bárbaro acento catalán, para darse él mismo la respuesta:

—¿Vino l'empresario? No ha venido *ma caso en...*

Y en cuanto tornaban a hallarse solos, proseguían:

—Mire usted, don Emilio, lo que a mí se me hace repulsivo creer es que la facultad de servir de puente entre los espíritus y nosotros sea casi privilegio de gentes inferiores. Hay algo de compensación, se dirá; y, claro, eso es ingenioso, mas no pasa de ahí. Bien sé que existen ejemplos desconcertantes, pero... Una medium palurda me ha dicho que el alma de un gran poeta ha encarnado en mí. Esto no es extraordinario, no; pero en cambio estoy seguro de que casi no sabe leer y el otro día me dijo el número de églogas, de endechas, de romances y de sonetos que compuso Garcilaso.

—¿Ve usted?

—Espere. Hace unos días leí en un libro de Taine una gran cantidad de casos de sugestiones, alucinaciones y transmisión de fuerzas psíquicas, que al pronto parecían sobrenaturales sin serlo.

Puede también todo depender de una insuficiencia del hombre para comprender las relaciones ocultas de los hechos. Y sin embargo...

—Tenemos pruebas fehacientes; usted sabe que se han impresionado placas. Yo mismo, si no hubiera sido por...

Aquí Semprún se exaltaba; su *tic* nervioso hacía más frecuente, y en su voz vibraban los tonos, ya agudos, ya broncos de la pasión:

—¿Pruebas? Pruebas de nada. Sin contar con que la prestidigitación puede entrar por mucho; sin contar con que todo medium, todo experimentador, tiende involuntariamente al perfeccionamiento de la experiencia y, por lo tanto, a la superchería... ¿Es que a la famosa Paladino, a Slade, a los farsantes Davenport y al mismo Home no los sorprendieron en fraude? Lea usted el informe de las célebres «tenidas» de Cambridge, y verá cosas sabrosas. Magnetismo, presentimiento, doble vista, bien; pero, ¿pruebas de comunicación entre los que ya murieron y nosotros? ninguna, don Emilio: porque la prueba inconfundible, la única, no llega jamás.

—Hombre, escuche.

—La única: la clave de ese enigma sintético del

más allá. Viene un espíritu que aquí en la tierra fué de selección y sólo dice lugares comunes, pretextos, cuando una sola palabra acerca de sus existencias, después de la muerte del cuerpo, cambiaría religión, ética, toda la constitución moral conseguida a costa de tantas especulaciones, de tantos terrores y de tantos tanteos en la sombra. Usted sabe que Stead y, sobre todo, Williams James dejaron herméticamente cerradas escrituras que debían más tarde de revelar sus espíritus, comprobando así la facultad de relacionarse. Y bien, ¿han venido? Yo no sé si más tarde podrá ser, pero hoy, créame, todo es ilusión, cuando no amaño. *

Otro importuno llegaba a interrumpirlos, y así pasaban todas las noches. Semprún los acompañaba después hasta su casa, y, por último, se citaban por las tardes en algún café céntrico. El poeta, que contaba entre sus varias rarezas la de jugar excelentemente al billar, fiel a su «ananké» perdía, aunque jugase con otros menos hábiles, cada vez que apostaba dinero. Entre uno y otro partido iba a discutir con don Emilio, y aun cuando ninguno de los dos se convencía, pasaban las tardes con agrado. Al cabo de cada discusión guardaban ambos sus posiciones intelectuales, y a veces veíase

que uno u otro habían preparado argumentos y acopiado lecturas. Discutían con calor, y más de uno al pasar y ver sus ademanes exaltados, pensaba:

—Deben estar discutiendo de toros.

Estas tardes eran las que empleaban Luisa y Felipe Blanco en sus paseos. Finalizaba ya el invierno, y esperanzas de resurrección se insinuaban en los parques yermos y ateridos. Una tarde, en vez de ir a pasear por las afueras, anduvieron por las calles solitarias. Luisa creía que iban al azar, pero de pronto Blanco se detuvo ante un portal y la invitó:

—¿Quieres que subamos? Verás mi casa... Es solo un momento.

—¡No, no!

Con percepción instantánea Luisa vió el peligro; recordaba el nombre de la calle en que Felipe vivía, y no era aquélla... Bruscamente desasióse de su brazo y siguió de prisa; Blanco la alcanzó; continuaron largo espacio juntos, sin hablar. Luisa hubiese querido hacerle cargos, encontrar reproches, mas comprendiendo que su boca al abrirse, iba sólo a dejar escapar sollozos, se retuvo. Andaba muy de prisa; él, nervioso, arrepentido tal vez,

sólo acertaba a repetir como un monótono eco de sí mismo:

—Parece mentira, nenita... No tienes ninguna confianza en mí.

Aquel incidente, en vez de alejarlos, los acercó. Estuvieron varios días sin hablarse, casi rehuyéndose. Luisa sentía desde lejos la mirada del actor pedirle perdón —el perdón que por benigna ley de amor ya le había sido concedido—, y a ratos parecía ser ella y no él la culpable. Fueron días de prueba en los que su cariño, concentrado en el silencio, acrecentóse, se hizo más intenso y adquirió el ímpetu de todas las fuerzas contenidas... Una noche, al fin, inesperadamente, mientras las compañeras estaban en escena, vió aparecer a Felipe en la puerta de su cuarto... Y no hubo palabras, no hubo disculpas, no hubo súplicas; apenas si hubo resistencia. Fué la triste e invariable historia de la seducción. Si Felipe Blanco hubiera ido con su traje de todos los días, con su personalidad real, la pobre Luisa habría sabido repelelo; pero fué con el bigotito postizo y con el traje del retrato; era el héroe de la obra de gran éxito; eran la Poesía y el Amor los que entraban con él sirviendo de cómplices al hombre

brutal avasallado por los sentidos... Dos brazos lo recibieron y su boca sólo tuvo que tenderse para besar otra boca fría, exangüe y apasionada. En la lucha, buscando Luisa donde asirse para no caer, las ropas que estaban colgadas en el muro vinieron al suelo. Un momento Felipe se detuvo para escuchar; y ella tuvo esperanzas: no era nadie, eran los giros de la orquesta que, tamizados por la distancia, oíanse como un susurro blando. Luisa hubiera querido gritar, gemir siquiera... pero no pudo ser. Y allí, sobre las ropas recamadas de lentejuelas, sobre los trajes de calle, sobre los humildes refajos aldeanos y las fantásticas vestiduras de épocas que jamás existieron, el Amor cruel inmoló a su víctima.

La llegada de las compañeras evitó al actor esas explicaciones largas e inútiles que suceden al drama amoroso. Entregados a su controversia don Emilio y el poeta Semprún no repararon en que Luisa fué a recogerlos más tarde que de costumbre. Ya en la calle seguían discutiendo.

—¿De modo que usted así, en abstracto, cree?

—Yo, querido don Emilio, creo hasta en la posibilidad de la magia. Allá en el siglo xv el nigromante italiano Francois Prelati...

L O S F R U T O S Á C I D O S

Y mientras Semprún, dilatadas las verdes y opacas pupilas, iba narrando a don Emilio cómo el alquimista satánico había llegado a sacar de sus retortas nada menos que la piedra filosofal, ninguno de los dos reparaba que junto a ellos una mujer seguía sus pasos penosamente y derramaba cruentas lágrimas, en silencio.

VII

ANTES de concluir la temporada teatral, Felipe Blanco, impaciente por dejar Madrid, aceptó un contrato en América. Aquel idilio empezado como tantos otros no lograba ser sonriente, y los besos de amor mezclados con lágrimas le dieron miedo. Habían sido tres meses en los que el goce se enturbió con la inquietud de algo inesperado. Al principio Felipe tuvo la esperanza de que Luisa cambiaría; después, al verla tan seria, tan obstinada en dar a sus relaciones un orden y una rectitud que contrastaban con su ilegalidad, sintió hasta el deseo de que algún hombre la galantease y de que ella diera el pretexto para reñir. Pero sus menores deseos eran adivinados. «Esta muchacha no me dará motivo nunca; ha nacido para ser la perfecta casada», decía él; y enton-

ces, impelido por repentina cobardía, se le ocurrió la idea de huir.

No atreviéndose a confesar su fuga, dijo a Luisa que sólo iba a cumplir a Barcelona un compromiso anterior a su contrato en «El Dorado», y que su ausencia duraría muy poco. En la estación se encontraron el día de la marcha. Varias veces había pensado Felipe en la dificultad de aquella despedida, y por eso ocultó a sus amigos la hora de partir, para hallarse solo con ella y poder, en caso de rebelión, dominarla con esa violencia persuasiva del sexo; mas cuando la vió en el andén muda, resignada, sin un reproche, sin una exigencia, Felipe Blanco por primera vez en su vida, pensó mal de sí mismo... Hasta mucho más tarde, estando ya en la Habana, no supo que al arrancar el tren Luisa sabía el verdadero fin del viaje y una cosa más grave aún: que otra vida se formaba en su vientre.

Y sobrevinieron los días henchidos de dolor. El teatro le parecía vacío; bromas y alusiones crueles de sus compañeras le recordaban al ausente —¡como si hubiera sido preciso recordárselo!— La primera vez que llegó carta para ella, el representante de la empresa tuvo al dársela un gestecillo burlón; la noticia propagada y deformada por la

maledicencia, iba de boca en boca: «Ya hay carta del pájaro», «a ver si llora, a ver si llora»... Toda aquella gente, dispuesta a trabajar gratis a beneficio del primer legado, a sacrificarse en pro de cualquier suscripción —sobre todo si se publicaban listas de donantes en los periódicos—, o a proclamar su caridad cuando no falsa, momentánea, fácil y excesiva, mostraba ante el dolor humilde y cotidiano, ante el dolor sin pedestal, el gesto de los endurecidos. Todas osaron lanzar la primera piedra, y las de honra más frágil y fama menos limpia tiraron con más saña. Luisa notó que hasta los hombres parecían participar de la envidia femenina y le hablaban insidiosamente. El mismo actor Moral estaba decepcionado del fin de la aventura... A veces Luisa pretendía rebelarse, pero esa mansedumbre que infiltra la larga miseria, la hizo al cabo creer que sufría en justicia, por haber pretendido ser feliz. A la primera carta sucedieron varias, y en respuesta a la noticia del embarazo llegó un cheque de treinta duros y la oferta de remitirle mensualmente otro. Atenta sólo a su dignidad, Luisa lo guardó decidida a no cobrarlo nunca; así, si volvía Felipe de América, según sus promesas, aprendería a conocerla me-

... Al dejar en mayo el teatro para aguardar en forzado reposo a que las representaciones se reanudaran, Luisa se despidió de los lugares, más que de las personas, con la adolorida certidumbre de que no volvería a verlos. Hasta octubre no principiaría la nueva temporada, y precisamente en octubre...

Como había sido cigarra y hormiga, podía esperar algunos meses sin preocupaciones económicas. Era la primera vez que lograba entregarse al abandono de no pensar en la miseria ni en el trabajo, y, sin embargo, minada por la preocupación de que era preciso decir la verdad a su padre, Luisa enflaquecía. Escrupulos de infinita delicadeza la impulsaban a no esperar para confesar a que su cuerpo se deformase. Todos los días hacía acopio de fuerzas para decírselo en cuanto llegase de la Biblioteca, y al verlo llegar posponía la confianza para después de la comida, y después de la comida, al mirarlo casi hundido en un libro bajo la luz serena de la lámpara, Luisa retrasaba hasta la hora de acostarse su confesión. Pero el tiempo seguía hilando su tela y cada noche antes de que las primeras palabras acudieran del fondo de su alma a sus labios, los ojos de don Emilio se

cerraban, y su sosegado respirar resonaba paralelo al sonido del reloj. Y entonces Luisa, para hallar disculpa a su tardanza, se decía: «Siempre será demasiado pronto cuando lo sepa... Todo llega y pasa en este mundo».

Veía transcurrir los días con sombrío estoicismo; y sólo una noche, exasperada por la procacidad de don Santiago, ocurriósele el pensamiento de concluir de una vez con su pobre vida. Desde que por el teatro comenzó a murmurarse de sus relaciones con Felipe Blanco, la actitud de don Santiago cambió, y aunque Luisa no pensaba en él ni en su flaco secuaz, hubo de darse cuenta de tal cambio. *El Hueso* había desaparecido, y para justificar su ausencia, don Santiago dió a don Emilio la noticia de un viaje inesperado e inaplazable, que a Luisa le pareció incierto. Ahora don Santiago abandonaba las miradas insistentes y el tímido aire de sátiro sentimental, para mostrarse activamente decidido; dijérase que necesitaba ahorrar tiempo. En las conversaciones trataba de hacer comprender a Luisa las ventajas para una artista de encontrar un hombre serio, independiente y discreto que la ayudara. Luisa sentía al oírlo tal indignación que sólo por repugnancia al

escándalo callaba las injurias que apetecía su alma.

Una noche, estando en escena, don Emilio le mandó a decir con la señora Moral que se veía forzado a irse en seguida y que, como acaso no pudiera regresar a buscarla, le rogaba se hiciera acompañar por Semprún o por cualquiera de sus compañeras. Luisa quedó sobrecogida. ¿Qué habría ocurrido? ¿Adónde tenía que ir con tal urgencia su padre? Estuvo toda la noche inquieta y, al concluir, rehusando la invitación de Semprún, salió con los Moral. Apenas estuvo en la calle, notó que un hombre los seguía. A otra cualquiera, en la sombra, bajo la vieja capa y el chambergo, le hubiera sido difícil reconocerle, pero Luisa lo adivinó, lo presintió... Sólo entonces iluminóse en su espíritu la idea de que el alejamiento de su padre no fuese fortuito. Sí, era él: don Santiago. ¡Y se iba a ver sola a merced suya! ¿Por qué la abandonaba su padre? Lágrimas estranguladas por la voluntad enturbiaron sus ojos. La ciudad parecía un desierto, en el que nadie pudiera socorrerla... Si no hubiera temido que los Moral perdiesen el último tranvía, les hubiera pedido que la acompañaran; mas vivían en un barrio lejano y no tuvo valor. Se despidieron;

con la luz fugitiva del tranvía se alejaba su tranquilidad... Y al fin se vió sola y echó a andar, eligiendo las calles menos solitarias. Unos pasos resonaron tras ella, y apretó el suyo; era inútil: los pasos se fueron acercando y la temida voz susurró:

—No se asuste. Soy yo... He sido yo quien mandé buscar a su padre con pretexto de una sesión de espiritismo... Perdóneme... Tenía que hablar con usted, Luisa.

—Yo no tengo nada que hablar con usted.

—No sea así conmigo.

—Déjeme.

—Usted no sabe siquiera quién soy: escúcheme... No soy lo que parezco. Sea razonable... ¡Si supiera cuánto tiempo hace que deseo esta conversación! Desde el día que la conocí en casa de la bordadora, ¿se acuerda?... No ponga esa cara... Yo sé lo de Felipe Blanco, y... El pasado no me importa. Tendrá usted lo que nunca ha tenido; le pondré una casita; será usted una reina, una...

—¡Que me deje usted!

—Eso es tirar la suerte por la ventana. Ya ve: por usted ando casi disfrazado, correteando las calles. He esperado hasta hoy, porque la quiero tanto que le tengo miedo... Esto no me ha pasado

nunca... Pero esta es mi última noche... Desde mañana me será imposible: todo el mundo lo sabría en seguida... Mañana voy a realizar mi sueño de político y sólo de usted depende que realice también mi sueño de amor... ¡Sea buena conmigo, Luisa...! No habrá más miseria... Inventaremos en el Ministerio un destino para su padre... Por usted soy yo capaz hasta de organizar un negociado de espiritismo... Me tiene usted embrujado, Luisa... Reflexione bien.

Luisa había acelerado el paso y marchaba con la cabeza baja, sin responder. Don Santiago la cogió una mano para acariciársela; ella no lo pudo impedir y él, envalentonado, le enlazó la cintura y quiso besarla en la boca. Entonces Luisa, como si se desasiera de pronto de una traba, dió un grito y echó a correr enloquecida calle abajo. Don Santiago tuvo miedo de seguirla y se adosó al quicio de una puerta, por si miraba alguien. Ella corría, corría... Una angustia inmensa envolviendo todas sus ideas se condensaba en estas dos interrogaciones: ¿Es que todos los hombres tendrán ya derecho a afrentarme así? ¿Es que no podré ser honrada nunca más? Ideas de muerte empañaban su razón e instintivamente pensó en ir al Viaduc-

to para acabar de un salto el infortunio de su vida... Rendida por la carrera se detuvo; estaba ya sola. Su resolución de morir manteníase, pero el frío y la fatiga dieron a su espíritu un lapso de calma, y el recuerdo de su padre se insinuó en su mente. Anduvo aún largo rato; sin darse cuenta se encontró frente al portal de su casa y subió. Don Emilio había ya regresado, y le habló con vaguedad de una gran sesión de espiritismo fallida. ¡Ya ni siquiera tenía la protección de su padre! La idea concreta del suicidio era ahora para Luisa cual una puerta hacia la paz. Aquella noche sería la última: diría adiós al anciano, no tendría necesidad de confesar su falta y al día siguiente... No, el Viaducto, no; era mucho mejor un veneno.

Y esa noche, de súbito, en medio del insomnio, sintió, dentro de su vientre un latido; un latido tan lleno de significaciones, que fué a suscitar ecos en todos los ámbitos de su conciencia. Era como si el corazón hubiera cambiado de lugar, y allí, en su vientre, el misterio de una vida nueva impusiese a la vida que le daba existencia el deber de un supremo holocausto. ¡Era su hijo! Y esta palabra mágica, borrando todo propósito de muerte, explanaba perspectivas que un minuto antes hubiera cref-

do inverosímiles... ¡Era su hijo, el hijo de Felipe... el hijo de su amor, que venía a salvarla! La contracción inconsciente de un ser sin vida real aún, tenía el poder de cambiar su destino. Luisa estuvo despierta muchas horas, alerta a aquel aviso que, surgiendo en sus entrañas, le gritaba: «¡Es preciso vivir!»; mas el latido no se repitió... Veía ya al niño: rosado, gemebundo, y como si en vez de nacer para la miseria lo aguardasen pródigas hadas, al pensar en él pensaba en el término de toda desventura. Al día siguiente se levantó ágil. Parecíale que el parto iba a sobrevenir de un momento a otro, que era preciso disponerlo todo en seguida. Cien decisiones se burlaban de su anterior timidez y cien actividades se ponían al servicio de ellas; lo que antes juzgó vejaminoso, lo estimaba ahora legítimo, fué al Banco y cobró los cheques enviados por Felipe. Luego ocurriósele la idea de que necesitaba ponerse para siempre a salvo de don Santiago, y recordando sus palabras enigmáticas de la noche anterior dedicóse a averiguar quién era... ¿Cómo no se le había ocurrido eso antes? El conserje del teatro se rió a carcajadas al oír su pregunta, y para mejor responder le enseñó un periódico del día que publicaba retratos «del nuevo ministerio». Allí es-

taba don Santiago con sus ojos bovinos, con su gabán de pieles, y con aquella diestra gordezuela y aviesa sosteniendo la cabeza, tal vez harto pesada a causa de los pensamientos. Desde las doce del día era ministro de Instrucción Pública, y ante esta oportuna paradoja del destino, Luisa, que en otra ocasión hubiera llorado, tuvo fuerza para sonreír. Y es que tenía la alegría suprema, la que no viene de afuera, la que nace dentro de nosotros, como una rosa de milagro.

El mismo conserje le llevó al Ministerio una cartita advirtiéndole al nuevo ministro que si osaba importunarla otra vez, si hacía la menor gestión para acercarse a ella o a su padre, un periodista republicano amigo de Luisa se encargaría de decir bien claro, donde lo oyera todo el mundo, la clase de hombre que era el «ilustre político a quien desde hacía tanto tiempo necesitaba el ministerio de Instrucción Pública». Esta idea la hizo reír satisfecha: estaba segura de haber hallado la solución... Después de darle una buena propina al mandadero, fué hacia su casa y en una tienda se detuvo a comprar golosinas para don Emilio. Iba despacio, recreándose. La transparencia de la luz matinal, el andar confiado y regalado de las gentes, las flores

que se desbordaban en los cestillos de las vendedoras, la atracción de los escaparates, todo era en aquella mañana de sol como un cántico de renacimiento, e iba a despertar ansias tan profundamente dormidas en su espíritu, que creía que estaban muertas ya. Estaba seriamente contenta, estaba transformada; la misma portera se lo notó al entrar y le dijo:

—Así me gusta verla, Luisa. Parece *usté* hoy otra.

Luisa sonrió y comenzó a subir la escalera sin premura, «por si acaso le hacía mal al niño». Y de buena gana hubiera querido responder:

—¿Que parezco otra, señora Águeda?... ¡No es que lo parezco, es que lo soy!

VIII

POR la tarde llegaron don Emilio y Semprún y, como de costumbre, se abstrajeron en una conversación complicada. Si uno citaba a Schiaparelli, a Nuggins, a Wallace, a Sir Oliver Lodge o a Zöllner, el otro le oponía un aluvión de nombres no menos ilustres, y a cada rato la autoridad del boletín de la *Society for Psychological Research* y la veracidad de los casos narrados en *Phantasms of the living* eran combatidos por el poeta con un racionalismo a la vez grosero e ingenioso... Luisa les escuchaba dispuesta a la benevolencia; por primera vez oía hablar de esas cosas sin miedo y sin aquella repugnancia de su alma que era el perfume del lirio de su optimismo juvenil, casi marchito ya por las adversidades. Aunque no comprendía bien, y a veces su atención, recla-

mada por personales preocupaciones, escapábase, advirtió que Semprún iba mucho más lejos que su padre, aun cuando sus creencias tenían un alcance menos consolador. Semprún era mago y don Emilio era modestamente espiritista; he aquí el matiz que Luisa no podía percibir. Como por vez primera atendía a estas disquisiciones, le pareció que tenían las de aquella tarde un carácter excepcional. El poeta no contento con exponer y desmenuzar las ideas de un sinfín de sabios de hoy, remontóse y habló de la vida de Augusto escrita por Suetonio, de un libro de Diodoro de Sicilia, y de sueños y alucinaciones citados por Cicerón y Valerio Máximo; ante tal erudición don Emilio apenas si hablaba del magneto, de los rosa-cruz y de los cuerpos estelares, astrales o fluidos; mas también en esas cosas estaba versado su contradictor que satisfecho de la estupefacción de Luisa, enzarzó un discurso sobre los incubos, subcubos y larvas; explicó fórmulas cabalísticas, ensalmos, conjuros; definió en términos concretos una cosa tan abstracta como el periespíritu o *psicodo*, y hasta llegó a hablar de la misa negra... Luisa tuvo miedo; las palabras de Semprún abrían ante su imaginación horizontes de

horror y de precipicio insospechados por su inocencia. Había deseado toda la tarde que la conversación se prolongase, porque se prometió a sí misma decir a don Emilio la verdad de su estado en cuanto se marchara Semprún; pero como sus creencias se limitaban al catecismo de Ripalda, y le constaba que el demonio es un hombrecito de bigotes sutiles, vestido con un traje muy estrecho y envuelto a veces en llamas sulfúreas, aquellas teorías de Semprún le parecieron peligrosas. Felizmente la discusión iba declinando: ambos se fatigaban; era ya tarde, y los estómagos iniciaban su predominio sobre las ideas. Cuando las andanzas sobrenaturales dieron fin en una explicación harto brumosa del sucubato dada por Semprún, Luisa acababa de hacer a Nuestra Señora de los Desamparados esta promesa: «¡Virgen mía, si papá no sufre demasiado al saberlo, te prometo no gritar en el parto!»

Concluída la cena Luisa reunió todas sus energías y se dispuso a arrostrar el momento temido. ¿Cuál iba a ser la actitud de su padre al conocer su estado? Le era difícil imaginárselo furioso; temía ese dolor mudo que oprime el ánimo y esa magnanimidad despreciativa o impotente que acrece la culpa ante la propia conciencia del culpable.

Influída por la costumbre del teatro Luisa había hecho muchas veces una especie de ensayo de la escena y, con sorpresa, ninguna de las frases pensadas acudió a sus labios en el momento de la confesión. Sólo una de sus preocupaciones pudo mantener: la de olvidar al hijo que la víspera había sentido en sus entrañas, para que el júbilo maternal no fuera tomado por impudicia. Empezó balbuciente y, poco a poco, a medida que iba recapitulando sus dolores y viéndolos repercutir en el rostro del anciano, su voz adquirió el ritmo patético que pone el alma en las palabras que dejan un vacío en ella. No dijo nombre alguno; parecía que era suya toda la falta, y se acusó con rudeza, despiadadamente. En aquel instante hubiese deseado oír denuestos, reproches; ver la indignación de don Emilio traducirse en el castigo material que nunca había recibido su cuerpo; pero él escuchaba en silencio, inmóvil. Lo más espinoso de la confidencia estaba ya dicho, y en una congoja las fuerzas le faltaron y la voz se veló, se entrecortó hasta convertirse en sollozos. Él apuró íntegra la copa de su pena, sin tratar de buscarle una válvula de templanza. ¿Para qué? ¿Acaso las invectivas no irían a envenenar una herida que era más pia-

doso curar? El pobre anciano conocía harto bien la fuerza de lo irremediable, y en aquel momento de prueba tuvo la intuición de que una cosa perdida en un minuto de debilidad no debía anular toda una vida de adhesión y de domésticas heroicidades... Ni una nube de cólera nubló su sufrimiento. Estaban desde hacía tantos años tan habituados a compartir los sufrimientos, que al ver en el alma de Luisa ternura y aflicción, sólo ternura y aflicción pudo sentir la suya. La luz tranquila de la lámpara, al parpadear, proyectó sobre el muro calizo sus siluetas, encorvadas por el sufrimiento. Largo rato después de sus últimas frases, hondo silencio mediaba aún entre ambos. Luisa espiaba en los labios de su padre la pregunta que tanto tardaba en surgir, la pregunta que tal vez suscitó y atrajo su ansiedad:

—¿Y quién es? Dímelo.

—No, papá.

—Sí, dímelo, dímelo... Comprende que tengo que saberlo.

—No... digo, sí; pero hoy no, papá... Déjame reposar unos días de este momento... Hablaremos después y lo sabrás todo; hoy no... ¡Sería demasiado sufrir de un solo golpe!

—¡Pobre hija mía!

Como había sepultado entre los brazos la cabeza en un ademán de desesperanza, don Emilio se la hizo erguir, y la miró al fondo de los ojos. Luego puso levemente sus manos sobre el pelo, las dejó resbalar a lo largo de las crenchas, por las mejillas, y al fin la doble caricia se fué a desmayar sobre los hombros... Luisa tuvo frío; aquella caricia removía en su ser un recuerdo confuso. Ella había sido ya acariciada así. Lo que tantas razones de su padre y tantas demostraciones de Semprún no le habían hecho creer, hacía creíble ahora la impresión de aquellas dos manos. ¡Ella había sido ya acariciada así!... Tal vez tuvieran razón y fuese permitido a los muertos comunicarse con los que amaron en la tierra... Sí: aquélla era una caricia maternal... Y Luisa, tratando en vano de fijar la fugitiva remembranza, recordó el puro sabor de otras caricias que hacía mucho tiempo, no sabía en dónde, habían dirigido y mimado sus primeros pasos por el mundo.

Pocos días después mudaron de casa, cuidando de dejar bien oculta la vida anterior para que los nuevos vecinos no descubriesen la verdad. Luisa dijo ser recién casada y que su marido se

había visto obligado a emprender viaje a América. El dinero administrado con inteligente parsimonia, obraba milagros. Transcurría el tiempo, y la explicación complementaria no llegaba ni don Emilio la exigía tampoco. Con su maravillosa facultad de recoger en las cosas corrientes elementos sobrenaturales, dijo un día a Luisa que «ella» lo sabía ya también y le había encargado cuidar del nieto, ser los dos abuelos a la vez. Estimulada por este socorro Luisa recobró su actividad, y bajo sus manos las telas se convertían en faldellines, en camisolas, en baberos. Compró franelas y un hule que serviría, después del parto, para evitar que se mojase el colchoncito. La cuna era lo único que faltaba y salieron una mañana a comprarla juntos.

Don Emilio hubiese querido comprarla nueva, pero Luisa arguyó que era preciso economizar y que, con industria, una cunita vieja quedaría preciosa. En la calle de Embajadores se anunciaba un saldo de camas; no hallaron nada conveniente allí y se fueron a una prendería de la plaza del Progreso. Había varias cunas y hubo que elegir. Los ojos de don Emilio no se apartaban de una casi nueva, con balaustrada y armazón para colocar el

mosquitero. Costaba treinta y cinco pesetas, y Luisa aseguró que «no podía ser». Don Emilio salió descorazonado a la calle, diciéndole: «Te espero en la acera; elige tú, elige tú...» Y ella optó por otra más humilde, que ya empezaba a carcomerse, encargando que se la mandasen en seguida. Al salir, viendo el gesto inconforme de don Emilio, le dijo:

—Mira: tú te das una vuelta, te vas a la Biblioteca hasta la tarde si quieres, y vuelves cuando ya esté la cuna arreglada; ya verás...

Compró un tarro de pintura blanca de esmalte, y en otra tienda hizo provisión de gasas y cintas. Al llegar a casa ya la cuna estaba allí y pudo empezar en seguida el trabajo. Bajo el pincel el mueble se transformaba, adquiría un aspecto limpio y risueño. ¡Ya vería su padre! Tan pronto empinada sobre las puntas de los pies como echada en el suelo, para no dejar el menor hueco por pintar, Luisa pasó la hora más feliz de su vida. Luego, mientras la pintura se secaba entre dos puertas, en una corriente de aire, hilvanó el mosquitero, cogió dos alforcitas al colchón para que cupiese, y puso a las almohaditas fundas. Cuatro horas después, sin que la pintura estuviese bien seca aún, con mil

precauciones, la cuna ocupaba un rincón de la alcoba, toda blanca, toda fragante, casi leve, como un nido que espera.

Al sentir Luisa la campanilla de la puerta, el corazón se le sobresaltó. Antes de abrir fué a coger los dos lazos de cinta que tenía preparados, y entornó la puerta de la alcoba para que el efecto fuera repentino. Don Emilio, por costumbre, iba a entrar sin detenerse en el pasillo.

—No pases, no pases; ha de ser desde aquí.

Se detuvieron en el dintel, y Luisa empujó la puerta de pronto. La emoción fué tan grande, que ninguno pudo hablar, y se abrazaron en silencio. Con su rostro risueño, a pesar de las lágrimas, Luisa le explicaba:

—Si es varón, le pondremos este lazo, el azul; y si es hembra, este otro, el rosa.

De pronto, don Emilio interrogó:

—¿Y qué nombre le vamos a poner?

—El mismo si es niña que si es niño —dijo ella vivamente.

—¿Cuál?

—El mismo... Felipe.

—Bien, bien...

Cenaron de prisa y se acostaron. Luisa sentía

L O S F R U T O S Á C I D O S

que su padre estaba despierto. Ya muy tarde, como si también don Emilio supiese que ella estaba envela, le preguntó:

—Fué Felipe Blanco, ¿verdad?

No obtuvo respuesta, y al cabo de un momento siguió hablando en voz baja y áspera de rencores:

—Ha sido él, sí; pero podemos hacer que nos pague el daño. Creyó que porque yo era viejo no podría vengarte; sí, sí... Creyó que con poner tierra y mar por medio estaba todo hecho... ¡Peste para él, lepra para él, duelo y podredumbre constantes caerán sobre él, hija...! Semprún me ha dicho que en un infolio de magia, que él conoce, están los medios de mandar desde lejos, por medio de un espíritu volante o larva, todo el mal de este mundo... ¡Ya verá ese malvado! Mañana le infiltraremos desde aquí una enfermedad que le dé pesadillas, que le envenene la sangre lentamente y le corroa los huesos... ¿Quiéres?... Mañana mismo...

—¡Oh, no, papá... papá!

—Pero, ¿es que le perdonas? ¿Es que serás capaz de quererlo aún?

En la oscuridad de la alcoba sólo un gemido doloroso le respondió.

IX

EL día 9 de diciembre de 1913 el ujier de servicio, viendo al señor ministro muy nervioso, se atrevió a decirle:

—En cuanto ese caballero venga, se le hará pasar por la otra escalera de servicio. Descuide su excelencia, que no lo verá nadie.

Entre la lectura de dos proyectos de ley, don Santiago pensó por primera vez, con sorpresa, en aquella duplicidad de su vida: para unos sería útil y para otros pocos —pocos por fortuna— ridícula y concupiscente. ¿Cuántas vidas habría así? ¿Le pasaría algo semejante al presidente del Consejo tan suave o al ministro de la Guerra, que razonaba a puñetazos sobre el pupitre? En más de una ocasión había decidido cortar aquella aventura de baldón grotesco, pero

no tenía fuerzas. Su deseo triunfaba de su voluntad.

Poco después, por entre dos tapices que se juntaban disimulando una puerta, apareció una cabeza, un hombro, un busto... y no fué necesario que los tapices se desuniesen mucho más para que el hombre completo pudiera penetrar holgadamente. Ya en la habitación, hizo una reverencia ante un gran retrato del Rey, otra ante su ministro de Instrucción Pública y se dispuso a disculparse:

—Francamente, si yo...

Pero la voz autoritaria de don Santiago tronchó su discurso:

—No quiero oír explicaciones, ni perder tiempo; unas cuantas palabras van a bastarnos. Usted me sacó, con amenazas de calumniarme cerca de mi mujer, mil pesetas a condición de no volver a presentarse nunca delante de mí. Ahora viene usted; bien... No, no diga nada, es mejor. En su carta me insinúa la misma amenaza de antes, y además la de fundar un periódico de escándalo y tergiversar ante la opinión mi interés por una muchacha que he perdido hace tiempo de vista, y a la cual tuve la tontería de creer actriz, como a usted inventor; eso es. Con su carta de *chantage*

puedo hacer que lo prendan; con una sola palabra mía no saldría usted de aquí, y... no digo esa palabra a pesar de todo, ya ve usted. Me parece que soy considerado, que sé disculpar; así que atienda bien mi última proposición, es decir, mi dilema: ¿Quiere usted que lo mande a una cárcel para que pueda meditar con calma en sus inventos, o prefiere una credencial cómoda y bien retribuida en Fernando Póo?

El Huesos se alisó con la mano esquelética la calva antes de responder:

—Ya se ve... No es difícil elegir; francamente... Lo último.

—Pues venga mañana. El martes próximo sale un barco. Ni una palabra más... Salga por aquí...

Y al día siguiente, don Santiago, fiel a un viejo sistema colonizador español, entregó a don Manuel Ruiz y Puente, credencial, pasaporte y viáticos para el viaje.

Mientras tanto, la adversidad, acaso distraída en otros hogares, dejaba un paréntesis de dicha en las vidas de Luisa y don Emilio. El niño nació a comienzos de octubre y, a pesar de contrarios consejos, Luisa no quiso confiar a nadie el cuidado

L O S F R U T O S Á C I D O S

de su crianza; le parecía que sería menos su madre al dejarlo amamantar por otra. Poco a poco el nene engordaba, se sonrosaba perdiendo el tinte amarotado de los primeros días. Sus miembros, al principio deformes, iban armonizándose, y al mes la sonrisa — flor de comprensión — entreabría ya sus labios. Cada uno de sus descubrimientos en sí mismo y en derredor era motivo de comentarios jubilosos: «¿Sabe usted que ayer tendió sus manecitas al verme el pecho?» «¿Sabe usted que ya sigue con la mirada los objetos que brillan? Va a ser muy listo, muy listo; tiene a quien salir»... A Luisa le acontecía lo que a todos los padres: no habiendo observado nunca tan de cerca otros niños, aquella conquista, aquella invención de la vida, antojábasele prodigio exclusivo de su hijo. Y en tanto ella decía con timidez que Felipe era el vivo retrato de su padre, don Emilio, inclinado largos ratos sobre la cuna, veía rediviva en los ojuelos del niño aquella mirada de mujer que al apagarse para siempre dejó nublada su razón... El reloj contaba de prisa horas alegres. En los mediodías soleados llevaban al nene a la plaza de la Armería o a la Moncloa. Luisa se sentía tan feliz, que le daba miedo y a veces, sin peligro aparen-

te, apretaba el niño contra su regazo, con el ademán de defenderlo de su raptor.

Y el rapto llegó; la segadora incomprensible que a veces desdeña las espigas maduras y malogra florecillas tempranas, afilaba su guadaña en la sombra. Un día los vecinos supieron que el niño estaba enfermo. Aquel niño tan robusto que según todos «parecía un rollito de manteca»; se demacraba, se consumía. Primero fué una gástrica causada, según el médico, por haber mezclado sopas y otros alimentos con la leche. Además, la leche de la madre era mala... ¿Qué otra cosa que anemia o tuberculosis había de producir su mísera naturaleza? Durante tres días el niño estuvo con fiebre de cuarenta grados y vómitos violentos. Luisa y don Emilio pasaron una semana entera junto a la cuna, sin rendirse a la fatiga. Cada vez que llegaba el doctor, Luisa quería descubrir en sus ojos la verdad, y ante su rostro impenetrable imploraba al Cielo: «¡Dios mío, déjame! mira que es lo único que te pido! ¡Virgen de los Desamparados, recuerda que cumplí la promesa y sufrí los dolores tremendos del parto sin quejarme ni siquiera una vez!» Al cuarto día sobrevinieron ataques de eclampsia, y al ceder, las pobres pupi-

LOS FRUTOS ÁCIDOS

las quedaron dilatadas y la mirada de uno de los ojos se torció. Consternada, enloquecida, Luisa quiso que viniera otro médico, otros, los mejores de Madrid. Y la mañana de la consulta, detrás de un biombo, los oyó hablar en su jerga, adivinando con su instinto de madre lo que no lograba entender.

—Tuberculosis meníngea, claro.

—Ya ven ustedes; ni el cloral, ni el bromuro, ni las bolsas de hielo, nada responde.

—Intentaremos el suero y la punción lumbar.

—Es lo único que queda.

Y la intentaron y fué vana. Siguieron dos días aciagos. El niño tenía frecuentes convulsiones, y exhalaba de tiempo en tiempo un gemido agudo, que penetraba el sentimiento igual que penetra un arma mal acerada en la carne, desgarrándola. El brazo y la pierna izquierda enrojecieron y a las pocas horas quedaron inertes; las pupilas no tardaron en tornarse fijas y sin luz. Era la parálisis, la muerte fragmentaria. Una vecina vieja puso sus manos sobre la cabecita y sentenció:

—Ya se le ha hinchado la mollera: no hay remedio.

Aunque habló en voz baja, el oído maternal



oyó el augurio. ¡No había remedio! ¡No había remedio! En una convulsión el corazoncito dejó de latir, un suspiro agitó los labios y la muerte dejó impresa en la inocente cara un gesto de dolor. Los esfuerzos de las vecinas no lograron dulcificar la contracción del rostro ni cerrar aquellos ojitos, que persistían en entreabrirse, como si no hubiesen tenido tiempo de ver bien el panorama de la vida.

Y el reloj volvió a contar con lentitud las horas. Los actores de «El Dorado», enterados por la señora Moral, enviaron dos coronas y pretendieron costear el entierro; Luisa se opuso. Entre los cuatro cirios humeantes la cajita desaparecía casi bajo las flores. Don Emilio, inconsciente, vagaba por la casa entrando y saliendo en las habitaciones, sin objeto. ¡Toda aquella afrenta, todo aquel dolor, toda aquella clara esperanza de su hija habían sido estériles! Antes de cerrar el ataúd, Luisa mulló la almohadita, cual si aún la pobre cabeza estuviera dolorida y fuera sensible a sus cuidados; hubiera querido ponerle de almohada su propio corazón... Y al verlo salir cayó exánime, y así estuvo varios días. Las vecinas pagaron las cuentas sin regatear, y bien pronto hubo que recurrir a los

empeños, a las ventas. «Que vendan todo menos la cuna», decía Luisa. Y nadie se quedó sin cobrar. El último dinero fué invertido en dos cablegramas a Felipe Blanco: en el primero se le preparaba para la noticia que le había de llevar con brusca concisión el segundo. A los pocos días, como si en su dolor subsistieran involuntariamente los hábitos de orden, Luisa hizo sus preparativos y se mudó a otra buhardilla más humilde. Don Emilio salía por las tardes, y al volver la encontraba sentada en el mismo sitio, casi en la misma postura. Hacía frío y sólo los cortinajes negros, restos de la instalación ideada por don Santiago, los abrigan, pues las mantas yacían inútiles, salpicadas de bolas de alcanfor, en los estantes del Monte de Piedad... Fatigado de pasear, sin rumbo, don Emilio fué una tarde al café, donde Semprún lo recibió sin sorpresa, igual que si sólo hubiera dejado de verlo el día anterior; desde entonces fué todas las tardes. Allí, en la tibia penumbra de la sala de billar pasaba las horas viéndole ganar los partidos gratuitos y perder los otros. Luego hablaban sobre el tema predilecto, y las creencias de don Emilio, favorecidas por el nuevo dolor, se exacerbaban. Una tarde brumosa Semprún lo

llamó aparte, y con la misma sencillez con que le habría declarado que se había hecho maurista, le dijo que se había hecho westervunguiano y que su alma, dejando muy atrás el sombrío *anufa*, linda-ba ya con las últimas fronteras del *abred* y entra-ría muy pronto —en unos doscientos o trescientos años a lo más— en el inefable círculo del *grynsfid*. Don Emilio se alegró mucho de tales venturas, y para celebrarlas cumplidamente lo convidó a café con media tostada... Cuando se separaron, don Emilio se fué henchido de esperanza, y aquella noche Luisa le oyó, como antes, hablar en la oscuridad con seres invisibles. Al oirlo tembló, y una ola de ternura la agitó toda. Ya no hablaba sólo con *ella*, sino también con *él*, con su hijito, con el hijito de su triste amor, que tan poco había podido dormir sobre su regazo y que ahora estaría aterido bajo la tierra... De los labios del anciano salían frases mimosas: «Mi muñeco, mi nietecito». Y Luisa no tuvo miedo como antaño; ya no tenía ante sí toda la vida, ya no le repugnaba creer que todo ideal pudiera haberse quedado detrás de ella y venir de los muertos.

Por eso le preguntó en voz baja:

—¿Hablas con ellos, papá?

—Sí, hija... Míralos... *él* te besa y *ella* sonríe...
Tiéndele los brazos... ¿Verdad que ya crees?

Y como creer era hacer su pérdida menos absoluta, y como su alma estaba necesitada de abrevarse en una fuente de consuelo, Luisa creyó.

En vez de aprovechar las contingencias de la vida exterior para facilitar el olvido, ambos se aferraban a su pena avariciosamente; los días eran arduos, pues la luz es refractaria a las quimeras; pero por las noches la familia se completaba por virtud de la fe, y un nimbo de conformidad los envolvía a todos. ¡Si hubiera sido posible borrar los días! Mas era necesario para llegar a la sombra acogedora y propicia de las noches, pasar los días, los días ruidosos, los días llenos de dispersión y de luz, los días en que era necesario, aunque sólo fuera una vez sola, dar sustento al cuerpo, a aquellos cuerpos que casi no servían mas que de prisión a sus almas ávidas de espacio. Y ese sustento, aun siendo tan parco, costaba dinero y ya nada quedaba por vender. Semprún, experto en ventas de libro viejos, sacó de unas cuantas obras que Luisa había creído invendibles bastante para vivir una semana... Luego no quedó nada, nada... y

vino el hambre. Buscando en los rincones una tarde, Luisa encontró el viejo bastidor de bordar, que semejaba un ojo vacío y dió un significado imperativo al hallazgo. Aguardó a que cayera la noche, y, sin advertir a su padre, salió y fué a la tienda adonde tantas veces había ido. Tenía miedo, al entrar, de que la interrogasen, de que le guardasen rencor por haberlos dejado sin despedirse, de que no le dieran labor; pero la dueña la recibió amable:

—¡Gracias a Dios, hijal! ¿Qué le ha pasado? ¡Tanto tiempo sin verla!... Hemos pensado mucho en usted:

—He estado enferma, señora; perdóneme... ¿Tendrá usted bordado para mí?

—Para usted siempre hay... Precisamente acababan de llegar quince camisas de esas que no se le pueden encargar a cualquiera. Se las iba a dar a otra, pero puesto que ha venido usted... Las necesito para el jueves.

Luisa las plegó cuidadosamente y salió. Ya en la calle, oprimiendo contra su seno el paquete de ropa, se puso a recordar la primera vez que había ido a aquella tienda donde por unas pocas monedas le habían quitado tantas horas de su juventud

L O S F R U T O S Á C I D O S

y tanta vista de sus ojos; luego pensó en otra noche, en la anterior al día de su entrada en el teatro, cuando al entregar el bordado creyó que no volvería a entrar allí nunca más... Y su vida se le apareció como uno de esos complicados laberintos en los cuales, después de dar vueltas y vueltas, nos encontramos otra vez en el mismo punto de partida.

LA PIEL

I

LA PARTIDA

Todos los viernes por la tarde Eulogio Valdés, que era un hombre metódico, se dedicaba a recordar.

Subía a la azotea y, sentado en una mecedora, con la camisa desabrochada, el abanico de palma sobre las piernas y los ojos a medio cerrar, iba poco a poco abstrayéndose del presente y remontando el curso de su vida anterior. La barca del recuerdo tardaba a veces mucho tiempo en tomar la corriente, entorpecida por preocupaciones inoportunas; pero en cuanto el viento de la evocación henchía las velas, las playas de lo actual quedaban detrás, borrábanse; y cada vez era un delicioso viaje al través de hechos que, de pronto, se

presentaban como desconocidos, e iban lentamente detallándose, hasta aparecer tamizados por la distancia y desprovistos del sentido perentorio que tuvieron un día, con ese hechizo que suponemos podríamos imprimir a nuestra existencia si nos fuera otorgado el milagro de volverla a vivir.

Recordaba la finca de campo donde transcurrió su niñez; y recordaba con tanta intensidad, que en sus oídos revivía hasta el ruido del ganado que encorralaban al llegar la noche y, dentro de sus ojos, la quinta con sus paredes de tablas superpuestas, con sus ventanas pintadas de azul, con su veleta rematada por un gallo enhiesto. Su madre y su hermana trabajaban en la cocina, y él, con los hijos de otras esclavas, correteaba en busca de frutas, a caza de lagartos o de gusanos de luz para encerrarlos en un frasco que de noche era lámpara viva... A los ocho años, sin que accidente alguno la justificara, una hemorragia terrible lo extenuó hasta dejarlo casi sin vida; y de resultas de ella perdió la memoria, olvidando no sólo las ideas, sino hasta el ejercicio de sus miembros. Y tuvo que aprender de nuevo a andar, a situarse con respecto a los fenómenos elementales, a balbucir sílabas, que fueron poco a poco juntándose, enun-

ciando personas o cosas, formulando ideas. Este hecho atrajo sobre él la atención del amo y la de un sacerdote, visita asidua de la quinta. ¿Cómo aquellos dos hombres podían ser amigos? Nunca Eulogio lo comprendió. Don Antonio era afable, de semblante serio y tardos ademanes; del amo nunca pudo saberse si hablaba enfadado o no, pues aunque dijera cosas indiferentes y hasta halagüeñas, traslucíase tras sus palabras una intención mordaz; sonreía siempre y castigaba con dureza a los esclavos. Algunos decían que don Antonio y el amo eran parientes.

Todas las mañanas entraban en su cuarto a preguntarle por la salud; cuando venía don Antonio solo, Eulogio se alegraba y respondía a sus preguntas; pero el amo le daba miedo y muchas mañanas, al verlo, cerraba los ojos para que no le hablase. Una vez, creyéndolo dormido, don Antonio interrogó al amo:

—¿Y éste, también será hijo tuyo?

—Bah, todas las que salen embarazadas dicen lo mismo; y no sé el interés que tienen, porque a mí me da igual y apaleo lo mismo a un hijo mío que a uno tuyo, si lo tuvieras.

Aun cuando tenía los ojos cerrados, Eulogio

comprendió que al decir esto el amo mostraba sus dientes formidables... Luego que estuvo restablecido, don Antonio lo llamaba a menudo para darle lecciones de lectura, y al concluir no dejaba nunca de decirle: «Muchacho, tú tienes más probabilidades que nadie para ser feliz, porque has tenido dos infancias». El amo escuchaba en silencio y sonreía ¡con aquella sonrisal... En un libro de cuentos el niño pudo hallar la imagen de los dos rostros que inesperadamente se inclinaban para observar su vida: el de don Antonio era la cara hosca, pero honrada de los leñadores; y el del amo, la casa de paredes de azúcar cande donde se ocultaba la hechicera... Recordaba cómo, fingiendo acceder a los deseos de don Antonio, el amo lo tomó a su servicio directo; le enseñó Geografía, Aritmética, y a medida que su inteligencia iba entreviendo nuevas claridades, complacía en despistarla con bromas secas que destruían en un momento el esfuerzo de varias horas de tensión para comprender. Un día lo sentaba a su mesa, lo mimaba y, de súbito, sin causa alguna, lo dejaba sin comer y hacía que le limpiara las botas; le trajo un trajecito lujoso de la ciudad, pero no se lo dejó vestir nunca. «Cuando seas hombre, le decía,

te llevaré conmigo a París y tendrás profesores, coches, teatros, libros, joyas, mujeres, todo... menos comida. Hay que seguir el consejo del *pater*, que jura que no sólo de pan vive el hombre. Al fin, sólo lo superfluo es necesario; ya verás». Eulogio abría sus ojitos atónitos, amedrentado más por el gesto y la sonrisa que por las palabras... Un día el amo apareció muerto en el campo, sin que jamás pudiera conocerse al asesino. Lo habían estrangulado con una cuerda y luego lo clavaron en un árbol; un cuchillo le atravesaba el cuello y otro el vientre.

... Al cabo de un rato, la dulcedumbre del recuerdo y el calor iban aflojando los lazos que sujetaban el espíritu a la realidad; la cabeza se abandonaba al respaldo de mimbres y el sueño venía al fin; un sueño en el cual, muchas veces, se renovaban las mismas imágenes lejanas, y del que lo despertaban, ya el pregón quejumbroso de alguna vendedora de dulces, en la calle, ya el vuelo de una bandada de palomas que describían amplias espirales en torno del palomar, ya la brisa que llegaba del mar al iniciarse el crepúsculo. Entonces Eulogio se levantaba, y a pasos inciertos, sin recobrar por completo su personalidad, bajaba la

escalera. En el cuarto adonde iba a parar había, entre otros trastos viejos, un armario de luna; y en ese espejo hendido y empolvado, colocado allí, frente a la escalera, por un azar irónico, Eulogio Valdés tomaba de nuevo cada viernes posesión de sí mismo. Miraba sus labios abultados, su nariz ancha, su pelo rizado en mil minúsculas sortijas, su piel negra...; y como si cada vez se sorprendiese dolorosamente de ser quien era, se detenía un momento y dejaba libre un suspiro antes de seguir hacia las otras habitaciones...

Al abolirse la esclavitud, don Antonio, pretextando interés por las aptitudes de Eulogio para el estudio, consiguió de su madre que lo dejara ir con él a la ciudad para internarlo en el Seminario. En el refectorio, la noche de su ingreso, hubo risas contenidas torpemente; y la vida de San Alfonso María de Ligorio, lectura merced a la cual el cuerpo y el espíritu se alimentaban al mismo tiempo, hubo de ser interrumpida por accesos de tos, merced a los cuales pudo el seminarista que leía participar del regocijo; hasta el rector y el chantre de la catedral, que cenaba a su diestra, se volvían para disimular la risa; los fámulos reían también.

Y la cara de Eulogio y la del Cristo enclavado en el testero superior de la sala fueron las únicas serias aquella noche.

Los primeros días fueron penosos. Eulogio sentía la hostilidad en torno; pero la costumbre triunfó de los buenos e hizo que las simpatías y antipatías se demarcaran. Los profesores le tomaron apego por su celo, por su fácil disposición para aprender; mas, casi sin sospecharlo, le ofendían de continuo, significándole su extrañeza de que siendo negro pudiera ser inteligente. Al principio, Eulogio ayudaba la misa; deslumbrado por el lujo de la capilla permanecía largas horas prosternado y sus narices vibraban cuando el humo del incienso llenaba la nave y nublaba las vidrieras de colores. A veces, de cualquier lectura surgía un estímulo que le daba fuerzas para resistir varios días. ¿No había Federico Douglas, a pesar de ser negro, logrado gran prestigio? ¿No consiguió Edmunda Lewis, que además de la inferioridad del color tuvo la del sexo, imponer su gran talento de escultora? ¿Si él lograra, como logró Alejandro Dumas, que lo miraran «por debajo de la piel»...! Y estudiaba con ahinco, sin tregua. Para no agravar su situación excitando la envidia, fingía a menudo

en clase no saber las lecciones. Como era robusto y bondadoso, unos fueron captados por su bondad y otros por su fuerza; sólo un muchacho bizco mantuvo su odio durante los siete años que vivieron juntos. No hubo afrenta que no le hiciera sufrir delación ni befa ni oportunidad que le perdonara; no hubo tregua; y Eulogio sentía toda la atención de aquel mozo, maligna y vigilante, puesta en su vida. Tolerado por los mejores, pero sin llegar a ser particularmente querido de ninguno, concluyó por no salir a la calle con la fila, para evitar las burlas de las gentes, aun las de su propia raza, que reían al ver a un negro vestido de seminarista. Vagamente llegaban hasta él noticias de las revoluciones que conmovían al país. Sangriento y regular el destino de Taití, iba cambiando inmutablemente: se sustituía un tirano con otro, una horda de ladrones famélicos por una horda de ladrones ahitos. Al principio Eulogio pensó en ser santo; luego, con más modestia, pensó en ser cura; después, al entrar en la pubertad y sentir su verdadera naturaleza, confesóse que su mansedumbre, su gran necesidad de afectos, sus anhelos de justicia, eran bastantes para hacer de él un hombre bueno, mas insuficientes para convertirlo en un

buen ministro de Dios. A veces, en las noches de primavera, cuando el jardín parecía volatilizarse y un sopor pasional llenaba la celda, el sensualismo atávico lo turbaba. Además, el muchacho bizco tenía razón: «Un santo negro era posible; mas un cura negro a nadie se le podía ocurrir».

Al morir don Antonio, que le legó unos centenares de pesos, Eulogio se sintió desamparado en el Seminario. Su madre y su hermana estaban sirviendo en la capital, y en las cartas, que dictaban a un memorialista, pedíanle siempre que fuera a vivir junto a ellas. Eulogio pensó entonces en la Universidad. Acaso allá... Anunció al rector del Seminario su decisión, y nadie intentó retenerle. El primer dolor hondo de Eulogio nació al convencerse de que, durante siete años, no había logrado encender un solo cariño capaz de desbordar las fronteras de raza. La última noche no pudo dormir: cien exaltaciones ahuyentaban el sueño. Los cuatro muros de la celda, donde había consumido el resto de su infancia, le parecían tomar un aspecto nuevo, sentir como él la separación. Al fin habían sido siete años tristes, es verdad, pero tranquilos; siete años, en los cuales disfrutó largos lapsos de calma, sin casi sentirse vivir. ¿Qué torbelli-

nos le aguardaban en la nueva vida?... Dejó la cama, fué sin ruido al corredor, y acodado en la baranda se puso a contemplar el jardín. Cuatro hileras de persianas verdes marcaban los dos pisos del Seminario, envuelto en la paz de la noche, y los árboles, abajo en el patio, se movían con un susurro cordial. El pozo, rebosante de agua de lluvia, guardaba en su fondo la luna, y parecía un ojo de turbia pupila... Por asociación de ideas, Eulogio pensó en el muchacho bizco y miró a su cuarto, donde también había luz: sin duda lo espiaba. ¿Contra quién dirigiría en adelante su vida necesitada de odio aquel muchacho? Tuvo miedo, un miedo pueril de que quisiera matarlo aquella última noche, y corrió el cerrojo de la puerta.

Al día siguiente dejó para siempre las ropas talares y partió para la capital.

En la Universidad su vida mejoró. Las vidas de sus compañeros no estaban confinadas como en el Seminario, y teniendo numerosas válvulas por donde dar suelta a la necesidad de bien, de mal, de acción, en fin, no pasaron de las primeras bur-las y lo dejaron libre. Corrían entonces vientos de

democracia. Muchos de los profesores estaban mezclados a la vida política y comprendieron la ventaja de elogiar al nuevo discípulo, trocándolo en cebo con que atraerse más tarde la gran cantidad de negros que había en el país. Mejor preparado para los estudios por la disciplina del Seminario, Eulogio descollaba en las clases, y su fama rebasó pronto las paredes de las aulas para ir a ser una buena nueva de esperanza en los círculos políticos y en las casas de vecindad donde vivían los negros en una promiscuidad antigua, deseosos de encontrar un jefe capaz de encauzar la fuerza que el sufragio universal les había conferido. Prematuramente arrancado a la vida de estudiante por las solicitudes de los suyos, Eulogio se dispuso a comenzar su obra. De su vida claustral guardaba un germen de fatalismo católico, y creyéndose instrumento de la voluntad divina, sacrificó sus tendencias personales al sosiego para erigirse en redentor de su raza. Sus primeros pasos fueron de triunfo; sí, él sería el guía de los suyos, y con solicitud de buen pastor haría que el rebaño subiera dulcemente la senda. Mas la complejidad de la vida le opuso pronto los primeros obstáculos. La envidia y la burla se daban las ma-

nos por encima del camino, y el camino era abrupto, y el rebaño, mostrándose reacio al consejo, se descarriaba muchas veces. Los esclavos se habían manumitido, pero la esclavitud moral era más visible, más vejaminosa que antaño. Ni un paso había dado aún el alma de la raza hacia la redención; seguía la herencia africana, el bárbaro instinto sanguinario, los bailes frenéticos, al son de gritos guturales de ritmo, tan pronto colérico como doliente; la creencia en Dios coexistía con los ritos de la liturgia gentilica, con las ideas mal asimiladas, de democracia. Para ellos, libertad valía tanto como libertinaje, y autoridad igual que tiranía... Eulogio obtuvo destinos, fué diputado. Al principio se hizo la ilusión de dirigir el movimiento; pero pronto dióse cuenta de que no hacía sino seguirlo, ser un autómeta más impulsado por fuerzas recónditas, ancestrales y oscuras, a las que era inútil oponerse. A pesar de su deseo de vida simple, sus mismos partidarios le compelián a buscar la sociedad de la raza enemiga; el haber asistido a un baile dado por los blancos le valía más enhorabuenas que por haber pronunciado un discurso. Y bien pronto las pasiones ajenas se adueñaron de su personalidad y lo convirtieron en juguete

de explotación fácil. Por natural tendencia a la hipérbole se exageraban sus defectos y sus virtudes. En un semanario satírico, un pobre hombre que dibujaba de oído lo representaba cada número de pie sobre un altar, rodeado de angelitos negros. Cada cual se apropiaba el derecho de utilizarlo, de engañarlo, como si la impunidad de las infamias dependiese del color de la piel de quien las recibe. En vísperas de elecciones se publicaba la noticia de su adhesión a un grupo, y al día siguiente, cuando la rectificación veía la luz, era tarde ya: sus partidarios de las provincias y del campo habían ido a engrosar los votos del autor de la superchería. Y no valía protestar, debatirse; la cosa se tomaba a broma; la gracia monótona del semanario volvía a repetirse y la opinión pública jamás dejaba de celebrar el hecho. Muchas veces Eulogio pensó renunciar, abandonarlo todo. La desesperación acrecentábase aún más en su casa, donde veía a su hermana y a su madre, rescatadas por él de la servidumbre, sosteniendo concubinatos a espaldas suyas, sin otra norma de fidelidad que el capricho; desdeñando toda idea de moral y llegando a preguntarle a cada exhortación suya, que por qué no se había quedado en el seminario si tan santo era.

Sólo pensaban en ponerse sombreros, en echarse polvos de arroz, en aceptar clandestinamente ofrendas que él rechazaba, en justificar a cada paso el dictado de mono de imitación de la raza que los oprimía.

Y en estas escenas domésticas veía Eulogio una síntesis de toda su raza deseosa de ponerse al nivel de la blanca, o sobre ella, sin mejorarse. Adivinábase en los caudillos negros envidia de los cohechos, de las prevaricaciones y negocios realizados por los blancos. Porque en Taití, como en otros países menos bárbaros o tenidos por tales, gobierno era sinónimo de botín... ¿Y por qué era él tan distinto? ¿Quién le transmitía la aspiración de orden moral sentida desde la niñez? Una noche, ansioso de esclarecer esta constante duda, interrogó a su madre; ella titubeó, adquirió ese color cenizo que toman los negros al turbarse, y después de pronunciar dos o tres nombres se encogió de hombros. Él la hizo callar y, confuso, tragó además de su afrenta la que su madre era incapaz de sentir. Aquellas dudas acerca de quién pudiera ser el autor de su pobre vida tenían, sin embargo, una luz de certidumbre: ¡Eulogio sentía bien que su padre había sido un hombre de otra raza! Y sin que-

rer pensaba con horror en las odiosas palabras del amo, que oyó de niño, mientras fingía dormir en su cama de enfermo.

Como no era militar, su prestigio no era inviolable, y como carecía del don de hablar de prisa y de expresar con afirmaciones aquello de que no estaba seguro, la masa de su partido se decepcionó. Se le llamaba soñador, que era allí el eufemismo para llamar tonto; si Eulogio decía que el ideal de democracia no ordenaba rebajar al superior hasta la bajeza del inferior sino tratar de elevar a éste, sentía la burla de los negros y de los blancos herirle con desprecio igual. Su dolor más hondo era comprobar que sus ideas chocaban únicamente por provenir de él; otros hombres expresaban doctrinas semejantes y nadie se reía. Era su piel, el pigmento maldito... ¡Y sentía que la herencia de su padre desconocido era aquella pobre alma blanca cautiva en su cuerpo...

Y sufrió, no sólo por ver a los otros medrar, mientras él se estancaba reduciéndose a ser un ídolo decorativo; sufrió, más aún, por aquellos a quienes pensó redimir, cuyo destino sería constituir la perenne carne de cañón en las revoluciones, ser pe-

destal de logreros, parias contentos con las comparsas salvajes que cada año, en Carnaval, dejábanles celebrar los gobernadores. Su oposición a estas fiestas concluyó de arruinar su prestigio. Seguía siendo diputado; pero al sentir que no podía asumir la representación de los suyos, no quiso intervenir en los debates. Era el primero que llegaba al Congreso y el último que se marchaba. Triste, silencioso, como una escultura de ébano, permanecía en su escaño durante las sesiones. Envidiosos de su mismo campo, organizaron una manifestación que pasó ante su casa lanzando denuestos, alaridos, y concluyó como todas las cosas de la raza: en danzas lúbricas; esas danzas donde la pantomima del amor y del homicidio se exaltan, se confunden y son como plegarias y holocaustos a un Eros infernal.

Eulogio cayó enfermo. Ya convaleciente, el médico, al observar que estaba mudando la piel, le dijo:

—Se va usted a levantar hecho otro hombre.

Eulogio miró la nueva piel, reluciente bajo la piel antigua que se arrugaba al desprenderse, y repuso:

—¿Sabe usted, doctor, si puede cambiarse el corazón?

—Hombre, con el tiempo y dados los adelantos quirúrgicos... Compañeros de París aseguran...

E iba a explicar una teoría, cuando Eulogio, con un gesto doloroso, lo interrumpió:

—No, doctor... Aunque pudiera ser yo no me cambiaría el corazón. En el fondo de un corazón que ha sufrido mucho se está orgulloso como de una bandera que salió hecha jirones del combate... ¿Verdad, mamá?

La negra, que entraba, sonrió con sus dos filas de dientes luminosos, sin comprender.

Se miró en la luna hendida del espejo, dejó libre un largo suspiro y echó a andar hacia las otras habitaciones. Eran las siete; la hora en que debía recibir la comisión de su partido; y Eulogio tuvo el presentimiento de que algo decisivo de su vida iba a producirse en aquella reunión.

Despertado por la impaciencia debió bajar más temprano que de costumbre, porque al pasar por una alcoba, su madre, a medio vestir, le salió al encuentro y con inhabilidad cruel le cortó el paso, como para dar tiempo a que alguien pudiera escapar. No era la primera vez que ocurrían escenas análogas; pero el alma de Eulogio estaba aquel

día en carne viva y sintió la herida con mayor intensidad. La puerta de la calle sonó al cerrarse precipitadamente; entonces su madre, de súbito tranquila, le dijo:

—Te esperan en la sala esos caballeros, hijito; iba a avisarte... Deja que te bese.

Esquivó con repugnancia el beso y hubo de desasirse brusco, pues ella, obstinada, insistía. En la sala, vestidos de blanco, con los rostros a la vez solemnes y bufos, estaban cinco hombres aguardándole: el presidente del comité de barrio, un senador, dos caciques de provincias y un diputado mulato surgido a la vida política en la última campaña electoral. Eulogio sabía que este último había sido el incitador de la manifestación en contra suya, conocía sus ambiciones y su deseo de anularlo para erigirse en jefe del movimiento racista. En varias ocasiones consiguió parar sus asechanzas; mas aquel día, después de la escena con su madre, el desaliento debilitaba su ánimo, y al entrar y leer en los ojos de todos que una batalla iba a librarse, sintió de antemano el afán de ser derrotado.

La cuestión se planteó en seguida. Después de algunas circunlocuciones oratorias, con la palabre-

LOS FRUTOS ÁCIDOS

ría propia de los mestizos, el mulato concretó el tema de la conferencia. De tiempo en tiempo sus compañeros de comisión le hacían coro para estimularlo:

—Ilustre compañero: el paso que damos nos es doloroso, eminentemente penoso, eximio compañero. Las circunstancias y el amor a la patria únicamente nos ponen en el deber de...

—Sí, únicamente mirando los sagrados intereses de la patria... —añadió uno; y otro:

—Esa patria por la que todos debemos sacrificar...

Eulogio bosquejó un ademán de impaciencia. Aquella fraseología de parodia, aquella manera de pronunciar las erres y las ces, como si fueran eles y eses, y de suprimir las consonantes finales; aquellos lugares comunes, copia de las profanaciones que en casi todos los discursos políticos se hacían de la patria y sus reliquias, lo hirieron de tal modo, que tuvo cerca de los labios una frase de insulto. Dominándose, interrumpió:

—Al grano, amigo.

—Le repetimos que sólo en nombre de...

—Si yo tomo la palabra —dijo aún el mulato— es por obedecer a la designación. Soy el menos

capacitado; pero... hay que dar ejemplo de disciplina... En fin, no vamos a discutir intereses personales sino otros intereses mayores, otros...

—No vamos a discutir nada —dijo Eulogio—. Si es la jefatura del partido, yo la renuncio. Se anticipan ustedes a mi propósito.

Hubo una protesta general. Los ojos del mulato resplandecían de júbilo. Uno de los caciques terció:

—No se trata de renunciar. Claro que la dirección espiritual del partido es de usted, que usted la conservará siempre... La unión a usted se la debemos. Pero...

—Necesitamos en estos momentos un hombre de acción, un hombre con menos escrúpulos que usted. No se sonría... Usted ha sido siempre demasiado honrado, y los partidos políticos no pueden tener la misma moralidad que los individuos. Su carta, publicada ayer por *El Noticiero*, nos pone a mal con una Compañía poderosa que nos había ofrecido ayuda pecuniaria para las próximas elecciones... Usted es un romántico, un sabio, un *soñador*, y hemos pensado...

—Hemos decidido...

A estas palabras sucedió un silencio embarazo-

so; comprendiendo que callar mucho rato podía ser interpretado como una retirada, concluyó el mulato:

—Acabamos de tener una entrevista con autorizados miembros del Gobierno, y nos han dicho que, como sanción a sus méritos, le ofrecerán un puesto consular en Inglaterra. El partido vería con gusto que no desairara ese ofrecimiento. ¿Comprende usted? Es la primera vez que se acepta nuestra cooperación para representar al país en el extranjero, la primera vez que el Gobierno no nos oculta dentro de casa como si tuviera vergüenza de nosotros... Se trata de sentar un precedente ventajoso para el partido. Y ninguno en las condiciones de ilustración, de talento, de... En fin...

Eulogio bajó la cabeza y cerró los ojos. Todos aguardaban su respuesta. El mulato se encogió en la silla con un ademán felino, dispuesto a repeler cualquier ataque... En un segundo pasaron por la memoria de Eulogio todos sus dolores; su incapacidad de adaptación, su ineficacia para la lucha, la ingratitud del medio ambiente... y otro dolor más agudo aún: su madre, su hermana. Se levantó, contuvo con tan viril esfuerzo las lágrimas que hasta logró sonreír, y dijo:

—Acepto... Pueden ustedes decirlo de mi parte.

Los otros, que esperaban la resistencia, quedaron un minuto mudos. Luego prorrumpieron todos a un tiempo en felicitaciones:

—Esperábamos de usted ese civismo.

—El partido sabrá reconocerle...

—Allí estudiará usted, y nos traerá enseñanzas.

—No esperábamos menos de su reconocida...

Y el mulato, en voz baja, al despedirse:

—Un uniforme precioso, amigo. Con las charreteras, la espada y el sombrero de plumas va usted a parecer un general.

Eulogio los acompañó hasta la puerta y, desde el balcón, los vio alejarse calle abajo. Debían ir comentando el suceso. A veces se detenían un momento y manoteaban. El mulato volvió furtivamente la cabeza. Al verlo, aceleraron el paso y torcieron por la primera bocacalle.

Cuando Eulogio entró en la sala, su madre y su hermana, que tenían la prudente costumbre de escuchar detrás de las puertas, lo esperaban y le gritaron con acento amenazador:

—¿Con que te vas?... ¡Eso no es posible, no es posible!

L O S F R U T O S Á C I D O S

Él respondió con un tono a la vez desesperado y resuelto que ellas no conocían:

—Sí; no decidme nada... Me voy. Os dejo los muebles, la casa... Podéis contar siempre con la mitad de mi sueldo para vivir.

Se abrazaron a él llorando, y él se enterneció. Había caído la noche. Las tres cabezas negras se fundían con la sombra y los trajes claros albeaban vagamente: vistos desde lejos habrían parecido tres espectros decapitados.

De pronto la hermana se desasíó del abrazo y preguntó con impaciencia:

—¿Y cuándo te vas?

El buque salió una mañana. El aire, diáfano, corría largo trecho ante los ojos sin dejar juntarse el cielo y el mar. La despedida fué entusiasta: su madre, su hermana y el mulato que iba a sucederle en la jefatura del partido lloraron. La muchedumbre llenaba los muelles; un periodista de *El Noticiero* dió una nota de humorismo escribiendo que nunca había estado el puerto tan «negro» de gente como aquel día... El buque comenzó a cortar el agua tersa escoltado por muchos remolcadores; reían las banderas, reía la playa bajo

el sol: dijérase que se hubiera podido andar sobre el mar. En la cubierta del navío los viajeros, apiñados contra las bordas, cambiaban los postres adioses. Inclinándose sobre la baranda Eulogio contemplaba el paisaje. Había casi olvidado que era él mismo quien iba a partir; los muelles se alejaban, se alejaban, se alejaban; todo se empequeñecía lentamente, hasta que el aleteo de los pañuelos se hizo invisible... De pronto la sirena llenó la bahía con su clamor trágico; y como si aquel lamento fuera a despertar la sensibilidad dormida de su alma, dos lágrimas se iniciaron en sus ojos, resbalaron un instante sobre la piel negra, y fueron a amargar el mar...

II

LA TEMPESTAD

Dos maletas sólo, ¿verdad?

—Sí, sí; gracias.

—Iremos directamente a la pensión.

—Como usted quiera.

—A usted le habrá sorprendido esto; es otra vida, otro mundo. Viniendo de allá...

—Un poco, sí.

Montaron en un *cab*. Si el cochero en vez de estar detrás del vehículo, sobre el cual pasaban las riendas, hubiese estado debajo y el caballo encima, acostado en una litera, Eulogio Valdés, en lugar de sorprenderse, se habría dicho simplemente: «Esto sigue». Desde que desembarcó en Southampton su extrañeza crecía, en vez de menguar con

la costumbre; no era sólo el primer choque, no; tenía razón su colega: aquello era otro mundo, otra vida. Y una tristeza que no dejaba concretar la sucesión de paisajes y hechos, iba larvándose en su alma e incitándola a formular la primera idea de arrepentimiento de haber aceptado aquel cargo tan distante de su patria, de su ambiente. En Birmingham, la ciudad de su destino, el cónsul a quien iba a relevar lo recibió mitad hostil, mitad irónico, rehuyendo sin disimulo hasta la menor familiaridad y reduciéndose a la cortesía estricta. El primer testimonio de esta actitud fué darle a entender que lo llevaba a una pensión, no ya por buscar economía en el precio, sino por evitar la posibilidad de que no lo admitiesen en un hotel... Era mediodía, pero sobre la ciudad pesaba una luz de crepúsculo. El humo de las fábricas que rodean la población formaba con el aire, saturado de humedad casi palpable, una atmósfera semejante a la de un túnel. Sentado en el *cab*, junto al cónsul que sonreía, Eulogio miraba con sus ojos lánguidos pasar las grandes calles en donde hormigueaba una muchedumbre presurosa, las tiendas, los edificios públicos: el centro de la ciudad, en el cual se concentra la vida activa y donde no reside nadie;

LOS FRUTOS ÁCIDOS

el coche se internó luego por vías menos concurridas, hasta ir a dar a esas calles formadas por dos hileras de casas de ladrillos, todas con sus dos pisos, todas aisladas, todas iguales, todas orilladas por sus parodias de jardín en los que avanzan galerías acristaladas en forma de tambor, hechas para dar entrada a una luz que no existe. Llegaron. La calle donde estaba la pensión era, lo mismo que tantas otras por donde habían pasado, una calle de orden y de angustia, monótona como una galería de nichos. Hacía frío; Eulogio pensaba, estremecido, en los días tórridos de su país; sentía gravitar todo el plomo del cielo sobre su alma; pero no queriendo abandonarse al pesimismo de la primera impresión, se repetía: «Esto pasará, esto pasará».

El cónsul saliente le entregó el Consulado, es decir, le entregó un escritorio vetusto, unos cuantos papelotes y unos sellos de caucho, que era todo cuanto constituía aquel Consulado tenido durante mucho tiempo, en calidad de honorífico, por un comerciante de Birmingham, y elevado a categoría superior por obra y no gracia de un ministro tan irrespetuoso del Presupuesto nacional como deseoso de colocar a un deudo. Aunque el antiguo

cónsul honorario era el enemigo lógico de todos los cónsules de Taití, ofrecía cada vez que uno nuevo llegaba, cederle una habitación en su casa, con la esperanza de no tener que mudar el escritorio —que ya no estaba para tales aventuras— el día en que un ministro relativamente honrado volviera a reducir la categoría de la oficina. Además, como era el único exportador para Taití, la facilidad para visar sus facturas le compensaba el gasto. El señor Hohstkis era un viejo judío polaco, renegado de su religión y de su patria; hablaba muy poco español y era exaltado panegirista de la cultura y del progreso ingleses. Su primer cuidado era indisponer al cónsul entrante con el saliente, tarea no difícil, pues éste siempre consideraba a aquél como responsable de su cesantía. Había siempre tenido, sobre la preocupación primordial de amasar dinero dos preocupaciones suplementarias: su colección de sellos y el volver a ser cónsul de Taití. Cada vez que veía visada una factura suya por un cónsul que no fuera él, sentíase desventurado y tomaba en la desventura razón de odio hacia el usurpador. Pero sabía esperar como buen israelita, y habiendo visto que cada asesinato de un Presidente traía aparejado el cam-

bio de personal en toda la República, el señor Hohstkis confiaba en el tiempo y en la irascibilidad de los taitianos.

Como el trabajo consular sólo consistía en certificar cuatro o cinco facturas al mes, y Eulogio sufría en la oficina la antipatía de todos y la enemistad del señor Hohstkis, se dedicó a errar por la ciudad. Los demás cónsules, excepto el chileno, eran honorarios, por lo cual renunció a visitarlos para evitar nuevos desaires. Rara vez veía a su predecesor, ocupado en los preparativos de viaje y en despachar una correspondencia de don Juan grafómano. No sabiendo nada de inglés, las relaciones en su casa se le hacían penosísimas. De buena gana hubiera cambiado de alojamiento, pues, además de robarle, observaba que sus huéspedes tenían reparo de darle albergue y no perdonaban medio alguno para hacerle comprender que era objeto de una concesión; mas la timidez no le consentía intentar nada, temeroso de hallar tras cada tentativa de mejora un desengaño. Comía solo, en silencio, aceptando o rechazando por señas una comida insípida, y esperando en vano algo que le recordara los manjares sazonados con especias de su país. Se acostaba temprano y dormía mal, con sobresaltos.

De madrugada ya le despertaba el temor del día próximo; y cuando corría la estrecha ventana de guillotina, densa niebla invadía el aposento. Después de tomar un desayuno copioso y siempre compuesto de lo mismo —lascas transparentes de jamón, huevos, rebanadas de pan, mantequilla, mermelada y te—, salía sin rumbo... La curiosidad burlesca de los transeuntes lo azoraba. La gente del pueblo le soltaba cara a cara una risa procaz. Si se detenía ante un escaparate jamás dejaba de ver reflejadas en el cristal caras vueltas hacia él. En los restaurantes, en los teatros, en todas partes, sentíase objeto de una curiosidad adversa. Y por huir de ella entraba en cualquier cinematógrafo, y hundido en un sillón, sin pensar en nada, sin mirar siquiera los cuadros, dejaba que el programa transcurriera dos o tres veces, insensiblemente, como inmerso en aquella tiniebla hermana de su piel, que sólo cortaba el haz luminoso proyectado de un extremo a otro de la sala.

Comprendía que, por su raza, la parte de Inglaterra que hubiera podido convenir a sus aspiraciones le estaba vedada, y que sólo lo áspero, lo brutal de una civilización sin ternura se presentaba ante su deseo, humillándolo con las dos armas for-

midables: el desprecio y la risa. Su voluntad no lograba imponerse; sentía que, poco a poco, las nociones adquiridas con tanto esfuerzo iban desprendiéndose de su espíritu, cual si fueran capas mal adheridas de pintura, y dejaban su personalidad escueta, inesperada... Era del desquite de la herencia materna contra el influjo paternal largo tiempo enseñoreado de su ser. No valía dudar: su voluntad y su cerebro eran menos fuertes que su sangre y que su corazón. Parecíale como si su pensamiento fuera ennegreciéndose. Sobre su pasado optimismo caía la losa de una desesperación del color de su piel. Melancólico, víctima de atavismos confusos, sin fuerzas para abrir un libro y fijar la atención, sin fuerzas para reaccionar contra la soledad, pasaba las horas. En el teatro cualquiera melodía de ritmo lento lo hacía enternecerse hasta las lágrimas; y necesidades hasta entonces apenas exigentes retorcían su organismo. Eulogio esperaba siempre que su vida cambiara, mas los días se amontonaban detrás de él, y aquella hosquedad del clima y de los hombres proseguían inmutables. Consciente del riesgo de abandonarse así a la depresión del espíritu, a veces, en su casa o en el cinematógrafo, se esforzaba en

pensar, pero tras dolorosos esfuerzos sólo tres ideas subían desde el fondo de su ser y se concentraban en su mente; tres ideas primitivas, tres ideas de negro: la comida, las mujeres y el sol.

El día que llegaba correo de Taití era un día de tregua. Corría las cortinillas de papel para olvidar en lo posible la ciudad; encendía la luz, y junto a la chimenea, casi achicharrándose, pasaba horas y horas leyendo periódicos y cartas, que eran menos numerosas cada vez. Todavía al día siguiente vivía del recuerdo del día anterior; pero el tesoro de sugerencias se agotaba pronto, y entonces ya no le quedaban al mes más que otros dos días que esperar: la víspera de la salida del correo para su país y el día de ir a la oficina a firmar las facturas... La víspera de correo era el mejor: sentado ante la mesa, escribía cartas a todo el mundo: a familiares, a amigos, a conocidos, hasta a sus enemigos; cartas extensas, llenas de pormenores y de confidencias, cartas que luego, en momentos de lucidez, rompía con rubor, medroso de lo que hubieran pensado «allá» al leer aquellas efusiones injustificadas.

Empezó a tomar lecciones de inglés en la es-

cuela Berlitz; pero la lentitud en aprender le hizo desistir. El antiguo cónsul, al irse, le aconsejó que se hiciera socio del «Cosmopolitan Club»; dócil al consejo, fué dos veces y pudo convencerse de que tampoco allí encontraría un rincón íntimo donde mitigar su nostalgia y adquirir gradualmente las condiciones precisas de aclimatación espiritual. Era una sociedad a la que sólo iban alemanes a beber cerveza, belgas y franceses viajeros de comercio, ingleses necesitados de aprender idiomas extranjeros, y una horda de argentinos más británicos que los mismos ingleses, con sus gorras, sus pipas hediondas, su aire superior y su manía de sonar el dinero y de no hablar en castellano. Conoció allí, en cambio, al cónsul chileno: un pobre hombre casado o no con una austriaca, de la cual era víctima y cautivo. Aquel pobre hombre debía tener también su historia lastimera, y sin la dominación de su mujer habría sido para Eulogio un camarada. Dulce, sencillo, fué el único que no rehu-
yó su contacto como el de un apestado. Le ofreció su oficina, y Eulogio, al principio, iba a menudo a visitarlo. Viéndolo trabajar sin reposo, lo envidiaba; y temiendo molestarle permanecía mudo. La mujer llegaba a las cuatro en punto y no dejaba

nunca de dirigirle algún desaire, del cual la disculpaba el chileno en la entrevista siguiente.

—Ella es así, ¿sabe? Buena; pero... Dispénsela, pues.

Eulogio tuvo la certidumbre de que el chileno tenía disgustos domésticos por él, y dejó de menudear sus visitas. Sólo cuando al salir de su casa llovía mucho, poseído por el terror de volver a entrar en su cuarto, iba, abría tímidamente la puerta de la oficina, y sonriendo con una de esas sonrisas que parecen el llanto de la boca, le decía:

—Perdóneme, amigo... Voy a estarme aquí hasta las cuatro menos cuarto nada más. Pero no haga atención en mí, siga su trabajo. Con saber que usted habla español, que usted me... vamos, me parece que no estoy tan solo.

Volvía a sonreír; el chileno sonreía también y le alargaba un periódico. Y Eulogio leía desde el artículo de fondo hasta los anuncios; releía todo prodigiosamente interesado por aquellos hechos desconocidos y remotos; leía aún algunos párrafos de los artículos políticos, e iba a empezar otra lectura, cuando el chileno tosía suavemente... Eran las cuatro menos cuarto, y la señora podía llegar.

Las respuestas a su petición de traslado no le dejaban esperanza de conseguirlo: después de su marcha hubo entre su partido y el Gobierno rozamientos y las relaciones eran tirantes. Espere usted unos meses —le escribían—, ahora sería difícil de obtener y acaso redundase en perjuicio del partido cualquier súplica. Y Eulogio pensaba con ira en la imposibilidad de rehuir su destino, que lo supeditaba siempre a ajenas voluntades. Esperar... esperar. La palabra le parecía un insulto al sentir la lentitud del tiempo en que cada minuto tenía su valor máximo de soledad, de tedio, de tristeza.

Con la entrada del invierno se agravó su mal. Hacía muchos días que no iba a ver al chileno, pues acosado al fin por una declaración explícita de la austriaca, su dignidad triunfaba de las tentaciones de visitarlo ni en las primeras horas del día, únicas en que no había peligro de ser sorprendido por la tirana. Una tarde, después de andar largo rato errabundo, sin saber qué hacer, subió a un tranvía para ir hasta el final del trayecto y regresar; sentado en el segundo piso, con la cara pegada al cristal, estuvo la hora y media que duraba el viaje, al través de barrios

sórdidos, en donde el frío no dejaba fermentar la miseria, las casitas de ladrillos enfilábanse en perspectiva sin fin; luego empezaron a verse fábricas, y durante mucho tiempo las chimeneas llenaron el horizonte a uno y otro lado, primero por grupos, como dedos de manos gigantes; después más nutridas, como mástiles en un puerto; al fin compactas, como un bosque cuya fronda se hubiera vuelto loca y se agitara, se prolongara, formase un palio y se trocara por feliz capricho en humo bituminoso que arrancaba lágrimas de los ojos y tos del pecho. Al término del trayecto el cobrador quiso hacerlo bajar y él se obstinó en vano en hacerle comprender su propósito. Ninguno de los dos pudo entenderse; y al cabo, el empleado fué a cambiar de dirección el *trolley* y miró a Eulogio, tranquilo ya, porque éste le había mostrado un chelín.

Al bajar del tranvía Eulogio Valdés quedó sorprendido. De pronto creyóse objeto de una alucinación; pero no, no era un fantasma ni era él mismo visto en un espejo: era otro negro cíclopeo, haraposo, con una gorra encasquetada y un gabán muy largo: otro negro auténtico. Andaba a largas zancadas, y Eulogio, sin saber para qué, comenzó

a seguirlo. Y mientras amoldaba fatigosamente su marcha a la del otro, pensaba:

—¿Por qué no seré yo como él? ¿Por qué el bueno y maldito de don Antonio se interesaría por mi inteligencia? En este gran país donde los hombres dan la impresión de brutalidad, de hosquedad, y el conjunto de ellos la de una colmena laboriosa, es necesario ir desharrapado como va ese, para que se perdone el ser de una raza inferior. Sólo hay aquí dos caminos para un hombre de mi color: ir al *music-hall* a ser pasto de la risa de las turbas, o a una fábrica a ser bestia de carga. Á ese perdulario lo miran con indiferencia y a mí con encono, porque usurpo los vestidos que pudieran cubrir a un mendigo inglés.

El negro torció por una calle, y Eulogio tuvo que apresurar el paso para no perderlo de vista. Cuando hubo acertado la distancia, sin detenerse, siguió pensando:

—Aquí se desprecia a los judíos, pero por su número y por su dinero se les consiente... Siquiera los judíos, para los que crean en ello, mataron a Nuestro Señor, y sus profetas predicaron siempre el exterminio... Pero nosotros... ¿Qué hemos hecho nosotros? Dios no es justo. Y los judíos,

además, tienen el triste recurso de negar su raza, pues una nariz corva o una expresión de ave de rapaña no son tan inconfundibles como la piel negra, negra, negra... Como esta maldita piel con la cual todo intento es estéril, hasta el de ser el pobre hombre mediocre, acaso hasta útil, que hubiera podido ser yo de tener otro color...

Había andado mucho en pos del negro, y de improviso se encontró, al volver una esquina, junto a él. Su conocimiento del idioma inglés era fantástico, y el inglés del otro, prostituido con palabras de jerga, se le hacía aún menos inteligible:

—Mi Taitf... Island... Spanish... Yes.

—I see... Jamaica... Rotten weather.

Esto se lo repitieron muchas veces. Luego entraron en un bar. Eulogio no bebía; mas el otro bebió por los dos. No lograban entenderse, y, sin embargo, Eulogio estaba contento. Por primera vez desde hacía mucho, sonreía a los hombres y a las cosas. Para acceder a las exhortaciones de su amigo desconocido, tuvo al fin que beber un vaso; pagó y salieron. Excitado por la falta de costumbre de beber, con los ojos húmedos y ardientes, bajando la voz, Eulogio le insinuó:

—Muchachas... Mi pagar... Girls...

El otro le mostró misteriosamente al policía gigantesco, que, como un gigante anfibio, permanecía en medio de la calle. Dijo luego palabras incomprensibles y precipitadas y echó a correr. Eulogio lo estuvo esperando mucho tiempo bajo la lluvia, seguro de que regresaría. Transcurrió una hora, empezó a nevar, y como el hierático policía lo mirase con insistencia, tuvo miedo y se fué.

La nieve caía silenciosamente; no blanca, sino gris a causa del humo. Al día siguiente la ciudad ostentaba una belleza trágica: de los tejados pendían los témpanos congelados durante la noche, y en las calles la nieve, en capa espesa, crujía bajo los pies. Las agujas de los relojes públicos, no pudiendo vencer la resistencia de la nieve helada, quedaron detenidas, y en las calles aristocráticas los árboles se agobiaban como abuelos canosos. El frío penetraba hasta los huesos, parecía arrugarlos y entumecer la médula. A pesar de él, Eulogio fué al bar donde había estado la víspera, con la esperanza de encontrar al negro, y estuvo mucho tiempo allí, apurando a lentos sorbos un vaso de brandy. Defraudado, fué a encerrarse en su casa, pues en las noches de los sábados una multitud de

obreros y obreras invadían las calles céntricas, y la aglomeración era propicia a las burlas. El domingo, el terrible domingo inglés, en que sólo están abiertas las iglesias y los establecimientos de bebidas —los dos centros espirituales, según Eulogio—, lo pasó en la cama.

Como un clínico bastante sereno para anotar los síntomas de su propia dolencia y diagnosticarla, Eulogio Valdés observaba que su razón se iba agrietando. Un ser hasta entonces ignorado, a pesar de accionar en los yacimientos de su alma, un ser impulsivo, sensual, infantil, se rebelaba contra las trabas con que la razón pretendía reprimirle. Y ese ser, Eulogio se daba exacta cuenta, venía desde más allá de él mismo; de luengas generaciones esclavas bajo el cielo fúlgido de Taití, y de otras más lejanas aún libres en las selvas y arenas de África. Por un desdoblamiento de su personalidad, un «yo» crítico, severo y atento a las manifestaciones del nuevo ser, estaba siempre alerta. No le era difícil separar los componentes de su alma: la percepción delicada, causa de su infelicidad, venía del padre desconocido, acaso del maldito amo; y todo lo demás, de su

madre. En los ratos cada vez más frecuentes dedicados a bucear en su propia alma, Eulogio se comparaba a un volcán largo tiempo apagado; ignoraba ser tan exuberante. Luego de haber merecido nota de altivo y glacial entre los suyos, sorprendíase ahora de aquella necesidad imperiosa de comunicación y de afectos que, insatisfecha, llegaba a turbarlo como un mal vino.

Una de sus manías era ir a ver salir trenes. Llegó a comer en los restaurantes de las estaciones para facilitar la ilusión de que iba a partir. Las lucecitas rojas, al alejarse, lo deprimían morbosamente. Luego, en su casa, tenía crisis de furor: sus manos crispadas y muy abiertas caían en recios golpes sobre las almohadas; y temeroso de perder el uso de la palabra hablaba a voces y, de repente, le subían a la garganta sollozos y a los ojos lágrimas... Un día que el sol surgió borroso de entre las nubes comenzó a bailar; y al verse en un espejo, su ser crítico fué a reprochárselo; pero el nuevo, el fuerte, el verdadero ser, ahogó el reproche con un encogimiento de hombros. Sin perder nunca esa parte inquisitiva de su persona, se ponía a vestirse y a desvestirse muchas veces para pasar el tiempo o sacaba de una maleta las cartas de su ma-

dre y las leía. En la última decíanle que su hermana iba a tener un hijo... ¿De quién sería ese hijo? Una onda de benevolencia hacía ver de otro modo acciones antes vituperadas. Se enfurecía, se reía..., y después, igual que si un enjambre de cantáridas lo envolviera, partían de todos sus nervios ansias de violaciones, de estupro, de placer; cuerpos opulentos de mulatas poblaban su imaginación: las había dominadoras, sumisas, histéricas, de miradas extraviadas y bocas insaciables. Y el recuerdo de mujeres vistas antaño sin casi saber que reparaba en ellas, lo obsesionaba. Recordaba especialmente dos: una rubia de ojos negros y cuerpo fino, casi sin formas; y una niña núbil apenas, de óvalo virginal y pupilas malignas que vió un día bajo una sombrilla tornasol en... ¿En dónde la había visto?

Cuando estas visiones lo atormentaban demasiado, temiendo las incitaciones se echaba a la calle para contrarrestarlas con el ejercicio muscular; pero aun en la calle tenía alucinaciones frecuentes durante las cuales, yendo sobre las enlodadas aceras, en esos días de niebla amarilla, pegajosa y opaca, creía hallarse en Taití y ver ante sí las calles pinas con sus casas claras, sus

ventanas floridas, sus quicios de piedra: su calle familiar somnolente de exceso de vida y llena, al caer de la tarde, de caliginosas sombras moradas.

Una de estas veces subió al «Club» dispuesto a preguntar por el chileno, y en el bar se encontró con un grupo de argentinos en torno de un caballero que hablaba español; osadamente, por oír hablar, se acercó al mostrador y pidió, por señas, de beber. El orador se expresaba con esa corrección excesiva de quienes hablan perfectamente un idioma extranjero; hablaba tan pronto serio como sarcástico, y los oyentes lo desaprobaban con gestos unánimes.

—Sí, sí; convénzanme ustedes de que la pluralidad del voto, que da una fuerza de reacción a los ricos, de que el latifundio y el derecho de primogenitura son formas ideales de régimen. Niéguenme que en Inglaterra se trata de retardar el despertar del pueblo fomentando la vanidad nacional y la afición a beber. Y de las mujeres no hablemos: no tienen mas que ir en verano a los parques, a las playas o darse un paseo cualquier noche por los barrios extremos para ver acoplamientos más o menos eugénicos. Todos los cam-

pos son en esta tierra aras donde, con pudibundez protestante, se ofrendan las virginidades... Aquí, una motocicleta y unos cuantos paquetes de bombones pueden más que las más hábiles celestinas. El amor al aire libre debe influir en la fortaleza de la raza.

—Esas son macanas —dijo uno de los argentinos.

—Yo no sé cómo ningún erudito no se ha tomado el trabajo de describir que Tartufo era inglés; yo estoy convencido —prosiguió el otro—. Pero la fría corrupción que fermenta bajo esa gasa de buena apariencia tendida aquí sobre todas las clases sociales, no engaña a nadie, créanme.

Eulogio se acercó, atraído por la simpatía. El que hablaba había continuado:

—Aquí se dice todo en secreto, y lo mejor es no decir nada, sino hacer; yo he tomado ese partido con las muchachas y me va a maravilla. Aquí se fuma, se bebe y hasta se... bueno, se hace todo con gravedad, y el puritanismo ha logrado dar un aspecto decente a la borrachera cotidiana. Sólo cuando la embriaguez adquiere un carácter excepcional, solemne, evangélico, se ven ademanes descompasados y se oyen voces en tono mayor...

¡Ah, si hubieran ustedes estado en Londres cuando el coronamiento de Jorge V! En ocasiones como esa, familias enteras cogidas por las manos, pasean una *jumera* enfática; y las ciudades inglesas son como grandes toneles calafateados con patriotismo.

Los argentinos, contrariados, se despidieron. El orador, viéndose solo, se acercó a Eulogio y le preguntó:

—¿Habla usted español?

—Sí, señor; soy de Taití...

—Caramba, hombre...

—Pero no opino como esos señores; por lo que he podido conocer de Inglaterra... ¿Usted no es español, ¿verdad?

—No, francés; pero he vivido quince años en España, y para mí no hay nada tan bello como «un cours de toros...» Es hermoso y cruel.

—Yo no conozco España ni Francia.

—¿Y en qué piensa usted? No se puede vivir sin conocer París, amigo; París es todo: la civilización del mundo respira por París. Y España también hay que visitarla... después. Mientras el individuo, el hombre, fué la suprema fuerza, España marcó los rumbos. Hoy, en cambio...

Bajaron del círculo. El francés se le colgó del brazo y hablaba sin reposo. Eulogio comprendió que hablaba para sí mismo; pero, ¿qué no hubiera soportado él con tal de oír hablar español?... Las gentes se volvían a mirarlos, y en el fondo de su percepción, de aquella fina percepción que empeoraba sus males, Eulogio discernía que el mismo aire ostentoso con que el francés proclamaba su amistad, era como un escupitajo lanzado a los ingleses, y, en el fondo, un nuevo desprecio para él. Pero poder hablar así lo embriagaba. ¡Hacía tanto tiempo que no veía en un rostro humano el eco de sus frases! Su propia voz le sonaba como una música, y hallaba voluptuosa complacencia marcando las erres, cantando las eles, redondeando bien las vocales... Por iniciativa suya decidieron pasar juntos las horas que faltaban al francés para ir a la estación, donde debía tomar el tren para Folskestone.

—¿Ha reparado usted que aquí piensan que todos los extranjeros se entienden entre sí?

—La palabra continente es en Inglaterra sinónimo de salvaje. Cuando dos de estos brutos se insultan, se llaman «sucio extranjero»... Yo los odio.

—Si usted supiera...

Eulogio iba a deslizarse por el plano inclinado de las confidencias; pero el francés lo interrumpió:

—Estos barrios de calles sin personalidad, en las que, desde lejos, nadie puede reconocer cuál es su casa... Tenga usted por seguro que cada domingo encontraría en todas ellas hombres con los pies sobre lo alto de las chimeneas, con un libro que no leen encima de las piernas y la botella del *whisky* al lado. Hay una caricatura inglesa que dice: «Si el *whisky* llega a constituir un impedimento para sus negocios... abandone usted sus negocios». Ellos dicen que es caricatura, pero ¡quial... Y ese orgullo, ese creerse el pueblo elegido... Yo conozco una metodista inglesa que piensa firmemente que en el cielo no habrá extranjeros.

—Pues ellos bien poco cristianos son.

—Y cuando uno oye esas cosas, para no saltar, les suelta una «boutade». Yo le dije a la metodista que en el infierno habían ya quitado de la puerta el letrero del Dante, que era poco sobrio, y habían escrito simplemente: *On parle français*.

Por fin Eulogio pudo contarle sus pesares; el francés pareció condolerse. Ya en la estación, le sugirió:

—Y ¿por qué no se va usted a París? Allí hay sol, animación, hospitalidad latina; allí se cura usted, amigo. Con dejar aquí una estampilla con su firma para que sellen las facturas, está todo hecho. Ea, piénselo y verá... Nueve horas de viaje... Aquí tiene mi tarjeta por si se decide.

Al arrancar el tren, Eulogio lo siguió corriendo un momento junto a la ventanilla, para prolongar su felicidad.

—Adiós... Ya sabe...

—Sí... Adiós... Adiós...

La lucecita roja se alejaba, y Eulogio quedó inmóvil en el andén, hasta verla confundirse con otras, desvanecerse luego en la lejanía. Los empleados que arrastraban con estrépito carretillas metálicas, le restituyeron a la realidad. Al verse de nuevo en la calle, le pareció que aquel tren le había arrebatado algo muy querido, y que a partir de entonces su soledad habría de ser más lúgubre, más inexorable, más cruel.

Aquella noche tuvo una pesadilla espantosa. La ciudad estaba desierta, bajo un cielo gris sin nubes. Ningún signo de vida: un vasto silencio llenaba las calles, en donde yacían, de trecho en tre-

cho, automóviles parados, tranvías inmóviles, coches cuyos caballos habían desaparecido. Ni un hombre, ni un perro, ni un pájaro; ni siquiera una ráfaga de aire para mover los árboles. Eulogio enderezó sus pasos hacia los barrios céntricos; pero también allí la vida habíase detenido sin violencia, acaso más horrorosamente por el orden en que quedaron las obras de las criaturas arrebatadas sin dejar vestigios de sus cuerpos. Al través de las vidrieras veía Eulogio los grandes almacenes solitarios, los cafés, los restaurantes; y en las calles, que parecían más anchas, resonaban sus pasos. Un pavor inmenso lo impelía a andar, a correr, a huir sin saber de quién..., de nadie: del vacío que se prolongaba en torno suyo. Una vez miró frente a sí, ilusionado, creyendo ver; pero no: era su propia imagen que copiaba un espejo. Fué a la oficina del chileno; el ascensor no funcionaba; subió las escaleras, abrió la puerta, entró: nadie. Como todo estaba abierto, recorrió varias oficinas hallando en todas el mismo abandono. Otra vez en la calle, sintió acicatarle el hambre que desde horas antes lo mortificaba; mas el miedo no le permitía entrar en ningún sitio. Después de titubear cerca de dos horas, vencido ya, se aventuró en un restau-

rante, se sentó y llamó con la esperanza de que alguien acudiese: nadie. Fué al mostrador y comió de prisa, sin escoger, mirando a todos lados, como si cometiese un robo. Volvió a llamar: ¡siempre nadie! Salió. La luz comenzaba a mermar, y penumbras silenciosas invadían ya las calles estrechas. Entonces, despavorido, sin atreverse a esperar la noche, corrió en la quietud y en la soledad camino del elevado puente tendido sobre un estanque, en las afueras, dispuesto a terminar con el suicidio aquella pesadilla. Y al precipitarse desde la altura, cuando ya la muerte le aguardaba en el fondo del agua con los brazos abiertos, le pareció que toda la ciudad se animaba, que mil caras se asomaban a la baranda del puente para verlo sucumbir, y que hombres, animales y cosas, resurgidas de pronto a la vida, lanzaban al mismo tiempo, con el mismo rictus sardónico, una carcajada.

○ Dos días más tarde, siguiendo los consejos del francés, salía para París.

III

EL PUERTO

PARÍS fué al mismo tiempo bálsamo y reconstituyente espiritual. Su felicidad era tan intensa, que Eulogio sonreía sin pensarlo. Aquello era la ciudad soñada: vasta, armónica, con sus turbulencias y sus remansos en dónde la vida, aquietándose, convidaba al reposo. El pasar inadvertido, el poder sentarse en las terrazas de los bulevares ante un bock de cerveza y ver desfilan tipos de todas razas y mujercitas frágiles que le sonrían —lo mismo que si fuera un blanco— con sus labios amplificadas por el colorete, formaba la mejor parte de su dicha. Una primavera temprana acariciaba la ciudad. A lo largo de las avenidas los árboles querían ya dar a luz sus renuevos y

con sólo rascar con el bastón las cortezas rugosas, percibíase la vida profunda que los conmovía. Eulogio quedaba suspenso cada mañana al ver el rayo de sol que entraba a saludarle; y sorprendíase infantilmente de que unas cuantas leguas al norte y una cinta de mar, pudieran entrañar tal cambio. Los bulevares, el Bosque de Bolonia, las inmediaciones de las tiendas de lujo y de los grandes almacenes, estaban llenas de mujeres: había mujeres por todas partes; algunas llevaban ramos de violetas o de «muguet» en el seno, y el perfume de las mujeres parecía haberse transfundido con el ambiente de la ciudad y ser su propio aliento. París era una ciudad de dulce sensualidad y de amor... A mediodía, camino del «Duval» adonde iba a almorzar, Eulogio se extasiaba viendo los corros de modistillas en torno del «buen hombre» que les enseñaba las canciones de moda. En el restaurante era feliz: los espejos multiplicaban la alegría; el vaivén de tipos, el gusto de la comida, la vecinita aquella que después de comer se pintaba delante de todo el mundo los labios y sonreíale mimosa al salir, eran momentos de un reloj ideal en que cada minuto tenía una sensación de júbilo. Era una vida distinta; no hacía un mes que la vivía y ya

Eulogio no concebía otra. Los camareros lo saludaban respetuosamente al recibir las propinas; en las tiendas lo recibían con esa obsequiosidad untuosa que no deja de tener nunca el comerciante parisino ante todo ser, no ya malayo o etíope, sino hasta alemán, que lleve un luis en el bolsillo; trataban de adivinarle el pensamiento, celebraban su francés de pan llevar; y Eulogio, mecido por estas voluptuosidades, se decía: «Londres se presenta ante el extranjero, grave, extensa, hermética, como una mujer tal vez adorable, pero que oculta en el mismo gesto de desconfianza sus encantos y sus defectos; Birmingham es una moza cuyos músculos han perdido en el trabajo la gracia del sexo y que, para descansar de la tarea, ha decidido beber, apartarse de la limpieza y la coquetería, hacerse bestial, hedionda, agresiva como un macho; París es una muchachita vivaz, cuya alma sube a los ojos como la espuma del champán sube a los bordes de la copa; una muchachita que quiere vivir de prisa y quiere, sobre todo, parecer bien para guardar en el fondo de la media de lana unos cuantos luises y ser rentista a la vejez...» Y contento con esas clasificaciones, dejaba transcurrir sus días en paseos por los Campos Elíseos, por la

«rue Royale», por el anacrónico bulevar Saint-Michel o por las orillas del Sena, deteniéndose ante las cajas polvorientas de libros que ofrecen una cruel lección a la vanidad de los escritores. Sus economías sirvieron para pagar tan dulce acogida. Al principio se divertía más en la calle, cual si el hecho de confinar su felicidad en un solo espectáculo equivaliese a reducirla; luego quiso conocerlo todo, y la vecinita del restaurante fué guía experto. No hubo taberna de Montmartre, *chope* del *faubourg*, teatro de los bulevares ni café del «barrio» que no visitaran. En *Luna Park* y en *Magic City* gozó como un niño. Es verdad que todo costaba caro; pero ¡se pasaba tan bien!...

A los pocos días de llegar estuvo a visitar al francés que conociera en Birmingham; lo recibió cordialmente, pero a Eulogio le pareció que estaba ocupado y que su visita no era oportuna. Se despidieron, y aunque el francés no le instó para que volviese, Eulogio, dándose cuenta del olvido, quiso renovar la visita quince días más tarde. La portera no le dejó subir. El señor —le dijo con ese aire socarrón que parece servir al deseo de que se note la mentira— está de viaje, y no sabemos cuándo volverá. Si Eulogio no se hu-

biera sentido tan contento, tan borracho de luz, aquella habría sido su primera decepción en Francia.

Aunque convino con Mr. Hohstkis que realizaría frecuentes viajes de dos días a Birmingham, como recibía cada semana una postal del judío diciéndole en su español especialísimo: «Todo es muy bien», no juzgaba justificado el sacrificio de abandonar la dulcedumbre de París ni siquiera dos días. El deslumbramiento de su nueva vida le sugería el horror de todo cambio, por efímero que fuese; y pensaba con pavora en Inglaterra, en el canal iracundo donde creyera morir de mareo. La semana próxima, sin falta —se prometía—, iré; pero la semana próxima otra postal de mñster Hohstkis con su invariable «Todo es muy bien», lo incitaba a diferir de nuevo el viaje. Su antigua hostelera no dejaba tampoco de mandarle la correspondencia particular —cartas y periódicos— que llegaba para él. La Gran Bretaña, de lejos, era un gran país.

No hacía nada, y sin embargo le faltaba tiempo para todo, hasta para leer los periódicos de Taití, que formaban pila sobre su mesilla de noche; las

cartas, tenía que leerlas a retazos, y a veces hallaba en el fondo de los bolsillos algunas que no había concluído de leer. Escribía poco y remitía la correspondencia bajo sobre a Mr. Hohstkis para que éste la echara al correo en Birmingham. Decididamente Mr. Hohstkis resultaba ser un hombre simpático.

Una mañana, estando aún dormido, la camarera del hotel entró para entregarle una carta certificada. Eulogio recordó de improvisó que durante muchos días no había recibido cartas de Taití, y tuvo miedo. Firmó el recibo, y cuando la camarera se fué, no sin prodigarle antes el mohín canalla de costumbre, aun estuvo dando vueltas un rato al sobre, sin atreverse a abrirlo. Un presentimiento de desgracia suspendía su acción. La carta venía de Inglaterra, pero la letra no era de míster Hohstkis. ¿De quién sería?... Notó que ante su nombre estaba escrito «Señor», en lugar de «Monsieur»... Rasgó, al fin, el sobre con resolución súbita: todo era preferible a la duda. Al leer los primeros renglones, la impresión fué tal, que la escritura tornósele turbia... En su ausencia, Mr. Hohstkis había enviado sin requisito alguno una partida de armas que exigía declaración especial, y

como por aquellos días agitaban a Taití temblores sediciosos y las armas iban consignadas a un mulato, revolucionario de profesión, el Gobierno se apresuró a confiscarlas y a nombrar un nuevo cónsul en Birmingham. La carta era precisamente del nuevo cónsul quien, muy digno, en un estilo altisonante sembrado de cargos y de reflexiones de alta política, le participaba haber tomado posesión de la oficina abandonada... Al principio Eulogio pensó en protestar, en decir la verdad y declarar una falta leve para ponerse a cubierto de la imputación de desleal que se le hacía. Iba a vestirse, cuando tuvo la idea de ojear los periódicos que, empaquetados aún, reposaban sobre la mesa de noche. Leyó los últimos, y entonces comprendió que todo cuanto hiciera ya sería inútil: ni los partidarios del orden le otorgarían crédito, ni sus mismos adictos aceptarían del hecho otra versión que la oficial. Era el héroe por fuerza; los negros, escarmentados de la jefatura del mulato, lo aclamaban otra vez por jefe, como único redentor posible, ajeno a las ambiciones de riqueza y resuelto a sacrificar su bienestar en pro de la raza. Con una rapidez que acaso parezca extraña a quienes conocen a Taití, la política se

había adueñado del caso, y ya ninguna voluntad podía arrebatarlo a sus garras. Para unos Eulogio Valdés era un traidor; para otros un abnegado; pero todos estaban convencidos que el alijo de armas había sido hecho gracias a su complicidad.

Y en aquella cama del hotel donde durmiera tanto rosado ensueño, abandonándose ya a una resignación sombría, Eulogio, sin fuerzas para considerar el porvenir, pensaba que su sino era seguir siendo esclavo, no poseerse nunca, ser una cosa, una pobre apariencia de hombre que los otros explotaban y torturaban con indiferencia. ¿Qué pensaría su madre? ¿Cómo se habría comentado la noticia en Taití?... Cien intenciones de curiosidad se sobreponían a su dolor y siguió leyendo, leyendo, casi olvidado de que era su propia desgracia lo que leía.

En Taití, el día que se conoció el hecho fué de excitación general: los blancos sacaron sables empuñados, pistolones, carabinas, y hasta previnieron las enormes trancas con que aseguraban por las noches las puertas, en espera del ataque de los negros; los negros, sin pensar en atacar a nadie, hicieron, para celebrar el acto de su jefe, gran consumo de ron y organizaron una

orgia; y los estudiantes, en signo de protesta no se sabe de qué, estuvieron ocho días sin asistir á clases...

De pronto, Eulogio Valdés pensó:

—Allá en Birmingham el canalla de mister Hohstkis se frotará las manos, diciéndose: «Otro cónsul que pasa»...

Y crispó los puños.

Llegaron los días de miseria. Casi sin transición Eulogio supo de las comidas en las cremerías, de las paupérrimas colaciones de sesenta céntimos en los cafetines próximos al mercado, y de los días en que un panecillo y el agua de alguna fuente compusieron todo su alimento.

Llegaron las noches pasadas en las fortificaciones entre gentes sospechosas, o en los bancos de los parques, durmiendo a medias para huir a tiempo de los policías —miserables con uniforme que persiguen implacables a los miserables desorganizados—. La linda vecinita del restaurante desapareció con el último billete de cien francos; Eulogio fué a esperarla a la salida del taller, pero no logró verla. Había cambiado de obrador para esquivarlo, y estaba ya perdida en la gran ciudad donde

un cambio de barrio disminuye prodigiosamente las probabilidades de encuentro. En el hotel se sostuvo tres semanas, haciendo creer al dueño que esperaba un dinero mentido y sorprendiéndose casi sinceramente de no verlo llegar. La última carta de su madre era toda quejas; le hablaba con incertidumbre del propósito que tenía su partido de enviarle recursos para el regreso en cuanto se firmara una amnistía prometida por el nuevo presidente, que acababa de derrocar al que lo había nombrado cónsul. Pero Eulogio, que además de vivir sólo con medio sueldo, quiso resarcirse en París de las penas de Birmingham sin prever los días de escasez, no tenía ya ningún dinero y no podría resistir allí, ignorado de todos, desconocido y repudiado por los del Consulado taitiano, que aprovechaban a su costa la ocasión de bienquistarse con el nuevo Gobierno. Su último dinero, administrado con cautela, lo empleó en franquear una carta para Taití: grito de auxilio donde rogaba apresurasen el socorro si querían que fuera eficaz. Al echarla en el buzón Eulogio, solo en la calle indiferente y afanosa en torno a su desamparo, pensó con desesperación en los días necesarios para que aquella carta llegara.

Sin saber qué hacer, sin esperar ayuda de nadie, pasaba los días en largas caminatas: eran los mismos paseos de antes; pero, ¡cuán distintos! Ahora París se le presentaba con otra apariencia, acaso más real, que la que viera durante los primeros días. París no era una muchachita vivaz deseosa de parecer bien: París era un vampiro cubierto de afeites, que luego de secar a sus víctimas ya no les concedía piedad, ni burla siquiera. Y llegaron los días de miseria, lentos, uniformes; esos días en que hasta el sol ofende, por ser una fuerza triunfal ante la desesperación.

Como iba cada mañana al hotel impelido por la quimérica esperanza de que la respuesta a su carta se adelantase, consiguió inculcar confianza al «patrón», quien lo dejó dormir en un desván medio lleno de libros. La camarera, fiel en el infortunio, subía de noche, y sobre los textos científicos amontonados allí sabe Dios por cuál contingencia, Eulogio tomaba de su desdicha un desquite que, debilitándolo, se la hacía sentir más al día siguiente. Pasaba las mañanas amodorrado o leyendo libros de química, sin comprender; las polillas habían hecho pan corporal de aquel pan del espíritu, abriendo túneles al través de meta-

loides y precipitados, sin pararse a considerar si eran más estomacales los cuerpos simples que los compuestos. En escapadas durante las horas de servicio, la camarera subía a darle los cigarros hurtados en los cuartos, y al fumar Eulogio musitaba: «Mujer, libros, tabaco..., todo, menos comida» ... ¡Casi el ensueño de aquel maldito amo, a quien casi seguramente debía la desdicha de vivir!

Salía a media tarde, a esa hora en que las grandes ciudades tienen un misterio henchido de atractivos. Su empeño en conservar el aspecto burgués daba a su miseria algo de grotesco; marchaba muy erguido para parecer menos pobre. A veces tenía náuseas, vahidos; a pesar de la ayuda de la camarera, pasaba días en que sólo un pedazo de pan con mantequilla podía procurarse. La idea del suicidio se le ocurría a menudo con una solución final. Los puentes adquirieron para él un encanto enfermizo. Recordaba su pesadilla de Birmingham, y llegó a figurarse predestinado a finalizar su existencia en el río ceniciento, trágico en las noches, cuando lo agitan reflejos temblorosos y las luces lo profundizan semejando llamas de cirio. Poseído del terror, pero obediente a una fuerza dominadora, perma-

necía largos ratos en el puente de Alejandro: allá lejos las dos torres de Nuestra Señora limitaban el paisaje, a menudo nublado por el humo de los vaporcitos; el puente se cimbreaba al paso de los coches, y Eulogio, clavando la vista en el agua, meditaba: «París es artero; el Sena es un río de suicidas; este puente tan elástico es el mejor trampolín para dar el salto mortal...» E iba a ensayar una flexión, a concluir..., cuando una silueta de mujer o la fragancia de los álamos del jardín de las Tullerías traída por el viento le obligaban a golpear el suelo con el pie y a decidirse, casi a gritarse: «No quiero morir, no quiero morir».

Fué a una agencia de colocaciones y, después de preguntarle lo que sabía hacer, le dijeron que sólo tenían por entonces un empleo de portero en un cinematógrafo del bulevar de los Italianos. ¡Cuántas veces había ido él a recrearse a aquel cinematógrafo sin sospechar que en la puerta pudiera haber un drama! ¡Oh indiferencia culpable de los días felices! Había transcurrido un mes desde el envío de la carta a Taití y no venía la cablegráfica respuesta... Eulogio, pesaroso de habérsela dirigido a su madre, llegó a creer que el

Gobierno la habría interceptado. Cada noche, al llegar al hotel, preguntaba:

—¿Ha venido algo para mí?

Lo hacía por instinto y por seguir el consejo de la camarera, más ducha que él, que sabía que el mejor medio para evitar una pregunta era preguntar antes; pero él no esperaba que llegase nada. Por eso aquella noche, cuando el cajero le dijo que había estado un señor «muy bien» a buscarlo, Eulogio quedó atónito y miró al hombrecito cara a cara, hasta encontrar en los ojuelos mortecinos apenas entreabiertos detrás de los lentes, la convicción de que no era capaz de burlarse. Sometido a un interrogatorio, ya en presencia del amo, se supo por el cajero que el visitante era un empleado de la Banca *Geo Vatan et fils* de la calle Rívoli, y que había prometido volver al día siguiente.

Al concluir el servicio, la camarera subió con un pastel de jamón y una botella de vino. Estaba segura, como Eulogio, de que se trataba del dinero esperado. Eulogio lloraba de júbilo y ella le hacía ya las primeras peticiones para el día siguiente. El vino lo mareó en seguida, y se puso a cantar canciones de negros que ignoraba saber de memoria. La muchacha le exigió que jurara cum-

plir lo prometido: comprarle dos trajes en las *Galerías Lafayette*, un sombrero y un corsé de moda; faltos de Evangelios, Eulogio se lo juró sobre un libro de Química. Y cantaba, cantaba... La muchacha no hacía mas que preguntarle: «¿Y cuánto te mandan? ¿Verdad que haremos una buena *bombe*?». Eulogio se enfadó. Disputaron y se reconciliaron varias veces. El ruido debió llegar hasta abajo, porque los pasos del patrón se sintieron en la escalera. Al oírlos, apagaron la luz y todo quedó mudo. Sólo de rato en rato turbaba el silencio un autobús al subir, jadeante, la calle.

—Un momento, señor Valdés, y soy con usted.

El salón era verde, amueblado con sobria riqueza. Eulogio, sentado en el borde de la silla, veía al banquero firmar los papeles que un empleado le iba presentando. De tiempo en tiempo, el señor Vatan lo miraba de soslayo, y Eulogio, inquieto, trataba de ver en la superficie barnizada de un mueble si estaba mal vestido, si el cuello que le planchara la camarera se había ajado ya. Cuando concluyó de firmar, el señor Vatan, volviéndose hacia Eulogio, le dijo:

—Dispénseme; he querido concluir del todo para

que hablemos sin premura. Es la una... Usted me hará el favor de almorzar conmigo, ¿eh?

Y como Eulogio insinuara un ademán de reparo, el señor Vatan se puso de pie y descorrió un tapiz, dejando ver un saloncito en donde la mesa estaba servida. Su cara, una de esas caras redondas que acaban inesperadamente en punta, tomó un gesto jovial; sólo sus ojos conservaban la expresión ladina. Eulogio, desconcertado, lo siguió. Ya ante la mesa, el señor Vatan juzgó útil despejar la incógnita de la entrevista:

—Habíamos escrito a usted a Birmingham, proponiéndole que viniese, por nuestra cuenta, claro, para celebrar esta reunión. El señor Hohstkins, nos contestó —mire usted qué feliz casualidad—, diciéndonos que se hallaba usted aquí y dándonos las señas de su hotel.

Eulogio iba de sorpresa en sorpresa. No, no era del dinero esperado de lo que se trataba. Como si no advirtiera su embarazo, el banquero, luego de servirle vino del Rhin y de acercarle la bandeja de ostras, continuó:

—Voy a ser conciso; como sé que usted es muy inteligente...

—Gracias.

—Tengo la certeza de que vamos a entendernos... ¿Prefiere usted echarles pimienta? ¿No? Bien... Pues sí; nosotros hemos sabido el caso de usted; nos dijeron su situación en Europa, sin recursos; y nuestro empleado confirmó ayer, por referencias recogidas en el hotel, nuestra suposición... Nosotros, señor Valdés, estamos dispuestos a salvarlo. Sí; no se sorprenda... Como usted es persona capaz de comprenderme le diré que en nosotros hay, además del gusto de serles útiles, un interés. He lo aquí: acaso usted sepa que nosotros poseemos casi todas las acciones del ferrocarril oriental de Taití y que nuestro propósito es fundir la Compañía con la de Occidente, acaparar los ramales y dotar al país de una red de comunicaciones perfecta, base de la riqueza futura. ¿Comprende? Para ello se tiene planteada la emisión de... En fin, para no cansarlo con detalles técnicos: mientras en Taití reine la intranquilidad nuestro intento está paralizado y grandes intereses se perjudican. Como el nuevo presidente decretó la amnistía y nada se opone a que usted vuelva, hemos pensado en aprovechar su influencia decisiva sobre el partido... de su raza; sólo el elemento de color se muestra hoy díscolo: si usted lo pacifica hará un bien al país, y a nos-

otros... A usted se le alcanza que no es el momento de algaradas, que la nación está necesitada de paz, de ocasión de desenvolver sus medios, de... En fin, usted es hombre civil y de seguro se hace cargo.

Un criado de librea iba llenando las copitas de vinos diferentes para cada plato; el almuerzo fué excesivo. El señor Vatan amplió durante un rato su discurso hasta convencerse de que Eulogio se adhería a sus ideas. Con la razón un poco nublada en general, pero más aguda, más lúcida para profundizar ciertos pensamientos, Eulogio estimaba su caso... Era otra variante del tema de su vida, otra ocasión de ser instrumento de los demás. Al principio tuvo un impulso de rebelión; pero las privaciones habían hecho mella en su temple... Su sueño era regresar a Taití, deshacerse del influjo maldito de su padre, ser un pobre hombre, un pobre negro, vivir en el campo, vivir aquella vida antes incomprensible y calumniada, la única que los blancos le consentían vivir... Después del champán, al alargarle un habano, el señor Vatan le dijo, como si no tuviera importancia:

—Pero eso sí, señor Valdés, su decisión hemos de saberla hoy mismo... Hemos perdido ya bastante tiempo; usted comprenderá... Nosotros no re-

pararemos en sacrificios: sus deudas, el pasaje, una cantidad para la llegada, en fin... Necesitamos ganar lo perdido y poder dar garantías a nuestros accionistas... Precisamente mañana tengo que ir a Burdeos y le acompañaría con mucho gusto: el vapor para Taití sale el lunes de La Palice.

La nube del alcohol, disipada de súbito, le dejó examinar en un momento las dos soluciones; la negativa primero: ¿Qué le diría el dueño del hotel? De seguro lo expulsaría; y recordó las noches sin techo, el Sena sombrío y atrayente... Luego la otra: ¿Y qué perdía con servir los intereses de aquellos banqueros, que eran, además, los intereses del pueblo taitiano esquilado por las revoluciones, necesitado de paz bienhechora?... Sí, iría. Todos sus designios de retirarse de la vida pública se desvanecieron ante la idea de poder ser útil a los suyos. Sí, iría. Sólo puso la condición de que no se anunciara su llegada para dejarle allá unos días de reposo. El señor Vatan aceptó, le estrechó la mano, y, hombre práctico, pasó a ocuparse de los detalles económicos. ¿Cuánto debía? No valía la pena de avergonzarse... Los negocios son los negocios. ¿Dos mil duros entre todo? Bien, no era grano de anís; pero no importaba. Irían a pagar juntos al hotel.

No hay lección bastante dura para los ilusos. Don Quijote se crecía a cada revés, negándose a observar detalle alguno que contradijese su sublime quimera... Don Quijote es algo más que un hidalgo de los de lanza en astillero, galgo corredor y adarga antigua: Don Quijote es la idea del bien y del valor absolutos; y para el que tiene un germen de Quijote en su espíritu, las voces de Sancho son baldías. Eulogio no se detuvo a considerar que había estado dos días en París casi secuestrado, que iba de París a Burdeos como preso, sin poder desasirse ni un instante de su protector; no quiso parar mientes en que, saliendo el buque de El Havre, a tres horas de París, se eligió precisamente para embarcarlo el último puerto de escala antes de Taití; ni por un instante pasó por su idea la de que el señor Vatan le hubiera engañado. Si alguien hubiese ido a decirle: «El señor Vatan juega a la baja y es, desde hace tiempo, el autor oculto de todos los disturbios de Taití»; si alguien hubiera ido a decirle tal verdad, habría protestado de seguro. Al salir de La Palice, Eulogio Valdés suspiró diciendo adiós a las tierras inhospitalarias de Europa y, casi tendido en su silla extensible, se puso a contemplar el cielo... Y no sabía que por

aquel cielo iban ondas eléctricas, avasalladas para servir al bien y al mal como todas las conquistas del hombre, a anunciar a Taití su llegada.

Desde dos días antes de llegar el buque comenzaron a circular noticias capciosas: esas noticias que la Prensa llama rumores, y que tienen la virtud de crear una verdad con una mentira. Hubiera sido difícil designar la potencia oculta que las lanzaba; pero todos en Taití durante aquellos dos días dependieron de ellas. Bastó decir que se proyectaba un recibimiento con carácter de protesta por la actitud del anterior Gobierno en honor de Eulogio Valdés, para organizarlo y amedrentar a las autoridades. Desde por la mañana una multitud de negros llenaban los muelles. La Policía intentaba en vano contenerla. Era un alud que quebrantaba toda barrera y que, a veces, tenía en su centro torbellinos de erupción, como si hasta allí mismo se hubieran sembrado elementos para excitarlo.

Apoyado en la baranda de cubierta, Eulogio veía la franja de tierra delinearse aún distante. Poco a poco se precisaba la bahía; el buque cortaba el agua tersa; reían las banderas, reía la playa bajo el sol: hubiérase dicho que se podía andar so-

bre el mar. Los muelles se acercaban, se acercaban, y sobre ellos la muchedumbre tenía un vaivén y un rumor de oleaje. Al atracar el buque, Eulogio fué arrebatado por los suyos. Su madre, llorando, le dijo que su hermana estaba en cama de resultas de una fiebre puerperal. Todos querían verlo y abrazarlo a la vez. Se dieron vivas. Falta de organización, la multitud, al querer moverse, se atropellaba a sí misma. Se oyeron gritos, protestas, denuestos. Sobre la masa ondulante surgió de pronto un pendón subversivo. La policía, al sentirse impotente quiso multiplicar sus fuerzas, y entonces se originó el pánico. Voces dispersas se hicieron oír: «¡Nos asesinan!» «¡A defenderse!» «¡A defenderse!» «¡Viva Eulogio Valdés!» Sonó una detonación, otra, otras, muchas. Cuchillos esgrimidos con desesperación se enrojecieron. Las tropas, previamente acuarteladas salieron a la calle, y creyéndose atacadas por la muchedumbre que huía, la recibieron con una descarga. Desde el centro del grupo de íntimos, que había quedado solo en la explanada, Eulogio vió avanzar a los soldados y caer algunos junto a sí. Una voz de presentimiento le decía que por última vez estaba sirviendo de juguete a los hombres. Pensó en su madre, separada

LOS FRUTOS ÁCIDOS

de él en el remolino de la fuga. Más cuerpos caían a su lado. Oíanse toques de corneta y un galopar distante. La tropa, desplegada en una línea se detenía por momentos para disparar: una sierpe de fogonazos la surcaba, y después continuaba la marcha. Eulogio vió dos soldados apuntándole; quiso gritar, y ya no pudo... Junto a su cuerpo la tierra se esponjó con la sangre de tres heridas. Respiraba aún... Un sargento lo remató de un culatazo.

Cuando cinco horas más tarde se restableció la calma, un hombre bien vestido entró en la oficina de Telégrafos y pidió, con acento extranjero, un impreso de cablegrama sobre el cual escribió: «*Vatan fils Paris. Negocio hecho*».

LOS MUERTOS

Después de esto abrió Job su boca y maldijo su día:

¿Por qué se da vida a los de ánimo en amargura?

¿Que esperan la muerte y no llega, aunque la buscan más que tesoros?

Job, cap. III, vers. 1, 20 y 21.

I

¿FUE capricho o causa ignorada lo que impulsó a doña Emilia Gil a legar todo su capital para la fundación y el sostenimiento de un hospital de leprosos? Como carecía de parientes, nadie tuvo interés en averiguarlo. Al mes de abrirse el testamento, mientras varias cuadrillas de albañiles transformaban un viejo caserón, solitario a medio camino del campo de maniobras, tres médicos se disputaban ya la dirección facultativa, y antes de cumplirse el año el hospital hubiera podido funcionar, a no faltarle un pequeño detalle: los enfermos.

Y no es que dejase de haber leprosos en aquella ciudad tropical; pero el vilipendio que siempre fué aparejado a esa triste dolencia, la riqueza, la despreocupación del país y el aspecto de enterra-

dos en vida que desde la Edad Media tuvieron los lazarinos confinados en asilos, los ahuyentaban. Fué precisa para encontrarlos la batida incansable del albacea, del director y de los practicantes, temerosos de ver desvanecerse sus canonjías. Enfermos de primer grado nunca los hubo, y las salas, perfectamente pertrechadas para el tratamiento progresivo de la lepra, fueron envejeciendo y empañándose, sin que los espejos de estuco reflejaran la cara de ningún esperanzado de ver desaparecer de su piel las úlceras vejaminosas. Tres ancianos mendigos, ya carcomidos por el mal, un mozalbeta medio idiota que merodeaba por los muelles, y un campesino, arrebatado con engaño de su mísero huerto, fueron los primeros en ingresar. Después, muy poco a poco, llegaron nuevos parias que creyendo en la posibilidad de sanar, se sometían al principio de buen grado, y al ver transcurrir estériles los días, se rebelaban, forzando al personal a vigilarlos como si fueran presos. Algunas tardes, cuando, por azar, mientras estaban en el jardín, sentían el paso de un carro por el camino, para dar una válvula a su ira se ponían a gritar: «¡Eh... eh, el que pasal... ¡Nos tienen aquí secuestrados; dígalo en la ciudad!» Y el carrete-

ro, un poco temeroso, miraba a todas partes, hasta tropezar con el alto muro pintado de gris, igual que el muro de un cementerio, tras el cual se alzaban las voces.

Por previsión verdaderamente femenina de la fundadora, debía atenderse a los enfermos «con todos los adelantos de la Ciencia», y cualquier descuido comprobado debería bastar para destituir al director y a todo el personal responsable, incluso al albacea, si el Ayuntamiento estimaba, por mayoría de votos, que se había transgredido la voluntad de la testadora. Desde el día en que el obispo de la ciudad roció con agua bendita las paredes, se entabló un duelo entre los concejales, deseosos de acaparar aquella pingüe administración, y el albacea y sus empleados, que se defendían con las armas de la «profilaxia», las «fórmulas nuevas» y el «tratamiento racional». Del extranjero llegaba cada dos o tres meses un alud de libros que, después de amontonarse en arrinconados anaqueles, eran catalogados y abiertos en un solo día, cuando cualquier confidencia permitía temer una visita de inspección. En el régimen interior del hospital observábase una disciplina nunca relajada, que hacía más dura la existencia de los leprosos. Sus

habitaciones —una galería dormitorio, otra galería de reunión, un salón-comedor y tres cuartos más— estaban aislados de las habitaciones del servicio. La monja jamás entraba sino cubierta de un capuchón protector, y desde el primer día le pusieron el nombre de *El Coco*; el médico —un joven de mirada dulce y distraída— siempre encapuchado también, se dedicaba ocultamente a la vivisección; y como de tiempo en tiempo oíanse los gritos de los animales sobre que experimentaba, los leprosos, después de haberle bautizado con el nombre de *El Buzo*, lo confirmaron con el de *El Verdugo*. Una delación, hay quien supone que lanzada desde las altas ventanas de la galería y transmitida por algún viandante, promovió escándalo en la prensa, y el médico fué sustituido; pero el nuevo doctor, como los otros que le sucedieron, se siguieron llamando así. Y al cabo de algunos años, desaparecidos ya los primeros enfermos, nadie hubiera podido fijar el origen de aquellos motes; y se decía *El Coco* y *El Verdugo* sin mofa y sin saña, naturalmente, como si fueran nombres propios.

Nunca supieron las ocho o diez familias que se sostenían holgadamente en la ciudad a expensas

del hospital de lázaros las vicisitudes que tuvo la institución hasta consolidarse, ni la honda y mansa tristeza donde se sustentaba su bienestar. En épocas irregularmente repetidas era necesario al albacea emprender la caza de enfermos; una vez hubo en el asilo una rebelión sin consecuencias, según la nota oficial publicada, aun cuando un semanario de esos que aun defendiendo la verdad se hacen antipáticos por el tono procaz, afirmó que el médico y dos practicantes habían tenido que defenderse con revólveres de los leprosos dispuestos en un acceso colectivo de paroxismo a pasar sobre ellos para salir de aquella cárcel. Desde entonces la vigilancia fué más severa, y un tupido alambrado cubrió las ventanas. El jardín, antes limitado por las tapias exteriores, se redujo de área, y el portero, un hombre barbudo que temía tanto el contagio de los leprosos que casi los odiaba a pesar de vivir a sus expensas, tuvo la buena idea de no dejar salir a ninguno a las nuevas tapias del jardín, reservándose entre ellas y las antiguas una zona ancha, imposible de franquear, que vigilaba con implacable celo.

Al cabo sólo quedaron en el hospital los enfermos incurables: pústulas vivientes que paseaban

sus pobres almas prisioneras en la carne misteriosa e irreparablemente lacerada por la larga galería de reunión, en cuyo testero de honor el retrato de la fundadora, asomada a un marco de nogal, contemplaba con sonrisa equívoca la obra de su capricho o de sus ignoradas razones. Cuando de tarde en tarde había ejercicios militares en el campo de maniobras, las caras purulentas se achataban contra los cristales para ver pasar a los soldados. En el rápido desfile, los leprosos percibían detalles cuyos comentarios prolongaban días y días, satisfechos de poder juzgar hechos vivos; y cuando el desfile, igual que una goma incapaz de estirarse ya por exceso de uso, no permitía más comentarios, volvían melancólicamente a nutrir sus imaginaciones y sus necesidades críticas de los hechos que publicaban los periódicos; hechos tan distantes, tan difíciles de imaginar con sus contornos y sus propulsores de pasión, que se les antojaban fantasmas de hechos, lo mismo que eran sus vidas fantasmas de vidas.

Con los años, el retoque hecho al edificio se marchitó, y las paredes de la fachada se desconcharon, cual si también la casa se hubiera contagiado de la terrible enfermedad. De regreso del

jardín, los ojos, cansados de reflejar siempre los mismos horizontes, miraban desde la galería alta el campo, que adquiría bajo la sedosidad violeta del crepúsculo ese aire desmayado que sigue a los grandes excesos; toda la exuberancia lujuriosa del día trocábase en fatiga a esa hora. El sol, antes de ahogarse en el mar, suscitaba relámpagos en las cúpulas lejanas de la población; un silencio donde naufragaban los ruidos pequeños se tendía sobre la campiña; en la brisa se mezclaban el iodo y el salitre del mar con olores desconocidos y con la fragancia de jardines que los pobres ojos de los prisioneros no podían ver; y al caer la noche, el haz luminoso del faro, trazando una inmensa circunferencia, pasaba a intervalos regulares por el cielo: dardo glorioso y fugitivo que los leprosos hubieran querido detener siquiera una vez para hacerlo entrar por las ventanas y alumbrar el dormitorio con su luz lunar en el instante en que *El Coco*, apagando las lámparas de gas, gritaba con desabrida voz:

—¡A dormir, a dormir!... Mañana será otro día, si Dios quiere.

II

PERO Dios quería que el día siguiente fuera lo mismo. Nada podía venir de fuera a modificar sus vidas, ni siquiera una desgracia; y los manantiales interiores estaban ya exhaustos. Por las mañanas, en cuanto concluía la limpieza y el médico pasaba la visita, *El Coco*, que era entonces una monja joven de carácter jovial, dejaba caer sobre la mesa un periódico; y todas las veces, invariablemente, ocurría lo mismo: Remigio, dando con su manaza arrugada en el hombro de don Manuel, le decía:

—Vamos, don Manuel, a saber del mundo.

Menos los dos viejos que, indiferentes, se quedaban sentados en el poyo de cualquier ventana, los demás seguían a don Manuel y a Remigio; y agrupando las sillas de hierro charolado en torno

LOS FRUTOS ÁCIDOS

de la mesa, cada cual expresaba por dónde debía comenzar la lectura.

—A ver el artículo de fondo —decía Quico.

—Primero los ecos de sociedad —pedía Samuel.

—Los tribunales, los tribunales; hay que aprender de leyes —aconsejaba Juan.

Y Antoñito, pasándose por la frente la mano casi carcomida, decía siempre el último, con timidez:

—Lo mejor sería el folletín... si quieren ustedes.

Don Manuel se calaba las gafas de armadura antigua, cuidando de no lastimarse las llagas de las orejas, y respondía a todos:

—Bah, no insistan ustedes... De cualquier manera hemos de leer hasta los anuncios...

Luego, con voz que se hacía un poco asmática en los párrafos largos, comenzaba por una sección distinta a la primera leída el día anterior, y así iba atendiendo las preferencias de todos, alternativamente.

El estigma igualitario de la lepra y la comunidad de vida sedentaria, había concluido por darles ciertas semejanzas físicas. Todos eran gruesos,

de andar torpe; y bajo el pelo cortado al rape sólo el cráneo puntiagudo de Quico se diferenciaba de los otros. Hubiera sido preciso fijarse mucho para distinguir los ojos pardos y maliciosos de Juan, los melancólicos de don Manuel, los azules y hondos de Antoñito, que sugerían la idea de un cruzamiento de razas... Las llagas, las oscuras postillas, la carne envilecida y deforme, tendían a borrar las facciones; y excepto los dos viejos, los demás aparentaban una edad indeterminada, imposible de diferenciar. Antoñito, con sus dos piernas cercenadas por la lepra y el cuerpo preso en un cajón que cuatro ruedas ayudaban a ir de un lado a otro, se parecía, sin embargo, a Remigio, hercúleo, todo hecho una llaga, semejante a un titán castigado por Dios; el cuello demasiado ancho en la base y las manos finas de Samuel, contrastaban con las manos tuberculosas en forma de garra, de Quico; don Manuel tenía el busto un poco encorvado y los labios tumefactos y belfos; las comisuras de la boca de Juan hundíanse dolorosamente yendo a buscar las escrófulas del cuello; las canas amarillentas de uno de los viejos contrastaban también con el cráneo intonso del otro... Y a pesar de esto las diferencias se anula-

ban por la multitud de semejanzas dolorosas: un vello blanquecino los cubría a todos y a primera vista hubiera sido difícil distinguirlos. La monja nueva, al entrar por primera vez en las galerías y sentir el hedor mezclado con olores desinfectantes, tuvo dentro de su capucha antiséptica y dentro de sus tocas —en el corazón— una impresión de angustia hermana de la que producen algunos paisajes dilatados y áridos. Al salir y pensar en el cuadro de infortunio que dejaba detrás, no pudo recordar singularidades, ni siquiera el cajón con ruedas de Antoñito; parecía que una plaga de úlceras, de gangrenas, de gusanos, de irremediable podredumbre, había caído al acaso sobre los ocho hombres. Y comprendió de súbito la tristeza de aquellos seres que viniendo de caminos diversos habían concluido por parecerse, moldeados por un mismo dolor.

Y, sin embargo, ni aun allí la fuerza niveladora de la desdicha ante la cual hasta la forma material parecía haber cedido, lograba extirpar las diferencias espirituales. ¿Por qué llamaban don Manuel al lector, en vez de tutearlo como hacían los demás entre sí? ¿Por qué, no siendo en el hospital más que «otro leproso» conservaba vestigios de

una distinción cuya causa y magnitud ignoraban los mismos que se la conferían? Don Manuel no era altivo, jamás trató de acentuar aquel respeto; pero, a diferencia de sus compañeros que se habían contado innumerables veces sus historias, él callaba la suya y jamás, ni aun en las horas de confianza o exaltación, aludía a hechos anteriores a su entrada en el asilo, como si su vida hubiera comenzado en las tapias que lo separaban del mundo o como si, mejor aún, hubiera su verdadera vida terminado allí. Uno de los dos viejos, el más antiguo en la casa, refirió en secreto a los otros la llegada de don Manuel; así como todos habían sido llevados por engaño o por fuerza, sabiendo con anticipación los reclusos que iban a tener un nuevo hermano de cautiverio, la llegada de don Manuel sorprendió a todos, incluso a *El Coco*, al practicante y a *El Verdugo*. Ingresó una mañana. Iba bien vestido; y durante algún tiempo el cartero llevó cartas para él. Como era la única vez que se habían recibido cartas en el hospital, el viejo se acordaba detalladamente: las cartas llegaban los sábados al mediodía y venían en sobres azules... Pero un sábado la carta no llegó y don Manuel, paseándose intranquilo por la galería, acechó du-

rante varios días al cartero, que pasaba de largo hacia el campamento. Transcurrieron dos semanas y la excitación de don Manuel era tan grande, que tenía frecuentes arrebatos de locura; insultaba al cartero desde las rejas, persiguiéndolo con sus denuestos de una en otra, hasta verlo desaparecer; y por las noches rasgaban el silencio del dormitorio sus airadas voces amenazando de muerte a quienes le robaban sus cartas... Las fiebres lo postraron largo tiempo; sufrió delirios que eran como insuficientes ventanas abiertas sobre un pasado cruel, y al volver de la enfermería tenía ya en la mirada y en los ademanes aquella indiferencia, aquella renunciación, aquella serenidad que le daba sobre todos los otros un signo de supremacía.

Porque los otros no habían renunciado: la ilusión aleteaba rebelde dentro de las miserables carnes carcomidas. Había algo tristemente cómico en la sordidez del viejo de las canas amarillas, que guardaba celosamente, cosida a su jergón, una moneda de oro tan antigua que acaso no circulara ya... Remigio, con su cerebro abolido tal vez por las llagas del cráneo, había llegado a pensar con el vientre, única parte libre de úlceras en su cuerpo, y tenía de

continuo hambre... Samuel no hubiera cambiado por nada su espejo, y el júbilo tumultuoso que le animaba cuando las pústulas de su cara, cual volcanes momentáneamente apagados, dejaban de supurar, permitiéndole creer que se encontraba guapo, era también pueril y triste. Samuel era el único que conservaba viva la sensualidad en el aislamiento y bajo el régimen austero de la casa; conocía de nombre a todas las damas y actrices citadas por los cronistas de salones, y en las noches de primavera, en sueños, las damas más virtuosas y las actrices más exigentes acudían a dar una limosna de amor al pobre leproso... Su pensamiento estaba siempre lleno de visiones femeniles: veía en sueños y en ensueños carnes tibias, carnes lechosas, carnes alabastrinas, carnes nacaradas, carnes turgentes en las que se insinuaba un vello sutil haciéndolas parecer frutos humanos. Y cuando después de estos festines ponía los ojos en sí mismo, el espectáculo de su carne envilecida lo conmovía hasta hacerle brotar las lágrimas... Quico, el gran Quico, tan sano espiritualmente a pesar de su lepra, tenía el romanticismo de la patria: execraba o adoraba a los políticos al través de las interesadas mentiras de los periódicos, y

cada vez que algún abogado, saltando en el trampolín de la elocuencia, iba del bufete al Congreso, Quico lo acogía como a un «Mesías» de la cosa pública, y aseguraba que «aquél sí que iba a meter al país en vereda...» Juan era el inconforme, el díscolo, el que hablaba todavía de organizar una rebelión como la de antaño, y escribía de continuo quejas y denuncias; su espíritu malicioso permitíale sospechar los puntos venerables de la institución, y con instinto de curial iba tramando suposiciones, guardando argumentos acopiados dispersamente de un periódico en otro, para aplicarlos al caso concreto del hospital; su venganza consistía en repetir a *El Verdugo* una frase de Molière despectiva para los médicos aprendida nadie sabía dónde, y en decir blasfemias delante de la monja... El dulce Antoñito hablaba tan poco, que hubiera sido difícil juzgarlo por sus palabras; era metódico, servicial, tierno; gustaba de pasar largos ratos solo, mirando el cielo o el mar distantes. La realidad hablase mostrado tan dura con él, que prefería interesarse por los seres de quimera; los otros se burlaban porque, habiéndose formado un mundo con los personajes de los folletines leídos en tantos años de reclusión, Antoñito

discutía sus palabras y hechos con cándida seriedad, cual si fueran de seres vivos. El otro viejo no era nada ya: carne que se conforta al sol y rezuma los humores malignos, cuerpo que apenas gozaba del reposo del sueño presintiendo el sueño interminable que pronto iba a regalarle la Muerte.

Desde hacía muchos años vivían juntos, y se sobrellevaban, se querían; si algunas veces reñían, era más bien por distraerse. La tarde en que la nueva hermana entró en el hospital ocurrió una disputa seria. Sor Eduvigis debía ser joven; no es que sus ojos luminosos tras la capucha, ni que su voz algo ceceante, ni que la presteza de sus movimientos permitieran asegurarlo; y a pesar de eso, por ese efluvio simpático que se exhala de los pocos años, al salir, después que el doctor la presentó a todos, la juventud de la monja fué lo único en que los leprosos se pusieron de acuerdo.

Don Manuel opinó que la causa de aquella irritabilidad de las monjas anteriores era la vejez, pues no se avenían a soportar sobre sus propios achaques los de sus enfermos. Todos asintieron, pero Juan afirmó rotundo que la nueva hermana sería remolona y picajosa como la que acababa de irse; y Samuel entonces salió a contradecirle, afeán-

dole el murmurar de ella sin haberla casi oído hablar.

—Tú tampoco la conoces, y ya la defiendes —agregó Quico—; eso de que nos cuidará como a hermanos, lo dicen todas; es una especie de manifiesto electoral. Hay que ver luego lo que da de sí en el poder.

Sin querer, Antoñito encontró la disputa diciendo:

—De todos modos, Samuel tiene razón: más vale suponerla buena.

—La primera vez que entre aquí, va a oír mis opiniones sobre toda la corte celestial, repuso ya rabioso Juan.

—Tú todo lo arreglas con palabrotas —concluyó Samuel—.

Las manos de garra de Quico se crisparon un poco. Samuel había enrojecido, y en torno a sus pústulas casi secas, aparecieron de pronto ampliificaciones moradas; Juan, apercebido en actitud felina, clavaba en Quico y en Samuel sus miradas oblicuas y pérfidas; don Manuel quiso calmar los ánimos y usando de su autoridad aconsejó:

—Lo mejor es dejarse de camorras y esperar. Si nos formamos en un solo día opinión, y riñen

ustedes y hacen luego las paces, habremos agotado lo único que el nuevo *Coco* puede darnos: un motivo para varias conversaciones. Con atribuirle buen o mal genio no vamos a mejorarla ni a empeorarla.

Poco antes de la hora de comer volvió a entrar la monja, y con mucho donaire comenzó a interrogar a todos y a interesarse por cada uno, preguntándoles sus nombres, sus pueblos, la época en que habían descubierto su enfermedad... Debían de haberle ya advertido que había un anticristo en la casa, porque al preguntar a don Manuel y ver el silencio ceñudo con que pagaba su interés, le dijo con risueña voz:

—Ya sé, ya sé... Nunca es tarde para acercarse a Dios, y yo estoy dispuesta a servirle de puente. ¿Que usted no quiere nada con santos, curas y monjas? Pues yo sí con usted. Verá cómo me tiene que dejar por imposible y cómo resultamos buenos amigos.

La equivocación hizo reír a todos. Samuel no pudo contenerse más, y aclaró señalando a Juan:

—No es don Manuel quien se come los santos crudos, es éste.

Hubo un silencio que parecía hecho a la medi-

da para que Juan colocara su ofrecida blasfemia; pero Juan se abstuvo y bajó los ojos. La monja, dándose cuenta del círculo de simpatía que se agrandaba en torno de ella, siguió:

—Y para que vean que yo también necesito de ustedes, quiero empezar pidiéndoles un favor; sé que a todas las hermanas las llaman *El Coco*, y yo, a la verdad... No es por presunción ni vanidad, que el Señor me libre; pero una servidora no desearía ser para sus hermanos enfermos lo que un espantajo para los niños.

Aquello era tan inesperado, que hubo un silencio de estupor; después de consultar a todos con la mirada, don Manuel preguntó en voz baja, molesto por oír castañetear los dientes de Juan:

—Usted nos dirá cuál es su gracia, hermana.

—El señor director lo ha dicho: sor Eduvigis.

Samuel y Antoñito repitieron: «sor Eduvigis», «sor Eduvigis». Quico lo dijo después, y el nombre fué de boca en boca hasta ir a embotarse en el rincón donde rezongaban los dos viejos.

—¿Verdad que es usted joven, sor? —dijo de pronto Samuel, ruborizándose.

—Así, así.

—No llega usted a los treinta, eso se ve.

—Que Dios le conserve la vista... Si soy joven, más años tendré para servir a los pobres... Ea, a comer. Mañana voy a traer libros para que se distraiga el que quiera.

Por la noche, en el dormitorio, se comentaron de cama a cama las amabilidades de la nueva sor, y se decidió solemnemente no llamarla *Bi Coco*. Exaltándose con la esperanza de recibir un poco de afecto y de cuidado espiritual, la adoraban ya y le atribuían las cualidades que cada cual estimaba mejores:

—Ahora vamos a comer bien —decía Remigio.

Ha dicho que va a traernos libros: serán novelas, afirmó Antoñito.

—¡Tan joven, y ya metida entre nosotros! Sabe Dios qué desengaños... ¿verdad? —suspiró Samuel.

—Tiene una voz que me recuerda a...

Era don Manuel quien había hablado, y todos se detuvieron un instante, esperando en vano que la evocación se completara; después, Samuel no pudo dejar de decir:

—Y debe de ser bonita; tiene que serlo.

Juan que los oía furioso, en silencio, se puso a roncar para que lo creyeran dormido.

III

POR desgracia, la biblioteca de sor Eduvigis se agotó pronto, y el tedio, expulsado durante unos días, volvió. Además aquellas lecturas no eran agradables a los leprosos. ¿En qué iba a disminuir sus penas el saber que la hermana de Moisés fué la primera castigada por Jehová con el azote de la lepra? Job, Naaman, Epulón, Lázaro, pasaban por sus imaginaciones sin abrir las fuentes de la ternura y del consuelo, como dolores demasiado lejanos, casi fabulosos. La idea de que la dolencia que los abrasaba era un castigo, producíales un sentimiento de protesta; hubieran preferido la lepra interior de que hablan las Escrituras; y no teniendo faltas horrendas sobre la conciencia, consideraban injusto que otros pasearan gozosos por la vida la carne sin mácula. Unas veces sor Edu-

vigis les contaba cómo en la Edad Media, al aislar a los leprosos en chozas situadas lejos de los poblados, echaban sobre el techo de sus nuevas viviendas un poco de tierra del cementerio, símbolo cruel de que acababan de morir; describíales las ceremonias anteriores al aislamiento y el triste son de la campanilla que anunciaba a los terribles justicieros que venían a arrebatarnos para siempre al amor de los suyos, la capucha negra con que cubrían la faz del lazarino, el desesperado y atónito mirar del infeliz obstinado tal vez en fijar en su retina la imagen de la sociedad que lo repudiaba; y, al fin, en contraste con la medida implacable de las autoridades civiles, les recitaba las conmovedoras y balsámicas palabras de la iglesia: *Sic mortuos mundos, vivas interum Deo.*

Otras veces les leía antes de la hora de recogerse, el martirologio de los consagrados a aliviar el mal: San Francisco de Borja, San Pedro Claver, Santa Isabel de Hungría, Santa Catalina de Sena... Y a pesar de su solicitud, estas lecturas de la hermana no eran simpáticas: ni siquiera Antoñito acendrabá la miel espiritual de aquellas vidas consagradas a sus hermanos de podredumbre. El duque de Gandía, desolado ante el féretro donde los

gusanos mostrábanle su amor convertido en carroña, le interesaba más que San Francisco; y las mansas heroicidades del padre Damián o del reverendo Beyzin les impresionaban menos que las leyendas de San Julián el hospitalario, que la caridad sublime del Cid quitándose el guantelete para estrechar la mano de un leproso. En su entusiasmo caritativo, la monja no lograba explicarse el desvío con que sus lecturas eran escuchadas; donde ella gustaba poesía, abnegación, veían ellos únicamente un trasunto de sus dolores; todo cuanto tratara de la lepra estaba demasiado dentro de ellos, y preferían a las lecturas místicas la del periódico, eco de la vida sana y múltiple de que estaban para siempre expulsados.

Mas había una cosa que les hacía desear las lecturas de sor Eduvigis: su presencia. La primera vez que, para leer, se quitó la capucha advirtiéndoles que no lo dijeran al médico ni al practicante, una emoción de curiosidad, de oscura gratitud, paralizó a todos. El mismo Samuel hubo de reconocer que sor Eduvigis no era bonita, y, sin embargo... El óvalo de la cara espiritualizado por la toca, hubiérales parecido lacio, casi sin vida, a no ser por la luz con que lo iluminaban los puros ojos in-

fantiles: ojos sin sexo, castos como el agua, que copiaban una de esas almas a las que es forzoso querer con el alma, sin intervención de ningún sentido. Hasta los dos viejos, apartados siempre del grupo, cesaron de rumiar sus inconformidades y volvieron hacia ella sus rostros. ¡Hacía tantos años que no veían una cara de persona sana cerca de ellos!...

Al día siguiente don Manuel le pidió, en nombre de todos, que no volviera a quitarse la capucha... «Ellos lo agradecían, lo agradecían con toda el alma; pero... Había médicos que aseguraban que no era contagioso, y en cambio otros... Serían aún más desgraciados si, por un exceso de bondad, por no ceñirse a las instrucciones de «El Verdugo» y del practicante, se enfermaba del mismo mal que ellos». Al oírlo, un escalofrío agitó las tocas de sor Eduvigis; mas la voluntad y el corazón se sobrepusieron al instinto, y bajo los ojos infantiles entreabrióse la boca, sonriendo:

—Ojalá pudiera haber en esta casa menos ciencia y más religión; aquí la caridad toma demasiadas precauciones; no es murmurar, que Dios me libre... Si quieren que seamos buenos amigos, déjenme con mi capucha quitada y no hablen de eso.

Fueron dos meses dulces; hasta el mismo Juan lo reconocía. Nunca hubo en la casa aquel sosiego; las ordenanzas se cumplían, en apariencia, como siempre: la misma limpieza, la misma alimentación, el mismo método inexorable; pero el espiritualismo que sor Eduvigis sabía infundir a las labores más prosaicas, hacíanlas leves, dignas. Aun cuando el destino, tal vez para no acostumbrar mal a los leprosos, quiso en compensación de este bienestar, que sus dolencias se agravaran, ellos estaban contentos, contentos. Ya Remigio no hallaba mal todas las comidas, ni paseaba como fiera enjaulada cuando granos purulentos le nacían debajo de la lengua impidiéndole hablar y comer; la oreja derecha de Quico había comenzado a desprenderse, y una de las úlceras de Samuel, al cicatrizar, había formado un desnivel profundo en la cara. El hedor era más repugnante en la galería donde pasaban la mayor parte de las horas. Antoñito no lo dijo a nadie, pero la piel de sus manos se tornaba rugosa, como si los miembros se calcinaran o se desmoronaran dentro de ella: ¡y era el mismo ardor que había sentido un año antes de que la lepra hubiera empezado a robárselos pedazo a pedazo, en aquellos pies con los que hubiera anhelado co-

rrer tantos caminos! Los dos viejos desaparecían bajo los vendajes; las postemas del de el cráneo rapado segregaban con el calor gotas de pus, y en cuanto sor Eduvigis lo descuidaba un momento para atender a otro cualquiera, las gotas se juntaban, caían en un hilo viscoso a lo largo del cuello, y había siempre una mosca tenaz cosquilleándolo, mortificándolo. Por eso, aunque les disgustaba oír-la leer todo lo relacionado con su mal, no se atrevían a insinuarle el gusto con que escucharían otras lecturas, y se resarcían viéndola, arrullándose con las cadencias de su voz, tratando de olvidar el sentido de lo que leía.

Al llegar el Viernes Santo no sintieron, como otros años, el inmenso vacío que dejaba en el día la falta del periódico, y las horas en que se paseaban sin saber qué hacer, gustando a costa de sentirse aún más desaventurados el romper un día la monotonía de sus costumbres, sor Eduvigis supo hacerlas livianas con su charla; Juan no exigió carne, según su costumbre, ni Remigio se permitió sobre la virtud nutritiva de las comidas de vigilia las cuchufletas que tanto incomodaban a las otras monjas. Para cada uno tenía sor Eduvigis un cuidado especial, una palabra evocadora que iba a

despertar ideas dulces y frescas dormidas en el alma. Samuel aseguraba: «Es la mujer más buena del mundo», y Juan: «Ésta sí que es una santa, y no esos mamarrachos que plantan en los altares»; Antoñito decía que era como si hubieran puesto una fuente en la galería. Y esta idea tan abstracta, encerraba algo del pensamiento de todos. Por las mañanas, en vez de aferrarse al sueño como antes, se despertaban antes de que ella entrara a llamarlos, para no dejar de verla ni un momento.

Pero de súbito aquel paréntesis de dulzura volvió a cerrarse. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué al ardor caritativo de los primeros días, al deseo de estar siempre con ellos, sucedía un acelerado entrar y salir? ¿Qué le habían ellos hecho para que rehuyera hablarles y no se quedara ya a mortificarlos gratamente con aquellas lecturas que ahora echaban tanto de menos? Un sombrío marasmo tendióse sobre la galería. Al verla llegar sólo en los momentos precisos, recordaban las pláticas inflamadas de celo e impregnadas de virginal maternidad; y sus llagas, al sentir el alivio de los cuidados materiales, hacíanles notar la falta de aquel anhelo fervoroso —bálsamo del alma— con que trataba de sustituir la mansedumbre y la resignación por

una alegría sana, pura, prístina luz del espíritu libre de las preocupaciones de la carne. En vano se mostraron sumisos facilitándole sus labores: cada vez sus entradas eran más rápidas y, al través de la capucha que ahora cubría siempre la cabeza, ninguno podía adivinar la angustia de la monja, nostálgica también de la comunidad anti-higiénica y caritativa de antes. ¡Ella que había soñado con captar para Dios el alma de Antoñito, con apartarlo de los folletines y aprovechar las ascuas de su imaginación para quemar en ellas el sagra-do incienso de la fe!

Todas las tardes, a la hora en que acostumbraba a leerles vidas de santos y pasajes de la Biblia, las miradas convergían hacia la puerta por donde sor Eduvigis podía venir; no se decían nada con los labios; pero los ojos repetían de uno a otro la misma interrogación: ¿Vendrá hoy?... Era un rato de espera saturado de anhelo, de esperanza, de desesperación creciente. Al fin, cuando la luz comenzaba a menguar, Remigio se alzaba de su asiento y a grandes pasos recorría la sala refun-fuñando que cada vez retrasaban más la hora de la comida; los otros aun permanecían un rato sin hablar, ensimismados, hoscos. Los viejos rezonga-

bar. en su rincón y Antoñito pedía a Quico que subiera su carrito al quicio de una de sus ventanas desde donde, empinándose, veía a lo lejos, hacia el lado del mar, los mástiles de los navíos fondeados en el puerto, y hacia el otro lado el camino de humo que un tren iba trazando sobre el verdor ya sombrío del campo; y aquel camino y aquellos mástiles le sugerían ideas de aventuras, y sus pobres muñones se agitaban sobre la tabla del carrito, como queriendo estirarse, hacerse piernas otra vez, llevarlo por el mundo...

Una tarde, al cabo, en esa hora del crepúsculo en que las almas se tornan más agudas, los leprosos exteriorizaron su dolor. Don Manuel manifestó de pronto sus temores de que alguno hubiera dicho algo desagradable a sor Eduvigis; y como todos estaban pensando en lo mismo, la conversación no pareció iniciarse, sino continuar. Ya dos o tres veces Juan había sentido sobre sí el el mirar acusador de Quico, y ahora, incitado por la idea de don Manuel, Remigio lo acusaba concretamente:

—Eso ya me lo veía venir yo.

—Le habrás soltado alguna palabrota de las tuyas.

—La culpa tenía que caer sobre mí, claro... De-

masiado saben todos que ni siquiera hablo cuando entra, para no dar pretexto... Más valía no echar culpas a nadie y pensar que ella no está leprosa como nosotros, que es joven y que el entusiasmo de los primeros días no podía durar; eso es.

—Quizá tenga razón Juan —dijo don Manuel. Y Quico, con voz cavernosa:

—Eso es como un político que entra prometiéndolo, prometiendo y luego hace igual que los otros.

Los ánimos parecían haberse apaciguado y el silencio sobrevino otra vez; cada uno prolongaba en su mutismo las opiniones, atribuyendo el desvío de sor Eduvigis a alguna indiscreción o chisme de otro. ¿Pero de quién? Sólo Samuel se reprochaba, con conmovedora vanidad, sus miradas amorosas, sus palabras vulgares henchidas de elogio sensual a la hermana... ¿Las habría notado y era esa la causa del desvío? No se daba él mismo cuenta de que la lepra ponía sobre su exuberancia de lascivo un pudor que velaba las intenciones y alejaba de quienes le oían toda sospecha. Constreñido a un espiritualismo carnal, tenía necesidad de estar enamorado; primero lo estuvo de una mujer que todas las tardes pasaba por el

camino con una cesta; la distancia le borraba las facciones, y sin embargo él las creía verlas, las perfeccionaba con el deseo, y cuando un día la mujer, sabe Dios por qué, dejó de pasar, Samuel sufrió y tuvo en su mente imputaciones de quimérica ingratitud. Esa herida cicatrizó en su alma más pronto que las llagas de su rostro, y nuevas floraciones dieron aroma de pasión a su ser: se enamoró de una dama aristocrática, cuya belleza y distinción alababan mucho los periódicos; la seguía, al través de las crónicas de salones, a bailes, a fiestas; y con esa injusticia de los hombres, que ha merecido el nombre gráfico de ley del embudo, le era infiel, cuando sus veleidades sensuales lo impulsaban, con otras damas tan desconocidas como ella, tan incorpóreas para él como ella... Tal vez esas damas sintieron alguna noche, en el hondo silencio de las alcobas, el fantasma de una caricia vagar por su carne, y creyeron soñar sin saber por qué, sin saber con quién, sin saber que la fuerza de un deseo lejano las acariciaba... Ahora una nueva llama, más palpable, amenazaba asolar el huerto de las pasiones de quimera; por ley fatal, Samuel se enamoró de sor Eduvigis, y como él sentíase abrasado, le era inconcebible que quien tal incendio pro-

ducía pudiera pasar junto a él fríamente, sin advertirlo. Por eso, en el silencio pensativo de sus compañeros, sólo el pensamiento de Samuel era temeroso, acusador... y un poco halagador también. ¿Habría notado sor Eduvigis?... Desde lo alto de su atalaya Antoñito contestó á la muda interrogación de todos:

—No, no es por nada de eso... Yo tengo la seguridad de que hay algo oculto en que nadie ha pensado.

Todos se levantaron y fueron hacia la ventana, casi coléricos, exigiendo que Antoñito aclarara el misterio esbozado en su frase:

—¿Es que tú sabes algo?

—No, no.

—Sí, tú sabes algo, no lo niegues.

—¡Hay que decirlo!

—Es un presentimiento: lo juro.

Una excitación de locura turbaba a todos. Remigio, haciendo un esfuerzo que hizo asomar a las cicatrices de su rostro una sangre violácea, casi negra, cogió con las dos manos el carrito de inválido y lo alzó amenazadoramente:

—¡Di lo que sabes, o te estrello!

Antoñito clamaba entre protestas de ignoran-

cia. De pronto, cambiando su expresión de terror por otra exasperada, exclamó:

—¡Tírame de una vez, fuerte, contra el quicio!
¡Ojalá quel...

Uno de los viejos murmuró:

—Déjalo: ¿qué ha de saber el pobre?

El otro viejo ni siquiera se había movido: hie-rático bajo sus costras ennegrecidas, no oía ya las voces del mundo. El grupo se deshizo; una ráfaga que vino del mar devolvió la calma perdida. Remigio, después de colocar dulcemente el carrito en tierra, puso su manaza en el hombro de Antoñito, y le dijo con su voz adusta, enternecida:

—Delante de todos te pido perdón, Antoñito...
Tú sabes lo bruto que soy.

Antoñito tuvo que dominarse para no llorar; sentíase orgulloso, feliz. ¡Aquello era casi una aventura! En la conciencia de todos había ya surgido la certeza de que el inválido no sabía nada; y Quico, para concluir con el malestar de la escena, propuso:

—Hay que saber lo que tiene la monja, y lo mejor es preguntárselo.

Como siempre, fué don Manuel el comisionado

para hablar en nombre de todos. Cada vez que entraba la Hermana un silencio expectante surgía, y veían inclinarse a don Manuel, veíanlo remover los labios tumefactos...; pero la monja volvía a marcharse sin que las palabras hubieran sido dichas, y ninguno osaba reprochar la sentimental cordedad.

Una mañana, a la hora de la cura, como sor Eduvigis se quitara con impremeditación uno de los guantes de goma para hacer mejor el vendaje, el practicante le advirtió:

—Recuerde usted que el doctor no quiere mimos ni tonterías; esto no es un asilo, sino un hospital, y hay que hacer las curas como manda la Ciencia.

—Bien, bien. Cualquiera tiene una ligereza, cristiano.

—Daré parte al director; es mi deber.

Fué Quico quien oyó esta disputa, y la contó en seguida a los demás. Por la noche, al entrar la Hermana, don Manuel le habló al fin:

—Nosotros quisiéramos disculparnos con usted, sor Eduvigis, por haber pensado que estaba cansada de ser buena con nosotros; hoy hemos sabido que no es usted, sino...

Los demás no pudieron ya contenerse, y empezó el rosario de lamentaciones y amenazas:

—¡Son el practicante y *El Verdugo*, que no quieren que se nos trate bien!

—Nosotros fuimos los primeros en decirle que no se quitara la capucha.

—¡Un día voy a coger yo por el cuello al practicante, y!...

—¡Callen, callen por Dios!

—Ya decía yo que usted no podía ser igual que las otras.

—¡Tienen miedo de que nos insubordinemos y de que haya aquí un plante, como ya hubo una vez!

—¡Es envidia porque nos mira usted con buenos ojos!

—Si usted quisiera llevar una denuncia que yo escribiera a los periódicos...

Tras de la capucha los ojos atónitos de la monja veían las caras hostiles de los leprosos; y como no sabía qué decirles, poco a poco se iba retirando hacia la salida. De súbito, cual si hubiera hallado la puerta por donde escapar a la indignación afectuosa de su rebaño, dijo:

--Por charlatanes, no saben aún una cosa im-

portante... Déjese usted de protestas, hermano Juan... ¿Se calla? Pues oigan y alégrense: Mañana tendrán a un nuevo compañero que el Señor les envía... Es un niño: tiene siete años y se llama Ramón.

IV

RAMÓN llegó por la mañana; era enteco, apenas si representaba seis años; entró de la mano de sor Eduvigis, que lo presentó a todos.

En el primer momento la acogida fué silenciosa: temían exacerbar la extrañeza y el dolor del niño, y casi no se atrevían a acercarse a él. Ramón los miraba con recelo, sorprendido de que su calvario concluyera allí. En las pantorrillas sarmentosas veíanse ya las huellas del mal, y bajo la boca un grano le supuraba constantemente. Tenía la cabeza desproporcionada, grandísima: al inclinarla parecía que el cuello, harto fino, iba a quebrarse, y esto hubiera sido grotesco a no ser tan triste. Poco a poco empezaron a hablarle; él respondía despacio, muy serio, fijándose mucho en las palabras, temeroso de decir algo inoportuno. Durante

todo el día oprimió contra el pecho, con aire obstinado, un carrito de hoja de lata que le regaló sor Eduvigis; pero por la tarde, cuando el sol dejó de alumbrar la galería y las sombras, naciendo en los rincones, empezaron a echar hacia fuera la claridad azulosa del crepúsculo, el niño soltó el juguete y rompió a llorar. Lloraba con desolación, con un llanto que no parecía llanto de niño; y fué estéril que aquellos hombres, olvidados de su propia desdicha, se arrodillaran para consolar mejor el desaliento de la criatura... Remigio le prometió que él pediría herramientas y le haría un carro muy grande; Antoñito quiso adormecerlo con un cuento, y Quico le hizo de periódicos viejos un gorro y varias barcas... Pero resultaban inútiles todos los cuidados, todas las reflexiones. El viejo de las canas amarillas fué entonces a su colchón y trajo con misterio la moneda de oro, diciéndole que al día siguiente iban a gastarla íntegra en juguetes. Ramón lloraba sin consuelo, con la oscura conciencia de que por muchos juguetes que le dieran no podrían resarcirlo de los dos juguetes vivificadores que acababan de arrancarle para siempre: el sol y la libertad... Y los pobres leprosos rebuscaban en sus almas las mejores palabras de ternura, pala-

bras casi maternas: don Manuel le llamaba Ramoncito; el viejo, mi nieto, y Remigio y Quico, «rapaz»; y Antoñito lloraba en silencio sin querer oír otra voz que la de su alma inconsolable. Cuando después de la cena el sueño lo venció, todos rodearon sigilosos su cama. El niño respiraba blandamente; a ratos se percibía en su respiración un olor nauseabundo; sobre los párpados los caminitos de las venas corrían abultados. Juan inició los comentarios en voz baja:

—¡Más le valía no despertar nunca!

—¡Sabe Dios de dónde vendrá y cuánto tendrá ya sufrido!

—¡Desde hoy ya tenemos por quién mirar!

—Y desde hoy nada de llamarle Antoñito a éste; aquí no hay más Ramoncito que el niño.

—Sí, sí...

Al otro día el viejo entregó a sor Eduvigis la moneda de oro, y la galería se pobló de animales de cartón, de carros, de automóviles, de barquitos. Samuel y el inválido eran los predilectos del niño. A medida que adquiría confianza, contaba su vida: venía de una ciudad del interior, en donde estuvo en un asilo; cuando le preguntaban cuántos años hacía de aquello abría muchos los ojos y quedaba

indeciso, esforzándose por precisar sus recuerdos; mas sus recuerdos se amortiguaban hasta confundirse con imaginaciones irreales, y las figuras de los padres que lo habían expulsado negándole el nombre y la tibieza familiar, adquirían formas tan flotantes, tan inciertas, que no osaba hablar de ellos. Un día, en el asilo, le salieron unos granitos en la barba, y como no se le cerraban a pesar de las curas, lo pusieron en observación; varios médicos fueron a verlo y discutieron ante su cama; después, sin dejarlo despedir de sus compañeros, lo llevaron a la estación y allí lo entregaron al practicante... Todo esto lo fueron sabiendo poco a poco, desentrañándolo de los relatos inconexos... En los primeros días el entusiasmo por servir a Ramoncito era tal, que se originaban disputas; el viejo creía haber comprado con su oro la predilección del niño, y al ver que éste prefería a todos los juguetes arrastrar a Antoñito en su carro, se incomodaba; Antoñito era, por virtud de la fantasía infantil, tan pronto caballo como automóvil o tren, y las ventanas eran estaciones ante las cuales el tullido lanzaba repentinos silbidos que asustaban al niño y hacían reír a todos. Quico y Remigio se ponían a andar a gatas para que Ramón cabalga-

ra sobre ellos; pero la novedad sólo lo atraía un rato: después volvía a sus juegos favoritos. Sólo a Samuel le mostraba antipatía, porque éste le preguntaba a solas por su madre, hostigando su memoria, obligándole casi a recordarla; y, sin poder explicarse por qué, aquello hacía sufrir a Ramón...

Ni una vez entraba Sor Eduvigis que no los hallara jugando: don Manuel era el encargado de contar cuentos; Remigio lo paseaba sobre los hombros; Quico lo llevaba a horcajadas sobre las espaldas, saltando y piafando como un caballo; Juan le proponía acertijos... Y sor Eduvigis bendecía la llegada del niño, que así apartaba de ella la atención. A veces Ramón preguntaba cosas difíciles de contestar, curioso del por qué de todo, acorralando de pregunta en pregunta a don Manuel, que era quien mejor le respondía, hasta obligarlo a un: «Eso sí que no sé decírtelo, hijo». Una tarde, durante la cena, preguntó:

—¿Aquí en esta tierra nunca es domingo?

—Sí; pasado mañana —dijo Juan.

Entonces el niño se puso a palmotear de alegría, gritando:

—¡Qué bien, qué bien... Van a sacarnos de paseo como allá!



La inocencia y el sarcasmo de aquella alegría cayeron sobre el alma de todos. ¡Salir de paseo! No, nunca más vería otras paredes ni respiraría otro aire ni vería otro horizonte; era peor que el preso, que se engaña con la esperanza de ver los días que le faltan para cumplir su condena correr más de prisa que los ya pasados. ¿Cómo decirle esto a Ramón? Habría que fingir para el niño un nuevo calendario, donde el domingo se fuese alejando, alejando indefinidamente, hasta el día en que cara al cielo, bajo las tablas del ataúd, saliese a pasear el cuerpo rígido, mientras el alma, cansada de haberlo soportado tantos años, fuera delante posándose en las flores, recibiendo el beso de las brisas, queriendo prolongar sus alas para abrazar al mismo tiempo todas las cosas... «Nunca más, nunca más»; estas dos palabras adquirirían en la conciencia de los leprosos su infinito sentido negativo. ¡Nunca más! Y no se atrevían a mirar a Ramón, asustados de que pudiera leer en sus ojos... Ni siquiera Remigio comió con apetito aquella noche.

Con el paso de los días el cariño a Ramón fué serenándose y los antiguos hábitos volvieron. La monja, algo olvidada durante aquel tiempo, ocupó

otra vez el primer plano de la atención. Nada podía resarcirlos de los cuidados, de la intimidad, del afecto perdidos. En el fondo sentían respecto al niño un dejo de decepción; y no es que lo quisieran menos, casi al contrario: es que también Ramoncito llegó a adquirir la pátina sepulcral, a perder el atractivo misterioso de cuanto venía de fuera, del mundo. Era su mismo dolor en carne infantil, y no podía sustraerse al magnetismo de los que cada día aportábanle un renuevo de lo imposible: La hermana, *El Verdugo*, el practicante mismo, hasta el portero barbudo, a quien veían de tarde en tarde pasar medroso por el jardín, formaban humanos puentes que unían las riberas de la muerte con las de la vida; en sus voces notaban los leprosos algo fragante; sus ojos tenían para ellos la luminosa limpidez que les daba el reflejar otras perspectivas, y en sus ropas —cuando entraban en la galería o en el dormitorio— venía adherido un polvo impalpable de ventura que estimulaba los sentidos y sugería visiones de las seducciones del mundo... Percibíase claramente que Quico pensaba al mirarlo: «Esos pueden ver a los políticos, oír sus discursos; y Remigio: «Esos pueden escoger sus comidas, hartarse de exquisitos manjares»; y Sa-

muel: «Esos ven de cerca a las mujeres que yo casi tengo que inventar»; y Antoñito: «Esos pueden correr el mundo»; y Juan: «Esos no tienen que aguantar injusticias»... Sólo los dos viejos no pensaban en nada. Y el pensamiento de don Manuel era tan recóndito, que no hubiera podido adivinarse.

Otra vez volvió a ser la lectura del periódico el eje espiritual del día. Ramón escuchaba leer callado, esforzándose para comprender, para interesarse. Finalizaba entonces la primavera y la campiña, salpicada de puntos amarillos, ondulaba a la menor ráfaga; a lo lejos un molino de viento giraba loco; hacia el campo de maniobras veíanse en los días muy diáfanos flamear banderas... Ramón tardó algunas semanas en conocer aquellos accidentes del paisaje y en agotar el placer de contemplarlos. Sabía de memoria que, a las doce, una franja de sol entraba por la tercera ventana y llegaba hasta un nudo de la puerta del dormitorio; ningún reloj mejor que su tedio para medir la hora de las comidas, las de las curas, las catorce horas interminables e iguales que pasaba cada día despierto; llegó a apreciar con exactitud la relación de tiempo entre cosas intermitentes, y cuando, manchando

el cielo muy cóncavo y muy azul, veía pasar una nube negra, ponfase igual que los otros leprosos a desear la lluvia: esa lluvia del trópico que empieza con gruesas gotas tibias, cae después en torrente corto tiempo, y deja luego una atmósfera transparente, pura, que permite ver hasta gran distancia... Los huesos de Quico y la nariz de Samuel eran los mejores barómetros: dos o tres días antes de cada aguacero Quico se quejaba, y en cuanto la tierra esponjábese con las primeras gotas, Samuel aspiraba con delectación, casi con lujuria el olor húmedo... Todo esto iba observándolo Ramón y forjándose distracciones, pero al cabo hubo de aguzar el entendimiento para suplir con incidentes espirituales los que la vida material no le podía dar.

La tarde en que don Manuel, sin poder resistir más en pie los latidos de una nueva úlcera en el cuello, pidió que lo llevaran a la enfermería, fué de gran emoción; parecía mentira el vacío que un solo cuerpo dejaba; antes de comer se pusieron a comentar el suceso. ¿Iría don Manuel a morirse? No; Quico aseguraba en voz baja, para no ser oído por el viejo de la cabeza carcomida, que las costras de don Manuel no se habían aún

puesto negras, y que, por lo tanto... A la mañana siguiente sor Eduvigis les dijo que el enfermo seguía mejor, y todos se levantaron presurosos, contentos porque un problema se avecinaba: ¿Quién leería el periódico? La silla de don Manuel estaba, como todos los días, junto a la mesa, y el periódico encima; hubo un instante de indecisión; Quico lo rompió, audaz:

—Leeré yo. Voy a empezar por el artículo de fondo.

Pero su voz era demasiado pastosa, y unas veces por graduar mal la respiración, otras por tergiversar las comas o tartamudear las palabras, los demás no lo entendían bien. Él mismo lo comprendió en seguida y, tendiendo a Antoñito el periódico, dijo modestamente:

—Lee tú; uno se cree que sabe leer y luego no sabe... Aquí no nos olvidamos de hablar por milagro de Dios... Anda, te voy a poner encima de la mesa para que estés como en una tribuna del Congreso.

Con sus manos enormes colocó sobre la mesa al inválido; Antoñito tuvo la cortesía de ofrecer el periódico a Juan, pero Juan rehusó; y emocionado, empezó a leer muy despacio, muy bien, demasia-

do bien, poniendo toda su alma en juntar correctamente las sílabas.

En la enfermería pudo don Manuel darse cuenta de la hostilidad con que el practicante y *El Verdugo* trataban a sor Eduvigis. Muchas veces, creyéndolo dormido, el practicante reprochaba a la monja el haber pedido en el boletín religioso de la diócesis libros para los leprosos; según él, aquello era «gana de atraer la atención sobre el hospital, gana de dar importancia a los servicios que en otros países más civilizados prestaban sin tanta prosopopeya enfermeras laicas». La monja le contestaba bondadosamente, pagando a lo más con reticencias de irónica suavidad los insultos. Más de una vez sintió don Manuel ganas de levantarse y golpear a aquel hombre. El médico, más discreto, hacía también solidario de la desaprobación de su subalterno, pero jamás decía nada y trataba a la monja con una cortesía estricta; hablaba con el practicante del «morbus fenicius» o del bacilo de Hansen y, para molestar a la monja, aludía desdeñosamente a la medicina casera o a la caridad mal entendida de los hospitales administrados por religiosas. Cuando la hermana se quedaba a solas con don Manuel, trataba de quitarle importancia a

aquella guerra. Si hubiera sido Quico, si hubieran sido Remigio o Juan, sor Eduvigis no habría mostrado desfallecimiento, pero don Manuel, cada vez que ella le aseguraba: «El día que yo vaya a ver a la señora del albacea, que dicen que es tan caritativa, todo se arreglará», admitía en silencio sus palabras de falso optimismo y la miraba a lo hondo de los ojos con tal melancolía, con tal comprensión, que la monja sentía descubiertas las decepciones de su alma: y hubiese querido llorar y hasta contarle su propósito ya firme de irse a otro hospital «menos adelantado» en donde poder ejercer, como la beata Angela de Foligno, su misión de hermana de los lázaros. La tarde en que entró vestida con su hábito de calle y le dijo que iba a llevar unos encargos a la ciudad, él comprendió en seguida que iba a dar el paso decisivo. Nunca la impaciencia alargó tanto las horas: don Manuel pensaba en los dos viejos, en Quico, en Antoñito, en Juan, en Remigio, en el infeliz Ramón. ¡Qué ajenos estarían ellos de que en casa del albacea iba a desvanecerse o a consolidarse aquella tarde el poco de felicidad que aun podía otorgarles el mundo! La monja tardaba, tardaba... ¿Tocaría el acento férvido de sor Eduvigis el cora-

zón de aquella señora, filantrópica profesional, que devolvía en cierto modo a los leprosos parte de cuanto les hurtaba su marido, enviando hecha hilas la lujosa ropa blanca de desecho...? Durante algún tiempo don Manuel tuvo esperanza: sí, sor Eduvigis sabría lograr que le permitieran leer por la tarde a los enfermos, quitarse la capucha, tratarlos menos rígidamente. Esta ilusión lo meció largo rato, y, de pronto, como si el rayo del sol que iba a besar el crucifijo clavado en la pared se llevara, al irse, sus ilusiones, tuvo la certeza de que la hermana iba a fracasar. Y cuando llegó no le fué preciso mirar el desaliento en sus ojos para comprender; la hermana nada dijo; don Manuel se torturaba buscando una manera discreta de preguntarle; al concluir la guardia del practicante y relevarlo ella, él musitó sin alzar la vista, con voz trémula de ansiedad:

—Qué, ¿se nos va usted por fin, hermana?

—Sí, no hay más remedio; es lo mejor.

Fué a decir algo más, pero la voz se le estranguló y se hizo un sollozo; en vano la voluntad quería avasallar al dolor, nuevos sollozos se escapaban, largos, saturados de desconsuelo. Incorporado en la cama, don Manuel le decía tumultuosamente

frases alentadoras, y con dolorosa lucidez se daba cuenta de cuán paradójico era que él pudiese consolar a nadie. Al cabo, la monja susurró la confidencia; hablaba muy despacio, diríase que recapitulaba la escena para sí misma en vez de narrarla para otro:

—Me han dicho casi claramente que me vaya; que lo que yo quiero hacer aquí es perjudicial para ustedes mismos por apartarlos del régimen a que ya están acostumbrados... ¿Qué sé yo! En cuanto llegué, la señora hizo una seña a la criada y en seguida acudió el albacea; que Dios me perdone, pero no hay quien me quite de la cabeza que me esperaban. De nada me sirvió decirle que estaba dispuesta a firmar el compromiso de no salir nunca del hospital y a quedarme para siempre entre ustedes, como otra enferma... Me echan casi, ya ve usted... ¡Pero lo han de hacer claramente! Desde hoy vuelvo a hacer la vida de antes, y que se quejen si se atreven, como me han dado a entender con indirectas... Yo también escribiré a la Superiora y al señor Obispo. Sería capaz de escribir hasta al Santo Padre, con tal de quedarme al lado de mis enfermos.

Con decisión se quitó la capucha y los guantes.

Su energía de mujer joven se rebelaba. El practicante entró a husmear, y su sorpresa, al ver contravenidas de tal modo sus órdenes, fué tan grande que hasta le impidió protestar. Don Manuel percibió su mirada de despecho, y al verlo salir dijo tristemente a sor Eduvigis:

—Pocos días le quedan de estar con nosotros, hermana... Lograrán que el mismo obispo le aconseje que se vaya; ya verá usted.

—El señor obispo es un varón justo y no se dejará engañar.

—¡Pobre sor Eduvigis!... Tiene usted la candidez de las santas... Se irá usted. Y para cuando usted se vaya, yo quiero pedirle un favor... Si se va a la leprosería de Mozambique, como me dijo una vez, tendrá que embarcar en Puerto-Grande, ¿no es esto?... Yo soy de Puerto-Grande, y le agradecería, si no le sirve de molestia, que usted, al pasar...

—Lo que usted quiera, hermano... ¿Tiene usted allí familia?

—Sí y no... Verá usted. Mi vida es algo lamentable. Ya sé que las habrá peores, sí; y sin embargo... Tengo una familia que me ha negado, una familia para la cual trabajé toda mi vida, y que al

presentárame la enfermedad, que fué a los cuarenta y dos años, me aconsejó viajar... Un largo viaje; uno de esos viajes de que hay muchas probabilidades de no volver nunca... Casi lo que he hecho... Mis hijas decían que yo, con mis granos repugnantes y mi fama de leproso, les ahuyentaba los partidos... Tal vez tenían razón... Era una vida vergonzosa, peor que estar aquí: la gente me huía en la calle, mis hijas me odiaban... Sí, sor Eduvigis: usted es demasiado buena para comprenderlo, me odiaban, y hasta para librarse de que pudieran creerlas amenazadas de mi mal, acogieron o propalaron, no lo sé, calumnias contra la honra de su pobre madre, que esté en gloria... Al principio pensé en desheredarlas, en resistir... Luego comprendí que era inútil y seguí el consejo. Como me iba para un viaje tan largo, liquidé mi hacienda y les entregué a cada una lo suyo para ahorrarme testamentos y papelotes. Pensé en suicidarme y... ya ve usted que no lo he hecho... más que a medias. Dios me dió con la cobardía de ese momento de quitarme la vida, el valor de seguir viviendo. Leí algo acerca de este hospital, y tomé en un solo día la resolución de suicidarme de otra manera; tanto valor hacía falta para uno como para otro suicidio.

LOS FRUTOS ÁCIDOS

Al principio me fué duro, figúrese... Sólo un amigo de la infancia supo, bajo juramento de silencio, mi paradero; ese amigo era viejo y debe de haber muerto ya, porque ha dejado de escribirme... a no ser que me haya también olvidado. En fin, ya ve usted qué historia más negra; no llore... Lo que yo quiero es que usted, al pasar por Puerto-Grande, se entere de si mis hijas se han casado, de si son felices, y me escriba una carta diciéndomelo.

Aquella tarde sor Eduvigis entró en la galería y, sentándose junto a la mesa como en los días primeros de su llegada, abrió su Biblia por una de las marcas hechas con estampas religiosas, y comenzó a leerles en alta voz. Al verle de nuevo la cara, al sentirla otra vez atenta sobre ellos, la esperanza renació en las almas marchitas. ¡No sabían que aquello era la luz intensa y corta que da una lámpara antes de extinguirse! Hasta el viejo de la cabeza carcomida hizo un enorme esfuerzo para mirarla; todos la escuchaban atentos, sin perder una frase. Ramón, a las primeras palabras, inclinó sobre los bracitos la cabeza y se quedó dormido, como si la voz de la monja cantara tardíamente para él las canciones de cuna que no había

escuchado de pequeño. La voz de sor Eduvigis resonaba en la galería, trémula, emocionada:

—«Para purificar la casa del leproso, según rito, tomará dosavecillas y palo de cedro y grana e hisopo;

»Y degollará una de lasavecillas en una vasija de barro; sobre aguas vivas;

»Y tomará el palo de cedro y el hisopo y la grana y elavecilla viva, y mojará todo en la sangre del pájaro sacrificado y en las aguas vivas, y rociará la casa hasta siete veces;

»Y purificará la casa con la sangre de laavecilla y con las aguas vivas y con laavecilla viva y el palo de cedro y el hisopo y la grana;

»Y luego, para que la casa sea declarada limpia, soltará elavecilla viva fuera de la ciudad, sobre la extensión de los campos.»

Aquel pájaro que escapándose de la casa iba a ser libre, después de estar tan cerca de la podredumbre y de la muerte, despertaba en Antoñito ansias remotas: ¡Ser pájaro, ser humo, ser viento: todo lo que circula, todo lo que se aleja; ser perfume, ser sonido, ser río!... ¡¡No, río no: que el río se arrastraba por la mísera tierra, lo mismo que él!

V

AL estupor del primer momento, sucedió una reacción de cólera. ¿Qué intriga, qué infamia había obligado a sor Eduvigis a dejar el hospital sin decirles siquiera adiós? Durante tres días la aguardaron en vano, engañándose con la esperanza de que estuviera ausente por algo fortuito y pasajero. Cada vez que entraba el practicante, una pregunta cristalizaba en la idea de todos, pero la callaban por tesón: era una consigna tácita; y tanto inquietó aquel silencio al practicante, que hubiera terminado por hablarles él mismo de la monja sin aguardar sus preguntas, para concluir de una vez con aquella tensión de voluntades; pero una mañana Samuel no pudo contenerse más.

—¿Está enferma la hermana?

—No; está con licencia.

—¿Por mucho tiempo?

—No lo sé... Quizá no vuelva... digo yo.

Las dos palabras últimas las añadió para dulcificar el efecto. Quico alzóse de su sitio, y con una violencia que hizo retroceder al practicante, cogió a Samuel del brazo para apartarlo:

—No preguntes más, memo... ¡Los Judas no dicen la verdad nunca!

—Hay que apretarles el gañote para que la suelten —gritó Remigio...— ¡Con licencia! No somos tontos, y por eso ninguno quería preguntar nada, ¿sabe? Ni usted ni *El Verdugo* van a confesar que la han obligado a dejarnos.

—¡Les estorbaba que estuviéramos un poco contentos!

El practicante había ido retrocediendo hasta la puerta, hundida la diestra en el bolsillo de la blusa, sin dejar de dar la cara a los leprosos. Cuando se consideró a salvo, esperó un instante, por ver si una nueva pregunta le permitía dejar la atmósfera menos cargada de electricidad y como ninguna voz volvió a elevarse, salió; pero desde un observatorio secreto hecho en la juntura de la puerta, pudo comprobar que el silencio se prolongaba y que los semblantes, torvos, denotaban una exas-

peración infinita. Hasta dos días más tarde, al regresar don Manuel de la enfermería, no supieron los leprosos toda la verdad.

La monja, antes de irse, dejó bajo la almohada del enfermo un papelito escrito todo con letras mayúsculas, impersonales, que decía así: «Tenía usted razón; recibo orden de marcharme hoy, sin decir nada; pero no tengo valor para no despedirme siquiera de usted, que le diré a todos adiós. Sean buenos, y acuérdense de mí. Cumpliré su encargo en Puerto-Grande. Rompa ésta en seguida.» La esquila, que tenía por firma una cruz, pasó de mano en mano; Samuel, la besó, y al devolvérsela a don Manuel, éste, haciendo un esfuerzo que equivalía a decir: «No hay más remedio», la rasgó en pedacitos, partiendo aún en otros más menudos los que contenían una palabra completa o vestigios de palabras fáciles de reconstruir. Luego fueron hacia una ventana, y lentamente, uno a uno, don Manuel fué dándolos a la brisa; no los tiraba, los ponía en la palma de la mano y la tenía extendida, hasta que una ráfaga se los arrebatara; unos desaparecían, otros iban a posarse sobre la campiña, igual que palomas minúsculas fatigadas del vuelo. Todos los leprosos estaban

graves, ensimismados, como si asistieran a un entierro —¿no enterraban sus ilusiones?—; cuando el último papel se fué y vieron alejarse, desvanecerse, el postrer recuerdo tangible de la hermana, una explosión de furia resonó. De haber estado allí el practicante, habría de seguro surgido la tragedia.

—¡Hay que desnucar a ese maldito! —decía Quico, mordiéndose el labio inferior.

—¡Con una sola mano lo cogía yo así, así! —seguía Remigio apretando el puño hasta hacer crujir sus propios huesos.

—Tenía que ser un obispo el que diera esa orden cochina —terminaba Juan.

Todos iban dando una válvula a su furia; el mismo Antoñito, el mismo don Manuel, tan ponderados, maldecían. En la penumbra de la tarde parecían alargarse los brazos con ademanes vengadores que subrayaban las frases de indignación; las imprecaciones se entrechocaban; se oían sordas blasfemias; hasta los viejos hacían movimientos bruscos, agresivos.

—¡No somos hombres si esto se queda así!

—¡Hay que hacer una que sea sonada!

—¡Lo que pasa aquí clama a Dios!

Los fuertes —Quico, Remigio, Juan— hablaron de aprovechar la hora de ir al patio para caer sobre el portero barbudo, matar al practicante y a *El Verdugo* si bajaban a socorrerlo, y huir; los débiles —don Manuel, Samuel, Antoñito el viejo de las canas lívidas— eran más razonables.

—¿Y qué sacaríamos con escaparnos? —preguntaba don Manuel—. No tendríamos dónde ir; todo el mundo nos rechaza y nos volverían a coger en seguida.

—Si siquiera pudiéramos pasar una noche escondidos en la ciudad... —insinuaba Samuel, con los ojos turbios del deseo.

Luego las objeciones y las contradicciones se multiplicaban:

—Aunque matáramos a éstos, no tardaríamos en tener otro portero, otro verdugo y otro practicante. Es nuestro sino.

—Claro, es inútil.

—Como saben que la gente tiene miedo a contagiarse con nosotros, hacen lo que hacen.

—¡Hay que vengarse, hay que demostrar que somos hombres!

—Yo soy capaz, cuando entre *El Verdugo*, de irme sobre él, de arrancarle la capucha y de abra-

zarlo y besarlo y morderlo, ¡para que se contagie y sepa lo que es ser desgraciado!

—No, la hermana no aprobaría eso, Quico.

—No hay nada que hacer; nada, nada.

—Siempre hay que hacer... ¡Si todos fuerais como nosotros tres, ya se vería!

—Nos matarían impunemente... Dicen que en el otro plante mataron a uno.

—¿Y qué? Mejor que nos mataran... ¡Siquiera así estaríamos muertos del todo!

—Además, no les conviene matarnos... Si nos matan a todos, adiós hospital y adiós explotación... Yo sé de leyes, no creáis.

Ramón los escuchaba discutir, serio, sin mezclarse, pero temblando un poco. La excitación duró varios días, y en ellos, como si presintieran la tormenta, el practicante, *El Verdugo* y un enfermero que entró a sustituir a la monja, extremaron la amabilidad... y las precauciones. En estos días primeros la menor contradicción los exacerbaba; complacíanse en llevarse la contraria, en zaherirse con pullas sarcásticas, y en seguida las voces se agriaban y los brazos, replegándose elásticos, esbozaban el ademán de acometer. Más de una vez fué precisa la autoridad de don Manuel para evitar

reyertas. Después la presión de los ánimos fué debilitándose y una invencible laxitud se adueñó de todos; el fatalismo de su sumisión les parecía un axioma; y ante la esterilidad de cualquier esfuerzo, de cualquier protesta, volvieron a abandonarse a la corriente, más tristes, lo mismo que cadáveres en los cuales un cruel artificio imitara las funciones del vivir... El recuerdo de sor Eduvigis era un oasis en la aridez del día; no se hablaba de ella, esquivaban cualquier palabra que pudiera comprometerlos a abordar el tema de su ida; pero cuando, en silencio, los rostros perdían la dureza y pasaba sobre sus carroñas como un resplandor de fragancia, era que estaban pensando en la monja.

Samuel envejeció en una semana; se ocultaba para llorar, y al principio esto irritaba a Quico. Ni siquiera la lectura del periódico lograba romper el marasmo; oíase al lector con la misma glacial indiferencia con que pudieran oírse cosas de un mundo inexorablemente perdido; y aquel tedio era no sólo de la voluntad, sino de los músculos: horas y horas transcurrían en las mismas posturas, con los ojos entornados y el pensamiento nulo o ausente. Ya Antoñito no pedía que lo subieran a los quicios de las ventanas; ya Samuel no desgastaba —¡deso-

lado Narcisol— su espejo; hasta el estómago de Remigio parecía disminuir sus exigencias, y los juguetes de Ramón aguardaban inmóviles junto a las paredes a la mano que ya casi no tenía vida que comunicarles. No se oía una risa ni una chanza. El niño, con sus dos bracitos colgantes entre las piernas y la cabezota inclinada, amenazando troncharle el cuello, habíase también contagiado de aquel sopor que era cual otra lepra del espíritu.

Una mañana, al reunirse para la lectura, se notó la falta de Samuel.

--Ve tú a llamarlo, Ramoncito.

—Debe de estar en el dormitorio.

—Dile que le esperamos para empezar; anda.

El niño volvió con una respuesta que hubiera sido en otra ocasión un suceso.

—Dice que no vuelve a oír más el periódico, que no le importa nada de lo que pase, que se queda allá, con los viejos.

Precisamente aquel día publicaba el periódico una nueva que iba a transformar el hospital. El rey de un país vecino venía a visitar la ciudad, y entre los festejos que habían de ofrecérsele figuraba una gran revista en el campo de maniobras. Toda la capital iría a esa revista; se construirían tribunas, se

engalanaría el camino, y el cordón de automóviles y coches, luego del desfile de la tropa, daría al regio huésped una impresión de lujo: manera amable de suavizar la fundamental impresión de poder.

La noticia cayó en sus almas desfallecidas como en un estómago exhausto un vino demasiado rico. Tenían necesidad de algo con que embriagarse para olvidar, y aquello les dió la ocasión. Samuel volvió a revivir; por las mañanas era acechada la hora del periódico y se saltaba todo para empezar por las noticias de los preparativos, que eran leídas muchas veces, hasta aprenderlas casi de memoria. Contábanse los días que faltaban, las horas, los minutos; y fueron unas semanas febriles en que las almas, voluntariamente saturadas del acontecimiento, rechazaban cualquier otra idea. ¡Iban a ver las fiestas, a ver pasar a toda la ciudad hacia el campo de maniobras, a verla regresar! ¡Oírían las músicas, verían los uniformes, desplegaríase ante sus ojos una caravana de alegría y de fausto! De tiempo en tiempo la voz del demonio interior susurraba: «¿Y después?» Pero esa voz inoportuna era desoída, aplastada por el entusiasmo; y a fuerza de agrandar el hecho, llegaron a suponer que cubriría todo el porvenir y que aquella revista sería

una cosa inacabable, algo como el término de sus aflicciones, de su hastío... Todos parecían tan niños como Ramón; y a cada detalle nuevo de las fiestas palmoteaban. Quico, cerrando los ojos, veía ya el desfile: el aire se llenaba de atronadores hurras, a lo lejos tronaba el cañón, y en coches, hieráticos, volviéndose hacia el hospital para que él los viera, pasaban los políticos cuyos hechos había comentado tantos años. Para Samuel el interés de la fiesta se limitaba a un solo coche: iría muy despacio, recamado de rosas, y en el centro, siendo la flor suprema del ramo, su dama iría sola, incomparablemente bella y algo entristecida porque él la hubiese olvidado durante algún tiempo... Para los demás el desfile no tenía un concreto aliciente; era algo abstracto —promesas de risas, de colores, de abstracción de ellos mismos y de sus miserias— que les impedía razonar. Como si los días no bastasen a contener sus entusiasmos, soñaban por la noche con la fiesta, aunque a veces una sombra furtiva de castos ojos como el agua y óvalo marchito aprisionado por la toca, pasaba con un suave gesto de reproche por sus sueños.

El practicante y *El Verdugo*, contentos de ver desvanecerse el conflicto, fomentaban la anima-

ción. Todas las tardes daba el enfermero nuevos pormenores. Ya a lo largo del camino empezaban a alzarse tribunas, y desde las ventanas seguían los leprosos la obra de los trabajadores, ayudándoles con la voluntad; ya el camino no era una sierpe polvorienta retorciéndose en la planicie: ahora lo regaban; piquetes de soldados pasaban a veces, y de trecho en trecho, a ambos bordes, se erguían mástiles con escudos y gallardetes. Por las noches, las huellas de las rejas aparecían marcadas en todas las frentes; hubieran querido poder comer en las ventanas, no dormir; y a la hora de las curas siempre había alguno que dijera:

—Dese usted hoy prisa, doctor... Ahora tenemos teatro y duele estar aquí.

Era siempre la misma frase, pero hacía siempre el mismo efecto: reía *El Verdugo*, reía el practicante, y la visita se aceleraba algo. Una mañana —faltaban ya muy pocas para el día feliz— el doctor propuso:

—Como supongo que ustedes querrán también adornar nuestra casa para cuando pase el rey, he mandado a comprar papeles de colores. ¿Hay quien sepa hacer cadeneta?

—¡Yol!

—¡Yo!

—¡Yo también!

—Todos sabemos, y además haremos flores y guirnaldas.

Llegó el papel y se pusieron a la obra. La cadeneta formaba en un rincón una pila leve y crujiente; las manos no se detenían ni un segundo. En aquellas flores vulgares de la industria, melificaba la colmena un júbilo inmenso. Quico hizo un molino multicolor, que debía girar vertiginosamente a la menor ráfaga; Remigio, Juan y don Manuel iban tejiendo estrellitas, que Antoñito enlazaba; cada cual tuvo su ocupación, y los letreros, las guirnaldas, los farolitos, estuvieron dispuestos seis días antes. Remigio, siempre impaciente, quería que se quitaran ya las alambradas de las ventanas para colocarlos; pero los otros temían una lluvia que destruyera todo; el médico les dió la razón: había que tener paciencia; faltaban cinco días nada más.

Una mañana el periódico trajo, precisamente en la reseña de los preparativos, un vacío hecho expreso. El practicante dijo que era una cosa referente a medicina, que venía en la plana opuesta, y que el doctor había querido recortar; pero al día siguiente ocurrió lo mismo. ¿Qué noticia era aque-

lla que coincidía exactamente con la columna de festejos, privándoles de leer un pedazo? La fe era tanta, que ni en el espíritu receloso de Juan penetró la inquietud... Esa misma noche sintieron desde la cama ruido de martillos, como si se trabajara muy cerca; debían ser muchos trabajadores, porque se oía gran estrépito; hubieran querido levantarse, acudir; pero las puertas estaban cerradas. El trabajo duró toda la noche y no pudieron casi dormir. Muy temprano estaban vestidos, y en cuanto el practicante abrió, se lanzaron a las ventanas de la galería... Frente al hospital, ocultando el camino, elevábase una nueva tribuna, más alta que las otras, y a uno y otro lado se prolongaban tapias de madera, para que el hospital quedara bien oculto. Entonces todos comprendieron y se miraron con espanto, con desesperación. Los pintores retocaban aún el trabajo nocturno; Remigio, haciéndose un portavoz con las manos, les gritó:

—¡Eh! Oigan, sí... ¿Quién ha mandado levantar eso?

Los otros se volvieron con sorpresa, y uno de ellos, imitando el ademán de Remigio, contestó:

—No había tiempo de retocar la fachada del hospital, que buena falta le hace. Además, dicen

los papeles que no estaba bien que el rey lo viera.

El practicante entró y quiso dar explicaciones, que no fueron oídas. «El albacea había protestado ante el Ayuntamiento; el Ayuntamiento era el culpable por no decirlo a tiempo; ellos lo sentían tanto como los que más, pero después de todo, podían dar gracias a que el Ayuntamiento consentía que estuviera el hospital tan cerca de la población»... Había en estas disculpas mucho de torpeza y mucho de sarcasmo. Turbado por la rabia, Remigio fué al rincón y pisoteó las cadenetas, las guirnaldas, todo el trabajo ilusionado de tantos días. Quico y Juan lo estimulaban con voces preñadas de odio:

—¡Más fuerte, más!

—¡Si siquiera fueran cabezas!

Durante toda la mañana no se hablaron nada; no era en palabras, sino en hechos, en lo que necesitaba resolverse aquella decepción madre de iras. En el comedor advirtieron que los cuchillos habían desaparecido, y que la carne venía ya cortada. El enfermero y el practicante les dijeron, como para advertirles de que cualquier tentativa era inútil, que un nuevo cocinero había entrado y

que, mientras se habituaba, el antiguo quedábase también. Por la tarde, Juan llamó aparte a Remigio, a Samuel, a don Manuel y a Quico. Antoñito quiso acercarse, pero Juan le repelió:

—No, tú vete con el niño.

El inválido protestó:

—Yo también soy un hombre: no creáis que porque estoy así...— y al decirlo se golpeaba los muñones enérgicamente.

—Bien. Nadie cree nada... ¿Estás tú conforme con lo que nosotros decidamos?

—Sí.

—¿Con todo, con todo? ¿Sea lo que sea?

—Con todo.

—Bueno, distrae a Ramón y no digas nada a los viejos; vete.

El consejo empezó en seguida; escogieron un rincón opuesto a las habitaciones interiores, para evitar ser espiados. Hablaban muy bajito; sólo de tiempo en tiempo una mano se alzaba sobre el grupo con enloquecida energía, y dominando el murmullo cauto, las voces de Quico y Remigio tenían rotundas brusquedades. El plan de Juan no sorprendió a ninguno: dijérase que las fronteras del carácter se borraban, y que una sola locura, más

contagiosa que la lepra, iba a completar en los espíritus la igualdad que ya la podredumbre había impuesto a la carne. Sólo se oían fragmentos de la conversación.

—Que sea mañana mismo; que les chafemos la alegría, y que la cosa sea tan grande que se sepa en el mundo entero.

—Por mí, ahora mismo; yo soy capaz de romper una reja de un cabezazo y de tirarme abajo para concluir antes.

—No, hemos de ser todos de una vez.

—No es tan fácil, Juan. Yo tuve un día el revólver contra la sien... y aquí estoy. Pesa mucho un gatillo: no es tan fácil. No es que no quiera: quiero tanto como el que más; pero hay que tener para eso un valor que...

—Usted no tendrá que hacer nada.

—Es una vergüenza que lo hagamos ahora, y no cuando nos quitaron a sor Eduvigis.

—¿Qué dices tú a eso, Samuel?

—Yo, sí: lo que queráis. ¡Para lo poco que nos falta para morir del todo!

—Bien, nada de palabras, yo me encargo: ya tengo mi plan.

—Yo sólo pido una cosa: que no haya sangre;

no es por nada, es por la fealdad... Además, ¿tenemos nosotros derecho para disponer de las vidas de los viejos y de la de Ramón?

—Eso sí es verdad; no habíamos pensado en eso.

—Si nos andamos con derechos y con escrúpulos no haremos nada. ¿Tiene el mundo derecho a hacer lo que hace con nosotros? El niño no sabe, y si supiera, estaría a nuestro lado; si lo dejamos vivo, puede que nos maldiga alguna vez. En cuanto a los viejos, si se les dice algo, es echarlo todo por tierra; tienen un apego a la vida idiota, absurdo.

—No hay nada más que hablar.

—Al niño, bien; que se le deje fuera si tenéis reparo; yo no lo tengo. Pero a los grandes... Si no es una cosa general, no hay venganza y no les mataremos la fiesta.

—Por nosotros...

—Yo tengo pensada muy bien la manera; veréis: Esta noche...

—No, no nos la digas... Es mejor...

Caía ya la tarde, y la llegada del enfermero disolvió el grupo. En vano Antoñito, durante la cena, trató de escrutar con las suyas las otras miradas; las cabezas se inclinaban sobre los platos; y sólo un tintineo nervioso de cubiertos y copas rompía el

silencio raramente. Cuando iban a entrar en el dormitorio, Juan los reunió de nuevo para decirles:

—Ya no puede ser hoy: no he podido quitarle al practicante lo que quería; pero será mañana, sin falta.

Al observar el gesto mal reprimido de contento de los otros, felicitóse de su estratagema... Sí, era mejor que no supieran nada, que se durmieran confiados. ¡Eran unos cobardes! Vió salir al enfermero y al practicante; todos se acostaron, y esperó, esperó muchas horas... Lentamente, las respiraciones fueron adquiriendo regularidad; cuando tuvo la certeza de que todos dormían, se levantó. Iba desnudo, y su cuerpo espantoso erguido en la sombra, era horrible; iba con precauciones, a largos pasos felinos. Al llegar a la cama de Ramón, tendió los brazos por debajo del niño, para levantarlo sin que se despertara; mas el cuerpo se rebulló, y entonces Juan quedóse en espera, irresoluto; otra vez lo volvió a intentar, y el cuerpecito volvió a removerse... Entonces se encogió de hombros, desanduvo el camino, y ya junto a su cama, tomó de debajo de su almohada una llave, con la que cerró por dentro la única puerta del dormitorio; volviéndosela luego a guardar. Había tardado

tanto en cerrar la puerta para que no chirriara, que una hora transcurrió. Todo estaba tranquilo; una ventana, al crujir, sugirióle la idea de examinarlas todas por si estaba alguna entreabierta. No; eran buenas, parecían hechas a propósito; ni una línea de luz se filtraba entre el triple cierre de maderas, cristales y persianas... Ya estaba todo dispuesto... ¿Tendría valor? Sí; sin desmayo, recapitulando en aquel instante supremo todas las angustias de su vida para desear mejor la muerte, abrió las cuatro lámparas de gas, y volvió a acostarse.

Por la mañana, el practicante y el enfermero tuvieron que derribar la puerta. Una masa de sombra y de gas les salió al paso. El horror los aturdió; imposibilitándolos para pedir socorro; entraron automáticamente, y sólo entonces se dieron cuenta de la catástrofe. Antes de que pudieran abrir ninguna ventana, tropezaron con dos cuerpos tendidos en tierra: Quico y Samuel que habían pretendido huir hacia la vida. Las camas estaban revueltas; los bustos de los dos viejos pendían, sorprendidos por la muerte al querer levantarse; sobre la cabeza de uno pululaban ya gusanos. Había expresiones abominables, miembros crispados, ojos casi

fuera de las órbitas; sólo Antoñito tenía el semblante plácido. Cuando el aire se hubo llevado el gas y el hedor, y pudo el sol entrar a ver la tragedia, el enfermero y el practicante fueron hasta la cama del niño, que parecía alentar aún, y en un momento de heroicidad instintiva, sin recordar su lepra, se pusieron a reanimarlo... Tal vez por tener el organismo más fuerte, tal vez por cruel desig- nio del destino para que la estirpe de Job no concluyera allí, no había sucumbido como los otros... Se oían cornetas, un tropel de júbilo y gloriosas campanas distantes. ¡Si supieran! ¡Si supiera *El Verdugo*, que estaba en la tribuna con su novia, presenciando el desfile! De abajo llegaron las voces de los cocineros y la del portero barbudo:

—¡Vamos, vamos!... ¡Ya vienen!

Las luces de la vida se fueron encendiendo poco a poco en el rostro del niño; asido angustio- samente a los brazos del enfermero, hizo un es- fuerzo y balbuceó:

—Yo no quiero morirme... ¡Yo quiero ver al rey... al rey!

F I N

ÍNDICE

Páginas

DEDICATORIA.....	7
LECTOR:.....	9
El Laberinto.....	15
La Piel.....	123
I.—La partida.....	125
II.—La tempestad.....	149
III.—El puerto.....	175
Los Muertos.....	199

ESTE LIBRO
ACABÓ DE IMPRIMIRSE EN
MADRID
EN LA IMPRENTA DE FORTANET
LIBERTAD, 29
EL DÍA 25 DE ABRIL
DE MCMXIX

DEL MISMO AUTOR

Cuentos pasionales. Nueva edición.

Novela erótica. Tercera edición.

La Juventud de Aurelio Zaldívar. Cuarta edición.

Pelayo González. Tercera edición.

Fuegos fatuos. Segunda edición.

Los Siete pecados.

ATENEA, S. E.

CAMPOMANES, 8. - MADRID

BIBLIOTECA DE AUTORES CASTELLANOS CONTEMPORÁNEOS

- JACINTO GRAU: *El Conde Alarcos*, 3,50 pesetas.
— *En Ildaria*, 3,50 pesetas.
— *El Hijo pródigo*, 4 pesetas.
— *Conseja galante*, seguida de *Don Juan de Carillana*. Encuadernado en tela: 4 pesetas.
- RAMÓN GOY DE SILVA: *La Reina Silencio*, seguida de algunas *Viñetas Dramáticas*. Nueva edición. Retrato del autor, por E. Riccio. Encuadernado en tela: 3,50 pesetas.
- RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *Estudios Literarios*. Encuadernado en tela: 4 pesetas.
- GABRIEL MIRÓ: *El Humo dormido*. Encuadernado en tela: 4 pesetas.
- FEDERICO GARCÍA SANCHIZ: *Color*. (*Impresiones de Tánger y de Tetuán*.) Encuadernado en tela: 4 pesetas.

BIBLIOTECA DE CIENCIAS

- DR. RAMÓN TURRÓ: *Filosofía crítica*. Versión castellana de Gabriel Miró. Encuadernado en tela: 4 pesetas.

ATENEA, S. E.

CAMPOMANES, 8. - MADRID

BIBLIOTECA DE AUTORES EXTRANJEROS

TOMOS ENCUADERNADOS EN TELA INGLESA

OSCAR WILDE: Obras completas.—I. *El Príncipe feliz y otros cuentos*, seguidos de *La Casa de las Granadas*. Con un retrato del autor.—II y III. *El Retrato de Dorian Gray*. Con un retrato del autor. Traducción y prólogos de R. Baeza. Cada volumen: 3,50 pesetas.

G. D'ANNUNZIO: *La Hija de Iorio*. Traducción de R. Baeza, precedida de un ensayo sobre el teatro d'annunziano y seguida de un apéndice: 3,50 pesetas.

— Teatro. I.—*Sueño de una mañana de primavera*.—*Sueño de un atardecer de otoño*.—*La Ciudad muerta*. Traducción y prólogo de R. Baeza, con un retrato del autor: 4 pesetas.

ANDRÉ SUARÉS: *Don Quijote en Francia*. Traducción y prólogo de R. Baeza: 3,50 pesetas.

FRIEDRICH HEBBEL: Obras completas. *Judith*. Estudio preliminar de J. Grau y prólogo de R. Baeza. Traducción de R. Baeza y K. Rosenberg, con un retrato del autor: 3,50 pesetas.

W. REYMONT: *El Casamiento de Maciej Boryna*. Novela. Traducción del polaco y prólogo de Tadeusz Peiper: 4 pesetas.

OSCAR WILDE: *Una mujer sin importancia*. Comedia en cuatro actos. Traducción de R. Baeza. En rústica: 2,50 pesetas.

— *Un marido ideal*. Comedia en cuatro actos. Traducción de R. Baeza. En rústica: 2,50 pesetas.

ATENEAS, S. E.
CAMPOMANES, 8. - MADRID

COLECCIÓN «MICROCOSMOS»

PENSAMIENTOS ESCOGIDOS
DE GRANDES AUTORES

TOMITOS EN CRETONA INGLESA, ESTAMPADA EN ORO, CORTES
DORADOS, Y RETRATO EN FOTOTIPIA DEL AUTOR, CON FACSIMIL
DE LA FIRMA, A 1,90 PESETAS

Publicados:

La Rochefoucauld. Por R. Baeza.

Stendhal. Por A. Hernández Catá.

Nietzsche. Por R. Baeza.

Oscar Wilde. Por R. Baeza.

Balzac. Por F. Calleja.

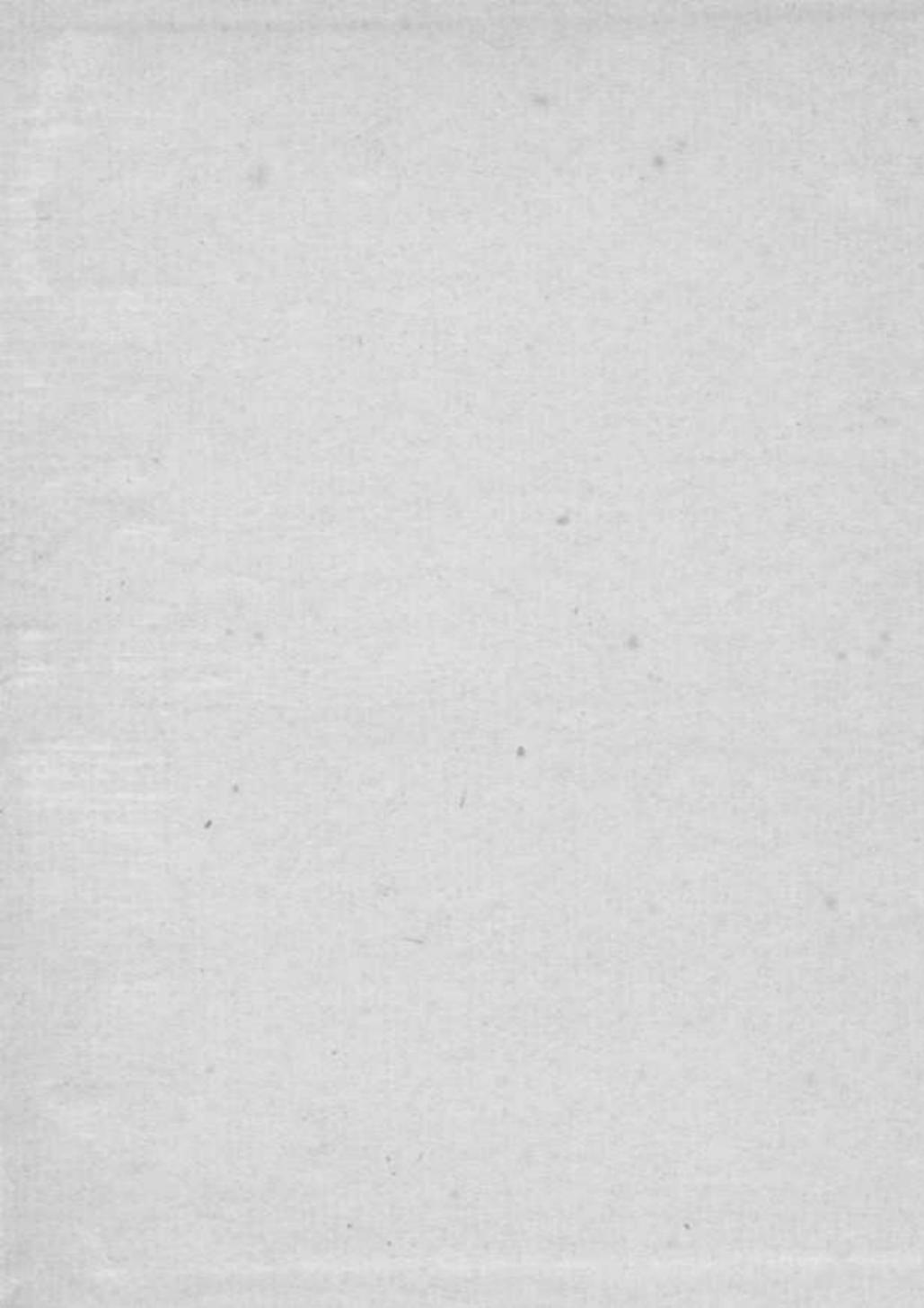
Heine. Por A. Hernández Catá.

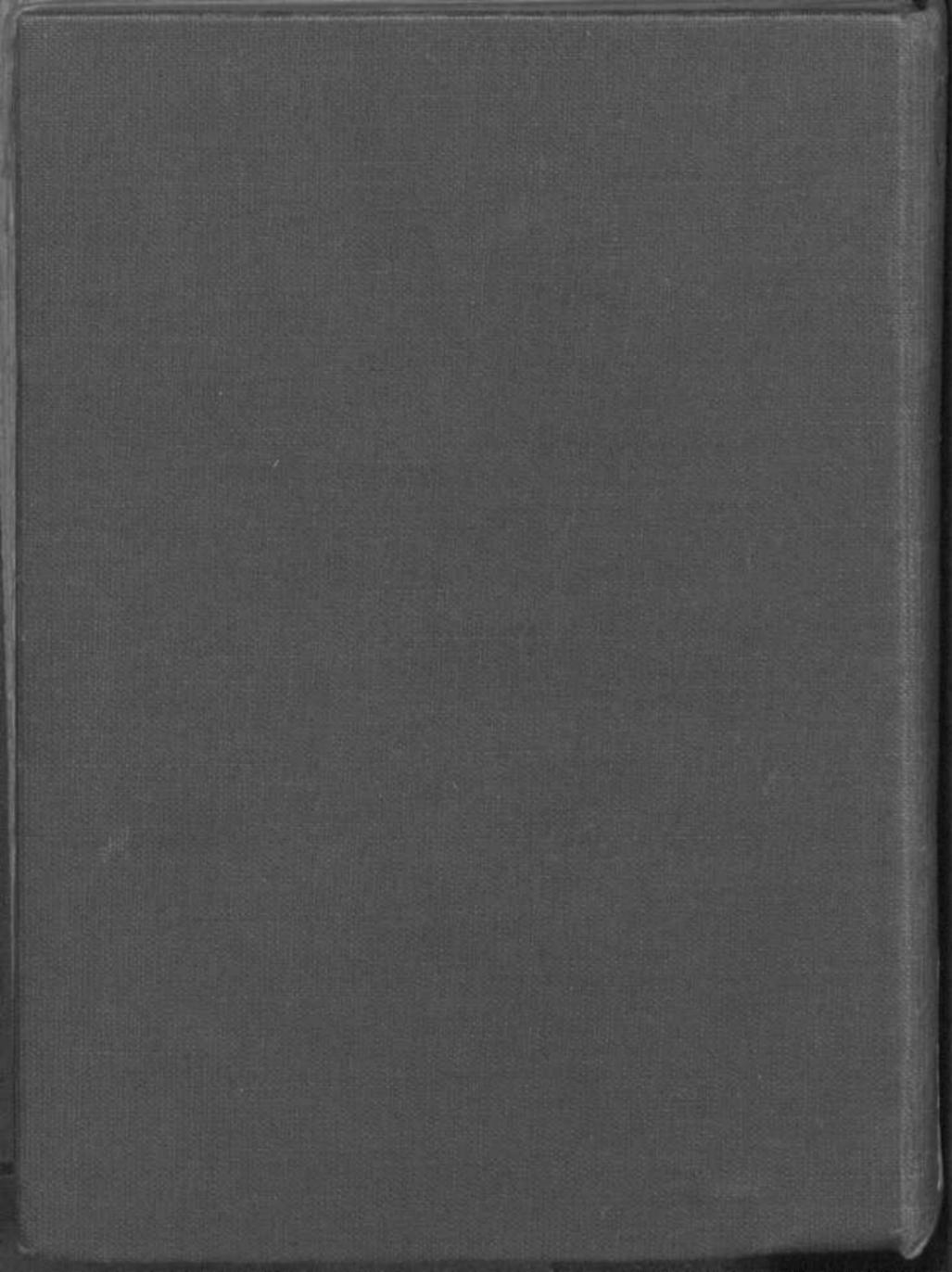
Hebbel. Por R. Baeza.

Marco Aurelio. Por R. Baeza.

Poe. Por R. Baeza.

Diderot. Por R. Baeza.





G - 488846